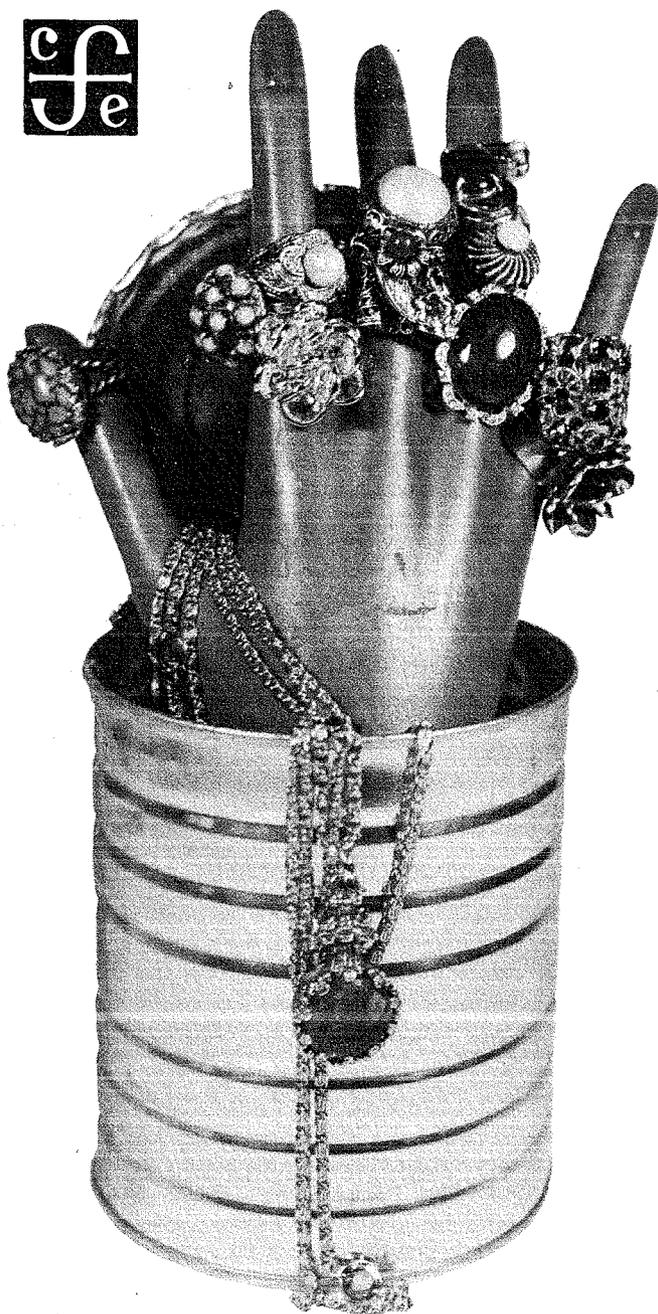


LAS PASIONES Y LOS INTERESES

Je



ALBERT O. HIRSCHMAN

LAS PASIONES Y LOS INTERESES



Los historiadores suelen establecer nociones que, una vez fijadas, recurren continuamente en los grandes libros sobre el pasado.

Una de esas ideas recurrentes alude al carácter de ruptura violenta de la crisis que dio origen al capitalismo; ruptura, por supuesto, con el orden pretérito del que se distingue el nuevo orden de un modo tajante. Pero —se pregunta Albert O. Hirschman— ¿es ello cierto? ¿No sucedió más bien, acaso, que el capitalismo fuera preludiado por algunos teóricos e ideólogos, cuyas proposiciones y obras habría que estudiar con mayor atención que la que les ha concedido la ciencia social moderna? ¿Y no ocurrió, incluso, que el capitalismo fuera justificado con anticipación? La respuesta afirmativa a estas dos interrogantes es el punto de partida de *Las pasiones y los intereses*. Pues en efecto, y en contraste con el pensamiento marxista y la escuela weberiana, para Hirschman los inicios ideológicos del capitalismo se encuentran en algunas obras de los siglos XVII y XVIII. El crecimiento económico fue engendrando visiones nuevas: ésta fue la materia primordial para las especulaciones de filósofos y economistas del pre-capitalismo.

Hirschman reconstruye el ambiente intelectual de la época y luego sitúa, aísla y analiza su tema principal: los intereses materiales, durante largo tiempo motivo del mortal pecado de avaricia, son para esos pensadores el único posible freno a las destructivas pasiones humanas. Montesquieu y Sir James Steuart son las dos figuras intelectuales que llevan el asunto a su expresión extrema: su gran tema es, asimismo, y correlativamente, el de los efectos políticos de la expansión económica.

Polanco

SECCIÓN DE OBRAS DE ECONOMÍA

LAS PASIONES Y LOS INTERESES

*Argumentos políticos en favor del capitalismo
antes de su triunfo*

ALBERT O. HIRSCHMAN

LAS PASIONES Y LOS INTERESES

*Argumentos políticos en favor del capitalismo
antes de su triunfo*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1977
Primera edición en español, 1978

Traducción de
EDUARDO L. SUÁREZ

Título original
*The Passions and the Interests:
Political Arguments for Capitalism
before Its Triumph*
© 1977, Princeton University Press
Princeton, New Jersey

D. R. © 1978, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad, 975; México 12, D. F.

ISBN 968-16-0172-6

Impreso en México

Et il est heureux pour les hommes d'être dans
une situation où, pendant que leurs passions leur
inspirent la pensée d'être méchants, ils ont pour-
tant intérêt de ne pas l'être.

MONTESQUIEU: *El espíritu de las leyes*

AGRADECIMIENTOS

ESCRIBÍ un primer borrador de este libro en 1972-1973, mientras me encontraba como miembro visitante en el Instituto de Estudios Avanzados, aprovechando un descanso sabático de la Universidad de Harvard. En el curso del año siguiente, cuando hube de hacer a un lado el manuscrito, fui invitado a unirme al Instituto en forma permanente y acepté. En 1974-1975 volví a escribir una porción considerable y añadí otras secciones. En 1975-1976 sólo hice pequeñas adiciones. Estoy bien consciente de que mi argumento podría expandirse considerablemente, reforzarse, precisarse, modificarse y adornarse, pero para marzo de este año sentí que había llegado a un grado tolerable de refinamiento y estaba ansioso por exponer mi creación al público, con todos sus errores. Recuerdo un ministro de finanzas de Colombia, de los años cincuenta, que se mostraba bastante impulsivo por la promulgación de decretos y me explicó, cuando le aconsejé prudencia, que no contaba con los fondos necesarios para emplear un gran equipo de investigación: "Si este decreto afecta realmente a algunos grupos —añadía entonces—, ellos harán la investigación una vez promulgado el decreto, y si me convencen promulgaré otro decreto." Con este espíritu publico mi libro, excepto que no puedo prometer a ningún agraviado, o a los críticos, que escribiré otro si me convencen; pero dudo que me lo pidan.

A propósito de críticos potenciales, debo una disculpa especial a J. G. A. Pocock, cuyo libro *The Machiavellian Moment* (Princeton University Press, 1975) trata repetidamente algunos temas muy relacionados con los míos. Me he beneficiado mucho con varios artículos del profesor Pocock que más tarde se incluyeron en su volumen monumental, pero los argumentos principales de mi libro ya habían tomado forma antes de que yo tuviese oportunidad de leer los suyos. Por esta

razón, mi tratamiento no refleja un paralelo con su punto de vista tan pleno como sería de desearse.

Varias personas, ninguna de las cuales es responsable del producto final, me han ayudado con consejos o estímulos. El intercambio de ideas e información entre científicos sociales e historiadores del Instituto ha sido sumamente útil. Me he beneficiado en particular con las conversaciones sostenidas en 1972-1973 con David Bien y Pierre Bourdieu, y en 1974-1975 con Quentin Skinner y Donald Winch. Las reacciones de Judith Shklar y Michael Walzer ante mi primer borrador de 1973 resultaron de gran importancia para mí. Judith Tandler criticó este borrador detalladamente con su talento acostumbrado. Por último, Sanford Thatcher, de la Princeton University Press, compaginó y procesó el manuscrito con notable competencia, rapidez y buena voluntad.

*Princeton, Nueva Jersey,
mayo de 1976*

INTRODUCCIÓN

ESTE ensayo debe su origen a la incapacidad de la ciencia social contemporánea para arrojar luz sobre las consecuencias políticas del crecimiento económico y, quizá en mayor medida aún, a las correlaciones políticas del crecimiento económico tan frecuentemente desastrosas, independientemente de que tal crecimiento ocurra bajo auspicios capitalistas, socialistas, o mixtos. Sospeché que el razonamiento acerca de tales conexiones debe de haber sido muy abundante en una época anterior de la expansión económica, específicamente durante los siglos XVII y XVIII. En virtud de que no existían aún las "disciplinas" de la economía y la ciencia política, no había fronteras interdisciplinarias por cruzar. En consecuencia, filósofos y economistas políticos podían moverse libremente y especular sin inhibiciones acerca de las consecuencias probables de la expansión comercial para la paz, por ejemplo, o del crecimiento industrial para la libertad. Parecía conveniente examinar en retrospectiva sus pensamientos y especulaciones, aunque sólo fuese a causa de nuestra propia pobreza intelectual en este campo, inducida por la especialización.

Tal fue la motivación original del presente ensayo, la idea que me impulsó a introducirme al edificio del pensamiento social de los siglos XVII y XVIII. Dada la naturaleza rica y compleja de este edificio, no resulta sorprendente que haya salido de él con algo más amplio y aun más ambicioso que mi búsqueda inicial. En realidad, las mismas respuestas a los interrogantes que me sirvieron de punto de partida generaron, como un subproducto intrigante, un enfoque nuevo a la interpretación del "espíritu" del capitalismo y de su surgimiento. Quizá convenga hacer aquí un bosquejo de este enfoque, reservando una presentación más completa para la última parte de este estudio.

Una bibliografía abundante ha contrastado el ideal aristocrático, heroico, de la Edad Feudal y el Renacimiento, con la mentalidad burguesa y la ética protestante de una época posterior. La declinación de una ética y el surgimiento de otra han sido exploradas completamente y han sido presentados precisamente como tales: como dos procesos históricos distintos, cada uno de los cuales tuvo como protagonista una clase social distinta, la aristocracia declinante por una parte y la burguesía ascendente por la otra. Por supuesto, los historiadores han encontrado atractiva la presentación de la historia como un duelo donde un joven retador derrota al campeón envejecido. Pero esta concepción ha atraído en igual medida, si no es que más, a quienes buscan el conocimiento científico de la sociedad y sus llamadas leyes de movimiento. Los análisis de Marx y de Weber disienten en cuanto a la importancia relativa de los factores económicos y no económicos, pero ambos contemplan el surgimiento del capitalismo y de su "espíritu" como un ataque a los sistemas de ideas y de relaciones socioeconómicas pre-existentes.

Recientemente un grupo de historiadores puso en duda el carácter de clase de la Revolución Francesa. Al ocuparme aquí de la historia de las ideas, no aspiro a ser tan iconoclasta; sin embargo, con un espíritu similar presentaré algunas pruebas de que lo nuevo surgió de lo antiguo en mayor medida de lo que generalmente se cree. Por supuesto, la presentación de un cambio ideológico o una transición prolongada como un proceso endógeno es algo más complejo que su presentación como el surgimiento de una ideología concebida independientemente, en insurgencia, frente a la declinación de una ética hasta entonces dominante. Una presentación de esta clase implica la identificación de una secuencia de ideas y proposiciones concatenadas cuyo resultado final se oculta necesariamente a los defensores de los eslabones individuales, por lo menos en las primeras etapas del proceso; porque tales defensores se habrían estremecido —y habrían revisado su pensamiento— si hubie-

sen advertido a dónde conducían en última instancia sus ideas.

En la reconstrucción de tal secuencia de ideas eslabonadas debemos recurrir de ordinario a pruebas obtenidas en muchas fuentes y sólo podemos prestar escasa atención a los sistemas de pensamiento donde se incrustan tales pruebas. Éste es en efecto el procedimiento seguido en la primera parte de este ensayo. En la segunda parte, el enfoque se estrecha para concentrarse en los puntos altos de la secuencia. Los autores que han desarrollado a plenitud estos puntos, como Montesquieu y Sir James Steuart, son examinados más extensamente, y hacemos un esfuerzo por entender cómo se relacionan las proposiciones específicas subrayadas para los fines de nuestra historia con su sistema general de pensamiento. En la tercera parte del ensayo comentamos la importancia histórica del episodio intelectual aquí presentado y su aplicación a algunos de nuestros problemas contemporáneos.

PRIMERA PARTE

CÓMO SE RECURRIÓ A LOS INTERESES
PARA CONTRARRESTAR LAS PASIONES

LA IDEA DE LA GLORIA Y SU DECLINACIÓN

AL PRINCIPIO de la sección principal de su famoso ensayo, Max Weber se preguntaba: "Ahora bien, ¿cómo pudo una actividad, que en el mejor de los casos era éticamente tolerada, convertirse en una vocación en el sentido utilizado por Benjamin Franklin?"¹ En otras palabras, ¿cómo se volvieron honorables las actividades comerciales, bancarias, y otras similares para obtener dinero, en algún momento de la época moderna tras haber sido condenadas o despreciadas como ambición, amor por el lucro, y avaricia durante los siglos anteriores?

La enorme bibliografía crítica sobre *The Protestant Ethic* le ha encontrado defectos aun a este punto de partida de la investigación de Weber. Se ha alegado que el "espíritu del capitalismo" existía entre los comerciantes de los siglos XIV y XV, y una actitud positiva hacia ciertas categorías de actividades comerciales podría descubrirse en los escritos de los escolásticos.²

Sin embargo, el interrogante de Weber se justifica si se plantea en un tono de comparación. Por grande que fuese la aprobación otorgada al comercio y otras formas de la obtención de dinero, sin duda se encontraban en la escala medieval de valores por debajo de varias otras actividades, en particular de la búsqueda de la gloria. En efecto, mediante un breve bosquejo de la idea de la gloria prevaleciente en la Edad Media y el Renacimiento trataré ahora de revivir el sentimiento de asombro acerca de la génesis del "espíritu del capitalismo".

¹ *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, traducción al inglés de Talcott Parsons (Nueva York: Scribner's, 1958), p. 74.

² Véase a Werner Sombart, *Der Bourgeois* (Munich: Duncker and Humblot, 1913); Joseph A. Schumpeter *Historia del análisis económico*, México, FCE, 1971 p. 101; y Raymond de Roover, "The Scholastic Attitude Toward Trade and Entrepreneurship", reproducido ahora en de Roover, *Business, Banking and Economic Thought*, ed. Julius Kirshner (Chicago: University of Chicago Press, 1974); véase también el ensayo introductorio de Kirshner, pp. 16-18.

A principios de la era cristiana, San Agustín había aportado directrices básicas al pensamiento medieval denunciando el deseo de dinero y posesiones como uno de los tres pecados principales del Hombre Caído; el deseo de poder (*libido dominandi*) y el deseo sexual eran los otros dos.³ En conjunto, San Agustín condena por igual estos tres impulsos o pasiones del hombre. Si admite circunstancias atenuantes para alguno de ellos se tratará de la *libido dominandi* combinada con un fuerte deseo de alabanza y gloria. Así, habla San Agustín de la "virtud civil" característica de los primeros romanos "quienes han demostrado un amor babilónico por su patria terrenal", y quienes estaban "suprimiendo el deseo de riqueza y muchos otros vicios por su vicio único, el amor a la alabanza".⁴

Para el argumento posterior de este ensayo resulta de considerable interés el hecho de que San Agustín conciba aquí la posibilidad de que un vicio frene a otro. En todo caso, su apoyo limitado a la búsqueda de gloria dejaba una abertura que se ensanchó mucho más allá de sus enseñanzas por obra de los voceros del ideal caballeresco, aristocrático, que convirtieron la búsqueda de honor y gloria en la columna vertebral de la virtud y grandeza de un hombre. Lo que San Agustín había expresado con gran cautela y resistencia, se proclamó después en son de triunfo: el amor a la gloria, en contraste con la búsqueda puramente privada de la riqueza, puede tener "un valor social redentor". En efecto, la idea de una "mano invisible" —una fuerza gracias a la cual los hombres que actúan de acuerdo con sus pasiones privadas conspiran sin saberlo hacia el bien público— se formuló en conexión con la búsqueda de gloria, no con el deseo del dinero, por parte de Montesquieu. La búsqueda del honor en una monarquía, dice Montesquieu, "lleva la vida a todas las partes del cuerpo político"; en con-

³ Véase a Herbert A. Deane, *The Political and Social Ideas of St. Augustine* (Nueva York: Columbia University Press, 1963), pp. 44-56.

⁴ *Ibid.*, pp. 52 y 268.

secuencia, "resulta que cada quien contribuye al bienestar general mientras piensa que trabaja para sus propios intereses".⁵

Con tal justificación complicada o sin ella, la ética caballeresca medieval exaltó la búsqueda del honor y la gloria aunque se opusiese a las enseñanzas fundamentales, no sólo de San Agustín, sino también de una larga sucesión de escritores religiosos, desde Santo Tomás de Aquino hasta Dante, quienes atacaron la búsqueda de la gloria como algo vano (*inanis*) y pecaminoso.⁶ Luego, durante el Renacimiento, la búsqueda del honor alcanzó la posición de una ideología dominante a medida que declinaba la influencia de la Iglesia, y los defensores del ideal aristocrático pudieron recurrir a los abundantes textos griegos y romanos que celebran la búsqueda de la gloria.⁷ Esta poderosa corriente intelectual pasó al siglo XVII: es posible que la concepción más pura de la búsqueda de la gloria como la única justificación de la vida se encuentre en las tragedias de Pierre Corneille. Al mismo tiempo, las formulaciones de Corneille eran tan extremosas que pueden haber contribuido a la dramática caída del ideal aristocrático que había de ser representada en la escena por algunos de sus contemporáneos.⁸

Los escritores de varios países de Europa Occidental cooperaron a esta "demolición del héroe";⁹ los franceses —Francia era quizá el país que había llegado más lejos en el culto del ideal heroico— desempeñaron el papel principal. Se demostró

⁵ *Esprit des lois*, Libro III, Capítulo VII. Todas las traducciones son mías, a menos que se indique lo contrario.

⁶ El conflicto existente entre estas dos tradiciones intelectuales aparece documentado en María Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media Castellana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952). Véase también la traducción francesa de esta obra, que lleva el título más adecuado de *L'idée de la gloire dans la tradition occidentale* (París: Klincksieck, 1968).

⁷ *Ibid.*, Capítulos 1 y 2. La continuidad de la ética caballeresca medieval con el ideal aristocrático del Renacimiento es subrayada también por Paul Bénichou, *Morales du grand siècle* (París: Gallimard, Collection Idées, 1948), pp. 20-23 y, en una polémica con Buckhardt, por Johan Huizinga, *The Waning of the Middle Ages* (Nueva York: Doubleday, 1945), pp. 40, 69 y sigs.

⁸ Bénichou, *ibid.*, pp. 15-79. En lo relativo a la tesis de que todos los héroes de Corneille y sus proyectos terminan en fracasos, véase a Serge Doubrovsky, *Corneille et la dialectique du héros* (París: Gallimard, 1963).

⁹ Esta es la frase vigorosa empleada por Bénichou en *Morales*, pp. 155-180.

que todas las virtudes heroicas eran formas de la mera autoconservación (Hobbes), del amor a sí mismo (La Rochefoucauld), de la vanidad y el escape frenético del verdadero conocimiento de sí mismo (Pascal). Racine presentó como despreciables las pasiones heroicas, después de que Cervantes las había denunciado como tontas, si no es que demenciales.

Esta transformación asombrosa de la escena moral e ideológica aparece de pronto, y sus razones históricas y psicológicas no han sido bien entendidas todavía. Lo que más nos interesa aquí es el hecho de que los responsables de la demolición no degradaron los valores tradicionales para proponer un nuevo código moral que pudiese corresponder a los intereses o las necesidades de una nueva clase. En ningún momento se asoció la denuncia del ideal heroico con la defensa de una nueva ética burguesa. Esto aparece obvio en Pascal y La Rochefoucauld, pero también vale para Hobbes, a pesar de algunas interpretaciones en contrario.¹⁰ Durante largo tiempo se creyó que los dramas de Molière tenían como mensaje la alabanza de las virtudes burguesas, pero se ha demostrado que esta interpretación no es correcta.¹¹

Así pues, por sí misma la demolición del ideal heroico sólo habría podido restaurar la igualdad de la ignominia que San Agustín había querido otorgar al amor por el dinero y a la búsqueda del poder y la gloria (para no mencionar la ambición propiamente dicha). Por supuesto, el hecho es que menos de un siglo más tarde llegó a alabarse ampliamente el impulso adquisitivo y las actividades con él conectadas, tales como el comercio, la banca, y finalmente la industria, por diversas razones. Pero este cambio tan extraordinario no derivó de ninguna victoria simple de una ideología bien pertrechada sobre otra. La historia real es mucho más compleja y enredada.

¹⁰ Véase la demostración convincente, ofrecida en una polémica con C. B. Masperson, de Keith Thomas en "Social Origins of Hobbes's Political Thought", en K. C. Brown, comp., *Hobbes Studies* (Oxford: Blackwell, 1965).

¹¹ Bénichou, *Morales*, pp. 262-267, 285-299.

EL HOMBRE "TAL COMO REALMENTE ES"

EL INICIO de esta historia se encuentra en el Renacimiento, pero no por el desarrollo de una ética nueva, es decir de nuevas reglas de conducta para el *individuo*. Más bien lo imputaremos aquí a un nuevo viraje de la teoría del *Estado*, al intento de mejorar el funcionamiento del Estado dentro del orden existente. Por supuesto, la insistencia sobre este punto de partida proviene de la tendencia endógena de la historia que me propongo contar.

Al tratar de enseñar al príncipe cómo alcanzar, mantener y expandir el poder, Maquiavelo estableció su distinción fundamental y famosa entre "la verdad efectiva de las cosas" y las "repúblicas y monarquías imaginarias que nunca han existido ni existirán".¹² La implicación era que los filósofos morales y políticos habían hablado hasta entonces sólo de lo imaginario y no habían proveído orientaciones para el mundo real donde el príncipe debe desenvolverse. Esta exigencia de un enfoque científico, positivo, se extendió sólo más tarde del príncipe al individuo, de la naturaleza del Estado a la naturaleza humana. Es probable que Maquiavelo haya sentido que una teoría realista del Estado requería un conocimiento de la naturaleza humana, pero sus observaciones sobre este tema, invariablemente perspicaces, son dispersas y poco sistemáticas. Para el siglo siguiente había ocurrido un cambio considerable. Los adelantos de las matemáticas y de la mecánica celeste hacían surgir la esperanza de que pudieran descubrirse leyes del movimiento para las acciones humanas, al igual que para los cuerpos que caen y los planetas. Por ejemplo Hobbes, quien basaba en Galileo su teoría de la naturaleza humana,¹³ dedica los primeros diez capítulos del *Leviatán* a la naturaleza del hombre, antes de proceder a examinar la de la mancomunidad. Pero fue

¹² *El Príncipe*, capítulo xv.

¹³ Véase la Introducción de Richard S. Peters a *Body, Man, Citizen: Selections from Thomas Hobbes*, ed. Peters (Nueva York: Collier, 1962).

Spinoza quien reiteró, con agudeza y vehemencia peculiares,¹⁴ las acusaciones de Maquiavelo contra los pensadores utópicos del pasado, ahora en relación con el comportamiento humano individual. En el párrafo inicial del *Tractatus politicus*, ataca Spinoza a los filósofos que “no conciben a los hombres tal como son, sino como les gustaría que fuesen”. Y esta distinción entre el pensamiento positivo y el normativo aparece de nuevo en la *Ética*, donde Spinoza opone a quienes “prefieren detestar y ridiculizar los afectos y las acciones de los hombres” su famoso proyecto de “considerar las acciones y los apetitos humanos como si estuviese considerando líneas, planos o cuerpos”.¹⁵

En el siglo XVIII continuó afirmándose —a veces casi como algo rutinario— que el hombre “tal como es realmente” constituye el tema adecuado de lo que hoy llamamos la ciencia política. Vico, quien había leído a Spinoza, lo siguió fielmente en este punto, aunque no en otros. En *Scienza nuova* escribe:

La filosofía considera al hombre tal como debiera ser, de modo que sólo es útil para los muy pocos que quieren vivir en la República de Platón y no se arrojan a las suciedades de Rómulo. La legislación considera al hombre tal como es y trata de usarlo bien en la sociedad humana.¹⁶

Aun Rousseau, cuya visión de la naturaleza humana estaba muy alejada de la de Maquiavelo y Hobbes, rinde tributo a la idea iniciando el *Contrato social* con esta oración: “Tomando a los hombres tal como son y las leyes tal como podrían ser, quiero investigar si puede encontrarse un principio legítimo y seguro de gobierno.”

¹⁴ Leo Strauss advierte en *Spinoza's Critique of Religion* (Nueva York: Schocken, 1965), p. 277, “el hecho sorprendente de que el tono de Spinoza sea mucho más airado que el de Maquiavelo”. Strauss lo atribuye al hecho de que, siendo primordialmente un filósofo, Spinoza estaba personalmente mucho más involucrado con el pensamiento utópico que Maquiavelo, el politólogo.

¹⁵ Parte III, Introducción.

¹⁶ Párrafos 131-132 de Giambattista Vico, *Opere*, ed. Fausto Nicolini (Milán: Ricciardi, 1953).

REPRESIÓN Y FRENO DE LAS PASIONES

LA INSISTENCIA categórica en contemplar al hombre “como realmente es” tiene una explicación sencilla. En el Renacimiento surgió el sentimiento —que se volvió convicción firme durante el siglo XVII— de que ya no podía confiarse en la filosofía moralizante y el precepto religioso para el freno de las pasiones destructoras de los hombres. Debían buscarse formas nuevas, y su búsqueda se inició muy explicablemente con una disección detallada y sincera de la naturaleza humana. Hubo quienes, como La Rochefoucauld, escudriñaron sus escondrijos y proclamaron sus “descubrimientos salvajes” con tanta animación que la disección parece en gran medida un fin en sí misma. Pero en general tuvo por objeto el descubrimiento de formas más eficaces de modelación del patrón de las acciones humanas por comparación con la exhortación moralista o la amenaza de condenación. Y, por supuesto, la búsqueda tuvo éxito; en realidad, podemos distinguir por lo menos tres líneas de argumentación propuestas como opciones frente a la dependencia del precepto religioso.

La opción más obvia, que en realidad es anterior al movimiento de ideas aquí examinado, es la apelación a la coerción y la represión. Se encomienda al Estado la tarea de contener, por la fuerza si es necesario, las peores manifestaciones y las consecuencias más peligrosas de las pasiones. Éste era el pensamiento de San Agustín, a quien había de imitar muy de cerca Calvino en el siglo XVI.¹⁷ Todo orden social y político establecido se justifica por su existencia misma. Sus posibles injusticias son retribución justa por los pecados del Hombre Caído.

Los sistemas políticos de San Agustín y Calvino se relacio-

¹⁷ Véase a Deane, *Political and Social Ideas of St. Augustine*, Capítulo IV, y la descripción que hace Michael Walzer del pensamiento político de Calvino con el título de “The State as an Order of Repression”, en *The Revolution of the Saints* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press), pp. 30-48.

nan estrechamente en algunos sentidos con el defendido en el *Leviatán*. Pero la invención fundamental de Hobbes es su peculiar concepto transaccional del Pacto, de espíritu muy distinto al de los anteriores sistemas autoritarios. Notoriamente difícil de clasificar, el pensamiento de Hobbes será examinado bajo una categoría diferente.

La solución represiva del problema planteado por el reconocimiento de las pasiones incontroladas del hombre tiene grandes dificultades. Porque ¿qué ocurre si el soberano no cumple su tarea adecuadamente por su exceso de tolerancia, de crueldad, o por alguna otra incapacidad? Una vez planteado este interrogante, la perspectiva del establecimiento de un soberano o una autoridad debidamente represivos parece tan probable como la perspectiva de que los hombres refrenen sus pasiones gracias a las exhortaciones de filósofos moralizantes o eclesiásticos. Dado que esta última perspectiva se considera nula, la solución represiva resulta contradecir sus propias premisas. La concepción de una autoridad *ex machina* que de algún modo elimine la miseria y la destrucción que los hombres se infligen entre sí a resultas de sus pasiones significa en efecto un rodeo a las dificultades mismas descubiertas, antes que su solución. Es quizá por esta razón que la solución represiva no sobrevivió largo tiempo al análisis detallado de las pasiones realizado en el siglo XVII.

Una solución más compatible con estos descubrimientos y estas preocupaciones de carácter psicológico es la idea del *control* de las pasiones en lugar de su mera represión. De nuevo se confía en el Estado o la "sociedad" para la realización de esta hazaña, pero ahora no sólo como una protección represiva, sino como un medio transformador, civilizador. Ya en el siglo XVII pueden encontrarse especulaciones acerca de tal transformación de las pasiones destructoras en algo constructivo. Anticipándose a la mano invisible de Adam Smith, Pascal defiende la grandeza del hombre por el hecho de que "se las ha

arreglado para sacar de la concupiscencia un resultado admirable" y "un orden tan hermoso".¹⁸

A principios del siglo XVIII, Giambattista Vico articuló la idea con mayor vigor al mismo tiempo que con su estilo peculiar la dotaba con la aureola de un descubrimiento excitante:

De la ferocidad, la avaricia y la ambición, los tres vicios que decarrían a toda la humanidad [la sociedad] saca la defensa nacional, el comercio y la política, y así genera la fortaleza, la riqueza y la sabiduría de las repúblicas; de estos tres grandes vicios, que sin duda destruirían al hombre sobre la tierra, la sociedad civil hace surgir la felicidad. Este principio prueba la existencia de la Divina Providencia: gracias a sus leyes inteligentes, las pasiones de los hombres ocupados por entero a la búsqueda de su utilidad privada se transforman en un orden civil que permite a los hombres vivir en sociedad humana.¹⁹

Claramente, éste es uno de esos pronunciamientos a los que debe Vico su fama de una mente extraordinariamente creativa. La Razón observante de Hegel, el concepto freudiano de la sublimación, y otra vez la mano invisible de Adam Smith, pueden advertirse en estas dos oraciones cargadas de significado. Pero faltan las explicaciones, y nos quedamos en penumbras acerca de las condiciones en que ocurra en realidad esa metamorfosis maravillosa de las "pasiones" destructoras en "virtudes".

La idea del control de las pasiones de los hombres, de ponerlas a trabajar en favor del bienestar general fue expresada en forma considerablemente más extensa por el contemporáneo inglés de Vico, Bernard Mandeville. Considerado a menudo co-

¹⁸ *Pensées*, núms. 502, 503 (edición Brunschvicg). La idea de que una sociedad unida por el amor a sí misma antes que por la caridad puede funcionar a pesar de ser pecaminosa se encuentra en varios prominentes jansenistas contemporáneos de Pascal, como Nicole y Domat. Véase a Gilbert Chinard, *En l'honneur de Pascal* (Lille: Giarel, 1948), pp. 97-118, y D. W. Smith, *Helvetius: a Study in Persecution* (Oxford: Clarendon Press, 1965), pp. 122-125. Se encuentra un excelente estudio reciente de Nicole en Nannerl O. Keohane, "Non-Conformist Absolutism in Louis XIV's France: Pierre Nicole y Denis Veiras", en *Journal of the History of Ideas* 35 (octubre-diciembre de 1974), pp. 579-596.

¹⁹ *Scienza nuova*, párrafos 132-133; véanse también los párrafos 130 y 135.

mo un precursor del *laissez-faire*, Mandeville invocó en realidad, a lo largo de *La fábula de las abejas* "los manejos hábiles del político diestro" como una condición y un agente necesarios para la conversión de los "vicios privados" en "virtudes públicas". Sin embargo, en virtud de que no reveló el *modus operandi* del político, persistió un misterio considerable acerca de las transformaciones supuestamente benéficas y paradójicas. Sólo en el caso de un "vicio privado" particular aportó Mandeville una demostración detallada de la forma en que se logran en efecto tales transformaciones. Me refiero, por supuesto, a su famoso tratamiento de la pasión por los bienes materiales en general, y por los lujos en particular.²⁰

Así pues, puede afirmarse que Mandeville restringió el área donde en efecto consideraba válida su paradoja a un "vicio" o pasión particular. En este abandono de la generalidad habría de ser seguido, con el enorme éxito ya conocido, por el Adam Smith de *La riqueza de las naciones*, una obra centrada por completo en la pasión conocida tradicionalmente como codicia o avaricia. Además, gracias a la evolución ocurrida en el lenguaje, que consideraremos con alguna extensión más adelante, Smith pudo dar un paso gigantesco hacia la conversión de la proposición en algo aceptable y convincente: suavizó la paradoja escandalizante de Mandeville empleando en lugar de "pasión" y "vicio" términos moderados tales como "ventaja" o "interés".

En esta forma limitada y domesticada la idea del control pudo sobrevivir y prosperar como un tema principal del liberalismo del siglo XIX y como un elemento central de la teoría

²⁰ Se ha argumentado convincentemente que por "manejo diestro" no entendía Mandeville la intervención y la regulación detalladas de todos los días, sino más bien la elaboración y la evolución lentas, por ensayo y error, de un marco legal e institucional adecuado. Véase a Nathan Rosenberg, "Mandeville and *Laissez-Faire*", en *Journal of the History of Ideas* 24 (abril-junio de 1963), pp. 183-196. Sin embargo, el *modus operandi* de este marco es otra vez supuesto por Mandeville, antes que demostrado. Y en lo tocante al lujo, cuyos efectos favorables sobre el bienestar general sí describe en detalle, los papeles del político o del marco institucional no son prominentes en absoluto.

económica. Pero el abandono de la generalidad de la idea del control distaba de ser universal. En realidad, algunos de sus defensores posteriores fueron menos cuidadosos aún que Vico: para ellos, la marcha ascendente de la historia constituía una prueba suficiente de que las pasiones de los hombres se combinan de algún modo para el progreso general de la humanidad o del Espíritu del Mundo. Herder y Hegel escribieron en tal sentido en sus obras sobre la filosofía de la historia.²¹ El famoso concepto hegeliano de la Razón observante expresa la idea de que los hombres, siguiendo sus pasiones, en realidad sirven a un propósito más elevado de la historia del mundo del que están totalmente inconscientes. Es quizá significativo el hecho de que este concepto no reaparezca en la *Filosofía del Derecho* de Hegel, donde no se ocupa del gran campo de la historia del mundo sino de la evolución real de la sociedad de su propia época. Un apoyo tan total a las pasiones como el que está implícito en la Razón observante no cabía, obviamente, en una obra que asumía una concepción tan crítica del desarrollo social y político contemporáneo.

Un representante final de la idea en su forma más irrestricta es el Mefistófeles del *Fausto* de Goethe, con su famosa auto-definición como "una porción de esa fuerza que siempre quiere el mal y siempre produce el bien". Aquí parece haber sido abandonada por completo la idea del control de las pasiones malas en alguna forma concreta; su transformación se logra por un proceso mundial oculto, aunque magnánimo.

²¹ Según Herder, "todas las pasiones del corazón del hombre son impulsos salvajes de una fuerza que no se conoce todavía a sí misma, pero que, de acuerdo con su naturaleza, sólo puede conspirar hacia un mejor orden de cosas". *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, en *Werke*, ed. Suphan (Berlín, 1909), Vol. 14, p. 213.

EL PRINCIPIO DE LA PASIÓN COMPENSADORA

ANTE la realidad aplastante del hombre inquieto, apasionado, impulsivo, tanto la solución represiva como la del control carecían de persuasión. La solución represiva eliminaba el problema mediante un supuesto, mientras que el mayor realismo de la solución del control se veía impedido por un elemento de transformación alquimista fuera de lugar en el entusiasmo científico de la época.

El material mismo de que se ocupaban los moralistas del siglo XVII —la descripción e investigación detalladas de las pasiones— sugeriría inevitablemente una tercera solución: ¿No es posible discriminar entre las pasiones y combatir el fuego con el fuego, utilizar un conjunto de pasiones relativamente inocuas para contrarrestar otras más peligrosas y destructivas, o quizá para debilitar y domar las pasiones mediante las luchas intestinas del *divide et impera*? Parece una concepción sencilla y obvia en cuanto deja de creerse en la eficacia de la moralización; sin embargo, a pesar de la sugerencia velada de San Agustín, resultó quizá más difícil de entender que el proyecto de atacar al mismo tiempo todas las pasiones. Las pasiones más importantes habían sido conectadas entre sí, desde largo tiempo atrás, en la literatura y el pensamiento, a menudo en alguna trinidad profana, desde la "Superbia, invidia e avarizia sono / le tre faville ch'anno i cuori accesi" de Dante,²² hasta el "Ehrsucht, Herrschsucht und Habsucht" que aparece en la *Idea de una historia general* de Kant.²³ Se pensaba que estas pasiones básicas se alimentaban recíprocamente, en forma muy similar a como lo hacían las tres maldiciones de la humanidad: el hambre, la guerra, la peste. El hábito de considerarlas indisolubles se reforzó aún más por su contrasta-

²² El orgullo, la envidia y la codicia son las tres chispas que encienden los corazones de los hombres. *Inferno*, Canto VI, líneas 74-75.

²³ Ambición, deseo de poder, y codicia.

ción ordinaria en bloque con los dictados de la razón o los requerimientos de la salvación.

Las alegorías medievales han representado con frecuencia tales combates de las virtudes contra los vicios, en el campo de batalla del alma del hombre.²⁴ Es probable que esta tradición haya permitido paradójicamente que una época posterior, más realista, concibiera una clase de combate muy diferente, donde una pasión se enfrenta a otra, con el resultado final, como antes, del beneficio del hombre y la humanidad. El hecho es que esta idea surgió, y lo hizo en efecto en extremos opuestos del espectro del pensamiento y la personalidad del siglo XVII: Bacon y Spinoza.

Para Bacon, la idea fue una consecuencia de su intento sistemático por destruir los yugos metafísico y teológico que impedían a los hombres pensar en forma inductiva y experimental. En las secciones de *The Advancement of Learning* que se ocupan de "El apetito y la voluntad del hombre" critica a los filósofos morales tradicionales por haber actuado

como si un hombre que trata de enseñar a escribir exhibiese sólo copias correctas de alfabetos y letras unidas, sin dar ningún precepto o dirección para el movimiento de la mano y el trazo de las letras. Así han dado ejemplos buenos y correctos que contienen las semillas del Bien, la Virtud, el Deber, la Felicidad;... pero se han olvidado por completo de explicar cómo pueden alcanzarse esas calificaciones excelentes, y cómo moldear y someter la voluntad del hombre para que se ajuste a estos propósitos en forma sincera y cómoda...²⁵

Aunque la crítica es familiar desde Maquiavelo, el símil es notablemente sugerente, y pocas páginas más tarde intenta Bacon

²⁴ Por esta razón, el género se conoce como psicomaquia. Su historia, desde la *Psychomachia* de Prudencio, una obra del siglo V, hasta el ciclo de la virtud y el vicio que se observa en el pórtico central de la fachada de Notre-Dame de París, aparece en Adolf Katzenellenbogen, *Allegories of the Virtues and Vices in Mediaeval Art* (Londres: Instituto Warburg, 1939).

²⁵ *Works*, ed. J. Spedding y otros (Londres, 1850), Vol. III, p. 418.

la tarea misma que ha bosquejado. Lo hace alabando a poetas e historiadores —por oposición a los filósofos— por haber

descrito con gran realismo cómo se moderan y se incitan las afecciones; cómo se pacifican y refrenan;... cómo se revelan, cómo funcionan, cómo varían, cómo se reúnen y fortalecen, cómo se ligan entre sí, y cómo se combaten entre sí, así como otras particularidades semejantes; entre ellas, esta última es particularmente importante en cuestiones morales y civiles; *cómo [digo] enfrentar una afección a otra y cómo dominar una con otra*: así como solemos cazar la bestia con la bestia y el ave con el ave... Porque así como en el gobierno de los estados es necesario a veces enfrentar una facción con otra, lo mismo ocurre en nuestro gobierno interior.²⁶

Este párrafo vigoroso, sobre todo su última parte, tiene todos los indicios de haberse basado en la intensa experiencia personal de Bacon como político y estadista, no tanto en las hazañas de poetas e historiadores. Además, la idea del control de las pasiones mediante el enfrentamiento de una contra la otra resulta muy congruente con la inclinación irreverente y experimental de su pensamiento. Por otra parte, su formulación no parece haber sido particularmente influyente en su tiempo. Sólo los estudiosos modernos han reparado en ella para presentar en este sentido a Bacon como un antecesor de Spinoza y Hume, quienes otorgaron a la idea un lugar mucho más importante en sus sistemas.²⁷

Al elaborar su teoría de las pasiones en la *Ética*, Spinoza da dos proposiciones esenciales para el desarrollo de su argumento:

Un afecto no puede ni reprimirse ni quitarse sino por un afecto contrario y más fuerte que el afecto a reprimir.²⁸

²⁶ *Ibid.*, p. 438. Sin subrayado en el original.

²⁷ Leo Strauss, *The Political Philosophy of Hobbes* (Oxford: Clarendon Press, 1936), p. 92; y Rachael M. Kydd, *Reason and Conduct in Hume's Treatise* (Nueva York: Russell & Russell, 1946), p. 116.

²⁸ Cuarta parte, Proposición VII. *Ética*, F.C.E., México, 1958.

y

El verdadero conocimiento de lo bueno y lo malo, no puede, en cuanto verdadero, reprimir ningún afecto, sino sólo en cuanto es considerado como un afecto.²⁹

A primera vista parece extraño que Spinoza, con su inclinación metafísica y su relativa falta de participación en la vida activa, haya defendido la misma doctrina que Bacon. En realidad, lo hizo por razones muy diferentes. Nada podría haber estado más alejado de su mente que la idea de que las pasiones pudiesen frenarse y manipularse convenientemente enfrentando una pasión a otra. Los pasajes antes citados servían sobre todo para subrayar la fuerza y la autonomía de las pasiones, a fin de que se entendiesen con claridad las dificultades reales de la realización del destino final del viaje emprendido por Spinoza en la *Ética*. Tal destino es el triunfo de la razón y el amor a Dios sobre las pasiones, y la idea de la pasión compensadora funciona sólo como una estación intermedia que conduce a ese triunfo. Al mismo tiempo, la idea sigue formando parte de la culminación de la obra de Spinoza, como aparece evidente en su última proposición:

...no gozamos de ella [la beatitud] porque reprimamos nuestras concupiscencias, sino, al contrario, porque gozamos de ella, podemos reprimir nuestras concupiscencias.³⁰

Así pues, el primero de los grandes filósofos que concedió lugar importante a la idea de que sólo puede lucharse con éxito contra las pasiones a través de otras pasiones no tenía ninguna intención de trasladar esta idea al campo de la moral práctica o del manejo político, aunque entendía muy bien tales posibilidades.³¹ En efecto, esta idea no vuelve a aparecer en las

²⁹ Cuarta Parte, Proposición XIV.

³⁰ Quinta Parte, Proposición XLII.

³¹ Como se demuestra, por ejemplo, en la oración siguiente: "Por afectos en-

obras políticas de Spinoza, que por otra parte no carecen de sugerencias prácticas sobre la forma de lograr que las debilidades de la naturaleza humana funcionen en beneficio de la sociedad.

Aunque Hume denunció la filosofía de Spinoza como "repulsiva", sus ideas sobre las pasiones y su relación con la razón son notablemente similares a las de Spinoza.³² Hume era sólo más radical en su proclamación de la impenetrabilidad de las pasiones frente a la razón; uno de sus pronunciamientos más conocidos es éste: "La razón es, y debe ser, esclava de las pasiones." En vista de su posición extrema, necesitaba con urgencia el pensamiento consolador de que una pasión puede funcionar como antídoto de otra. En efecto, lo proclama en el mismo párrafo crucial: "Nada puede contener o retardar el impulso de la pasión sino un impulso contrario."³³

Al revés de Spinoza, Hume estaba ansioso por aplicar su descubrimiento. Lo hizo de inmediato en el Libro III del *Treatise*, al discutir el "origen de la sociedad". Hablando de la "avidez... por la adquisición de bienes y posesiones", la considera una pasión potencialmente tan destructiva y a la vez tan singularmente poderosa que la única manera de controlarla consiste en *oponerla a sí misma*. Esta operación no parece fácil, pero es así como Hume resuelve el problema:

Por lo tanto, no hay pasión capaz de controlar la afición interesada, a no ser la afición misma, por una modificación de su dirección. Ahora bien, esta modificación debe ocurrir necesariamente a la menor reflexión; pues es evidente que la pasión se satisfase mejor por su restricción que por su libertad, y que al preservar la sociedad avanzamos mucho más en la adquisición de posesiones que en la condición solitaria y aislada...³⁴

tenderé en lo que sigue aquellos que arrastran al hombre en diversas direcciones, aunque sean del mismo género, como la gula y la avaricia, que son especies de amor..." *Ética*, Cuarta Parte, Definiciones.

³² Kydd, *Hume's Treatise*, pp. viii, 38, 156-162.

³³ *Treatise*, Libro II, Parte III Sección III.

³⁴ *Ibid.*, Libro III, Parte II, Sección II.

Por supuesto, podría ocurrírse nos que la concesión de la necesidad de cierta razón o reflexión, por "ligera" que sea, significa la introducción de un elemento extraño (que, además, se supone "esclavo de las pasiones") en un campo donde se supone que sólo la pasión lucha contra la pasión. Pero no se trata aquí de señalar los defectos del pensamiento de Hume sino de demostrar la convicción que le producía la idea de la pasión compensadora. La utiliza con fortuna en varias aplicaciones menos formidables. Al analizar a Mandeville, por ejemplo, sostiene que si bien el lujo es un mal, puede ser un mal menor que la "pereza" que podría resultar de la prohibición del lujo:

Por lo tanto, contentémonos con afirmar que dos vicios contrarios en un Estado pueden ser más convenientes que cualquiera de ellos por sí solo; pero nunca afirmemos que el vicio sea conveniente en sí mismo.

Luego aparece una formulación más general:

Cualquiera que sea la consecuencia de tal transformación milagrosa de la humanidad que la dote de todas las virtudes y la libere de todos los vicios; esto no le concierne al magistrado, que sólo se ocupa de las posibilidades. A menudo sólo puede curar un vicio con otro; y en tal caso debe preferir lo menos pernicioso para la sociedad.³⁵

En otra parte, como veremos más adelante, Hume defiende la restricción del "amor al placer" por el "amor a la ganancia". Y otras aplicaciones de la idea lo fascinaban obviamente aun cuando no estuviese de acuerdo, como se observa en el pasaje siguiente, tomado del ensayo sobre "El escéptico":

"Nada puede ser más destructivo —afirma Fontenelle— para la ambición y la pasión por la conquista, que el verdadero sistema

³⁵ "Of Refinement in the Arts", en David Hume, *Writings on Economics*, ed. E. Rotwein (Madison, Wis.: University of Wisconsin Press, 1970), pp. 31-32.

de la astronomía. ¿Qué poca cosa es aun todo el planeta en comparación [con] la extensión infinita de la naturaleza?" Esta consideración es evidentemente demasiado distante para que tenga un efecto algún día. O si tuviese alguno, ¿no destruiría el patriotismo junto con la ambición?³⁶

Esta polémica sugiere que la idea de conducir el progreso social enfrentando con astucia una pasión a otra se convirtió en un pasatiempo intelectual bastante común durante el siglo XVIII.

En efecto, lo expresa una multitud de escritores, tanto menores como mayores, en forma general o aplicada. Este último género se ilustra en el artículo sobre el "Fanatismo" de la *Enciclopedia*; es en esencia una diatriba encendida contra las instituciones y creencias religiosas, y termina con una sección especial sobre "el fanatismo del patriota", alabado en gran medida porque puede contrarrestar con eficacia el fanatismo religioso.³⁷ En cambio la idea aparece en su forma más general en Vauvenargues:

Las pasiones se oponen a las pasiones, y una de ellas puede servir como contrapeso de otra.³⁸

Y el mismo lenguaje se encuentra en la formulación más refinada de d'Holbach:

Las pasiones son los verdaderos contrapesos de las pasiones; no debemos tratar de destruirlas, sino de dirigir las: obstruyamos las perniciosas con las que son útiles para la sociedad. La razón no es ... sino el acto de escoger las pasiones que debemos seguir en aras de nuestra felicidad.³⁹

³⁶ *Essays Moral, Political, and Literary*, ed. T. H. Green y T. H. Grosse (London: Longmans, 1898), Vol. I, pp. 226-227.

³⁷ Franco Venturi *Utopia e riforma nell'Illuminismo* (Turín: Einaudi, 1970), p. 99. Aquí bosqueja Venturi la carrera notable del autor de este artículo, Alexandre Deleyre.

³⁸ *Oeuvres complètes* (París: Hachette, 1968), Vol. I, p. 239.

³⁹ *Système de la nature* (Hildesheim: Georg Olms, 1966, reproducción de la edición de París de 1821), pp. 424-425.

El principio de la pasión compensadora había surgido en el siglo XVII a causa de su visión sombría de la naturaleza humana y de la creencia general de que las pasiones son peligrosas y destructivas. En el curso del siglo siguiente, la naturaleza humana y las pasiones habrían de ser rehabilitadas ampliamente.⁴⁰ En Francia, el defensor más decidido de las pasiones fue Helvecio.⁴¹ Su posición queda indicada con claridad en los títulos de capítulos de *De l'esprit* tales como "Sobre el poder de las pasiones", "Sobre la superioridad intelectual del hombre apasionado sobre el sensato (*gens sensés*)", y "Nos volvemos estúpidos en cuanto dejamos de ser apasionados". Pero así como Rousseau repetía rutinariamente el consejo de que se observara al hombre "como realmente es", a pesar de que su concepto de la naturaleza humana era totalmente diferente del originador del consejo en primera instancia, el remedio de la pasión compensadora continuaba invocándose aunque ahora se afirmara que las pasiones son vigorizantes y no perniciosas. En realidad, Helvecio elaboró una de las mejores presentaciones del principio, basada en la fórmula original de Bacon, con algo de rococó adicional:

Pocos moralistas saben cómo enfrenar unas pasiones con otras... para que pueda adoptarse su consejo. Casi siempre, su consejo produciría gran daño si se siguiera. Pero debieran advertir que esta clase de daño no puede ganarse nuestro sentimiento; que sólo una pasión puede triunfar sobre otra; que, por ejemplo, si deseamos inducir más modestia y recato en una mujer descocada (*femme galante*), debemos enfrenar su vanidad con su coquetería y hacerla advertir que la modestia es un invento del amor y de la voluptuosidad refinada... Los moralistas podrían lograr la observancia de sus máximas si utilizaran en esta forma el lenguaje del interés en lugar del lenguaje del daño.⁴²

Para el paso siguiente de nuestro argumento, resulta particularmente importante el hecho de que la palabra "interés" se

⁴⁰ Véase también *infra* pp. 70-71.

⁴¹ D. W. Smith, *Helvétius*, pp. 133-135.

⁴² *De l'esprit* (París, 1758), pp. 159-160. Sin subrayado en el original.

empleó aquí en una forma genérica para denotar las pasiones a las que se asigna la función de compensación.

La idea viajó de Francia e Inglaterra a los Estados Unidos, donde los Padres Fundadores la utilizaron como una importante herramienta intelectual para los fines del manejo constitucional.⁴³ Un ejemplo excelente —y muy oportuno, en vista de la experiencia reciente de la Presidencia— se encuentra en el número 72 de *The Federalist*, donde Hamilton justifica el principio de la reelección del Presidente. Su argumento se basa en gran medida en el efecto que tendría la prohibición de la reelección sobre las motivaciones del Presidente en turno. Entre otros efectos perniciosos, afirma Hamilton, habría la "tentación de concepciones sórdidas, del peculado":

Un hombre avariento que llegue a ocupar el cargo, reflexionando sobre el momento en que irremediamente deba renunciar a los emolumentos que disfrutó, sentiría una inclinación no fácilmente resistible por tal hombre, de hacer el mejor uso posible de la oportunidad que disfruta mientras dure, y podría no tener escrúpulos en recurrir a los procedimientos más corruptos para volver la cosecha tan abundante como transitoria; en cambio, es probable que el mismo hombre, contemplando una perspectiva diferente, se contente con los privilegios regulares de su situación, y aun podría resistirse a arriesgar las consecuencias de un abuso de sus oportunidades. Su avaricia podría ser una protección contra su avaricia. Agreguemos a esto que el mismo hombre podría ser vano o ambicioso, tanto como avariento. Y si pudiera esperar la prolongación de sus honores por su buena conducta, quizá vacilará en sacrificar su apetito por ellos a su apetito por la ganancia. Pero si afronta la perspectiva de una próxima aniquilación inevita-

⁴³ Véase sobre este tema a Arthur O. Lovejoy, *Reflections on Human Nature* (The Johns Hopkins Press, 1961), Lectura II: "The Theory of Human Nature in the American Constitution and the Method of Counterpoise"; Richard Hofstadter, *The American Political Tradition and the Men Who Made It* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1948), Capítulo I: "The Founding Fathers: An Age of Realism"; y Martin Diamond, "The American Idea of Man: The View from the Founding", en Irving Kristol y Paul Weaver, comps., *The Americans 1976* (Lexington, Mass.: D. C. Heath, 1976), Vol. II, pp. 1-23.

ble, es probable que su avaricia triunfe sobre su precaución, su vanidad o su ambición.

Las últimas oraciones demuestran un verdadero virtuosismo en el manejo de la idea de la compensación, tanto que dejan al lector moderno, menos acostumbrado a estos pensamientos, un poco perplejo.

Un razonamiento mejor conocido que *parece* muy semejante se encuentra en *The Federalist* 51, donde se justifica con elocuencia la división de poderes entre las diversas ramas del gobierno con la afirmación de que "la ambición debe contrarrestar la ambición". El significado aquí es que se espera que la ambición de una rama del gobierno contrarreste la de otra, una situación muy diferente de la anterior, donde las pasiones aparecen luchando en el campo de una *sola* alma. Pero puede ser significativo el hecho de que el principio de la división de poderes se vista con las galas de otro: la idea relativamente nueva de los frenos y equilibrios se volvió más persuasiva cuando se presentó como una aplicación del principio ampliamente aceptado y muy conocido de la pasión compensadora.

Por supuesto, no se trató de una estratagema consciente. En realidad, el autor de esa oración (Hamilton o Madison) parece haber sido la primera víctima de la confusión que engendra: "Puede hacernos reflexionar sobre la naturaleza humana el hecho de que tales instrumentos resulten necesarios para el control de los abusos del gobierno. ¿Pero qué es el gobierno mismo sino la mayor de todas las reflexiones sobre la naturaleza humana?" Ahora bien, sin duda es una "reflexión sobre la naturaleza humana" la afirmación de que los malos impulsos del hombre sólo pueden frenarse enfrentando sus diversas pasiones para que luchen y se neutralicen entre sí. Pero el principio de la división de poderes no resulta, ni con mucho, tan insultante para la naturaleza humana. Así pues, parece que al escribir la frase lapidaria "la ambición debe contrarrestar la ambición", su autor se persuadió de que el principio de la pa-

sión compensadora, más bien que el de los frenos y equilibrios, era el fundamento del nuevo Estado.

En términos más generales, parece verosímil que el primer principio haya echado los cimientos intelectuales del principio de la separación de poderes. En esta forma, la línea de pensamiento aquí examinada volvió a su punto de partida: se inició con el Estado, luego pasó a considerar problemas de la conducta individual, y a su tiempo las ideas generadas por esta fase se llevaron de nuevo a la teoría de la política.

"EL INTERÉS" Y LOS "INTERESES" COMO DOMADORES DE LAS PASIONES

UNA vez que la estrategia del enfrentamiento de una pasión contra otra había sido elaborada y se había considerado aceptable y aun prometedor, resultaba conveniente un paso adelante en la secuencia del razonamiento aquí descrito: para que la estrategia pueda aplicarse con facilidad, para que se vuelva "operativa" como decimos ahora, debemos saber por lo menos en términos generales, a cuáles pasiones debe asignárseles de ordinario el papel de domadoras y cuáles son, por el contrario, las pasiones verdaderamente "salvajes" que deben ser domadas.

Una asignación específica de papeles de esta clase se encuentra detrás del Pacto de Hobbes, concluido sólo porque los "deseos y otras pasiones de los hombres", como la búsqueda agresiva de la riqueza, la gloria y el dominio, son superados por las otras "pasiones que inclinan a los hombres hacia la paz, son el temor a la muerte, el deseo de las cosas que son necesarias para una vida confortable, y la esperanza de obtenerlas por medio del trabajo".⁴⁴ En este sentido, toda la doc-

⁴⁴ *Leviatán*, F.C.E., México, 1940, capítulo XIII.

trina del contrato social es un producto de la estrategia de la compensación. Hobbes sólo debe recurrir a ella *una vez*, para *fundar* un Estado constituido en forma tal que los problemas creados por hombres apasionados se resuelvan de una vez por todas. Con esta tarea en mente, le bastaba con definir las pasiones domadoras y las que debían ser domadas en forma *ad hoc*. Pero muchos contemporáneos de Hobbes, que compartían su preocupación por los problemas del hombre y la sociedad, no aceptaron su solución radical, y pensaron además que la estrategia de compensación se necesitaba en forma continua, diaria. Para este propósito resultaba claramente conveniente una formulación más general y permanente de la asignación de papeles. Tal formulación surgió en efecto y asumió la forma de una oposición de los *intereses* de los hombres a sus *pasiones*, y de un contraste entre los efectos favorables que se obtienen cuando los hombres se guían por sus intereses y la situación desastrosa que prevalece cuando los hombres dan rienda suelta a sus pasiones.

Para entender la oposición de estos dos conceptos, debemos decir antes algo acerca de los diversos significados sucesivos (y a menudo simultáneos) de los términos "interés" e "intereses" en el curso de la evolución del lenguaje y las ideas. Los "intereses" de personas y grupos llegaron a centrarse finalmente en la ventaja económica como su significado nuclear, no sólo en el lenguaje ordinario sino también en términos de la ciencia social tales como "los intereses de clase" y "los intereses de grupo". Pero el significado económico se volvió dominante en una etapa avanzada de la historia del término. Cuando el término "interés", en el sentido de preocupaciones, aspiraciones y ventajas, se volvió corriente en Europa Occidental a fines del siglo XVI; su significado no se limitaba en modo alguno a los aspectos materiales del bienestar de una persona; más bien abarcaba la totalidad de las aspiraciones humanas, pero denotaba un elemento de reflexión y cálculo sobre la

forma en que estas aspiraciones debían perseguirse.⁴⁵ En realidad, la reflexión sería sobre la noción de interés surgió primero en un contexto muy alejado de los individuos y su bienestar material. Mencionamos antes cómo la preocupación por el mejoramiento de la calidad de la actuación estatal se encontraba en los orígenes de la búsqueda de mayor realismo en el análisis del comportamiento humano. Esta misma preocupación condujo a la primera definición y a la investigación detallada del "interés".

Otra vez, Maquiavelo aparece como la fuente del flujo de ideas que debemos examinar, así como había iniciado la línea de pensamiento que se convirtió en la noción del enfrentamiento de unas pasiones con otras. Como veremos, estas dos corrientes se movieron por separado durante largo tiempo, pero al final se mezclaron con resultados notables.

En realidad, Maquiavelo no le puso nombre a su hijo. Prescribió un comportamiento característico para los gobernantes de los estados, pero no lo resumió bajo una sola expresión. Más tarde, sus obras inspiraron los términos gemelos, inicialmente sinónimos, de *interesse* y *ragione di stato*, cuyo uso se generalizó en la segunda mitad del siglo XVI, como se observa en el gran estudio de Meinecke.⁴⁶ Se suponía que estos conceptos lucharían en dos frentes: por una parte, constituían obviamente una declaración de independencia de los preceptos y reglas moralizantes que habían ocupado el centro de la filosofía política antes de Maquiavelo; pero al mismo tiempo trataban de identificar una "voluntad refinada, racional, libre de pasiones y de impulsos momentáneos",⁴⁷ que diese una orientación clara y sensata al príncipe.

Por supuesto, la batalla principal de Maquiavelo, el funda-

⁴⁵ La historia del término es mucho más antigua en sus otros significados, como el interés que se cobra por el dinero prestado y el extraño uso francés en que *intérêt* significaba lesión y pérdida, un significado evidente todavía en los *dommages-intérêts* de hoy.

⁴⁶ Friedrich Meinecke, *Die Idee der Staatsrason in der neueren Geschichte* (Munich: R. Oldenbourg, 1924), pp. 85 y ss.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 184.

dor del nuevo arte del Estado, se libró en el primer frente, pero no olvidó en modo alguno el segundo, como demuestra Meinecke.⁴⁸ Las *restricciones* para los gobernantes implícitas en el concepto del interés como guía de la acción pasaron al primer plano a medida que el concepto pasaba de Italia a Francia e Inglaterra. Aparecen claramente en la famosa oración inicial del ensayo *Sobre el interés de los príncipes y estados de la cristiandad*, escrito por el estadista hugonote Duque de Rohan:

Los príncipes mandan a los pueblos, y el interés manda a los príncipes.⁴⁹

Como observa Meinecke, es posible que Rohan haya tomado prestada esta formulación de escritores italianos más antiguos tales como Boccacini y Bonaventura, quienes habían llamado al interés el "tirano de los tiranos", y a la *ragione di stato* el "príncipe de los príncipes".⁵⁰ Pero Rohan se esfuerza considerablemente por demostrar su afirmación. Habiendo bosquejado en términos generales los intereses nacionales de España, Francia, Italia, Inglaterra, y las otras potencias principales de su tiempo, procede a narrar en la segunda parte de su ensayo algunos episodios históricos para demostrar que

en los asuntos del Estado no debemos guiarnos por los apetitos desordenados, que a menudo nos llevan a emprender tareas superiores a nuestras fuerzas; ni por las pasiones violentas, que nos agitan en formas diversas en cuanto nos poseen; ... sino por nuestro propio interés guiado sólo por la razón, que debe gobernar nuestras acciones.⁵¹

Y en efecto, este pronunciamiento programático se ve seguido

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 52-55.

⁴⁹ En francés en el original.

⁵⁰ Friedrich Meinecke, *Ibid.*, p. 211.

⁵¹ Introducción a la Parte II. Significativamente, la razón se rebaja aquí al papel puramente instrumental de encontrar dónde reside el verdadero interés del Estado.

de varios ejemplos de príncipes que han sufrido por seguir sus pasiones en lugar de su interés.

Resulta muy irónico que la nueva doctrina del interés del príncipe llegue a prevenir y a despotricar contra la rendición ante las pasiones tan poco tiempo después de que los preceptos moralizantes y religiosos de los antiguos habían sido ridiculizados como poco realistas e inútiles. Esta ironía no estaba ausente en los proveedores de estos preceptos, y algunos de ellos aprovecharon encantados su aliado nuevo, algo inesperado. Podemos citar por ejemplo al Obispo Butler, quien demuestra cómo "el razonable amor de sí mismo" —es decir, el interés— se alía a la moral *contra* las pasiones:

... las pasiones particulares no coinciden con la prudencia, ni con ese razonable amor de sí mismo, cuyo fin es nuestro interés mundano, como no lo hacen con el principio de la virtud y la religión; ... tales pasiones particulares nos tientan a actuar imprudentemente en lo tocante a nuestro interés mundano, y también nos tientan a actuar en forma viciosa.⁵²

Así pues, para el príncipe la doctrina nueva era casi tan restrictiva como la antigua. Además, pronto se reveló como poco útil: mientras que las normas tradicionales del comportamiento virtuoso resultaban difíciles de *alcanzar*, el interés resultó igualmente difícil de *definir*. Podía afirmarse con facilidad, en general, que el interés de un rey consiste en mantener e incrementar el poder y la riqueza de su reino, pero este principio no proveía "reglas de decisión" precisas en situaciones concretas.

La historia de los intentos de creación de tales reglas es torzosa y frustrante, como ha demostrado magistralmente Meinecke. Pero si bien es cierto que el concepto del interés se volvió confuso en su dominio original (el príncipe o Estado), prosperó notablemente cuando se aplicó a grupos o indivi-

⁵² *Analogy of Religion*, en *Works* (Oxford: Clarendon Press, 1896), Vol. I, pp. 97-98.

duos dentro del Estado. Aquí la mezcla de interés propio y racionalidad que se había desarrollado como la quintaesencia de la conducta interesada en las discusiones relativas al arte de gobernar resultó una categoría particularmente útil y esperanzadora.

La transición del *interés* del gobernante a los *intereses* de diversos grupos de los gobernados siguió caminos diferentes en Inglaterra y Francia. En Inglaterra, el concepto del interés en singular que habría de guiar a príncipes y estadistas y más tarde se convirtió en el "interés nacional" se importó aparentemente a principios del siglo XVII, de Francia e Italia.⁵³ El libro de Rohan *Sobre el interés de príncipes y estados de la cristiandad* tuvo una influencia particular. Pronto se tradujo al inglés y provocó muchos comentarios. Una de las frases cargadas de implicaciones de su párrafo inicial —*l'intérêt seul ne peut jamais manquer* (que aparece después de *Le prince peut se tromper, son Conseil peut être corrompu mais ...*)— se encuentra en el origen de la máxima "El interés no mentirá", que alcanzó considerable popularidad en la Inglaterra del siglo XVII.⁵⁴

En su ensayo, Rohan había definido el interés en términos de la política dinástica o exterior. Era la revolución y la guerra civil en la Inglaterra de mediados del siglo XVII la que impartía una orientación más doméstica y de grupo al concepto. El "interés de Inglaterra" ya no se discutía en relación con España o Francia, sino en relación con los protagonistas

⁵³ J. A. W. Gunn, *Politics and the Public Interest in the Seventeenth Century* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1969). p. 36 y *passim*. Me he beneficiado mucho con la riqueza de información contenida en este volumen sobre el concepto del "interés" y los "intereses" en la Inglaterra del siglo diecisiete. Véase el artículo de Gunn "Interest Will Not Lie: A Seventeenth-Century Political Maxim", en *Journal of the History of Ideas* 29 (octubre-diciembre de 1968), pp. 551-564. Un análisis excelente de tópicos relacionados se encuentra en Felix Raab, *The English Face of Machiavelli: A Changing Interpretation, 1500-1700* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1964), pp. 157-158.

⁵⁴ La máxima se utilizó como título de un folleto importante de Marchamont Nedham, un político vicario y expertamente flexible a la vez que un gran admirador y frecuente imitador de Maquiavelo y Rohan. Véanse las obras antes citadas de Gunn y Raab.

principales de estas luchas intestinas. De igual modo, después de la Restauración, las discusiones acerca de la tolerancia religiosa se referían al interés de Inglaterra en relación con los intereses de presbiterianos, católicos, cuáqueros y otros. Fue más tarde, hacia fines del siglo, una vez restablecida la estabilidad política y asegurada cierta medida de tolerancia religiosa, cuando los intereses de grupos e individuos se discutieron cada vez más en términos de las aspiraciones económicas.⁵⁵ Para principios del siglo XVIII encontramos a Shaftesbury definiendo el interés como "el deseo de los bienes que nos abastecen y sostienen", y hablando de la "posesión de riqueza" como "esa pasión que se estima peculiarmente *interesante*".⁵⁶ Hume utiliza también los términos "pasión del interés", o "afección interesada" como sinónimos de "la avidez de adquirir bienes y posesiones" o "el amor a la ganancia".⁵⁷ Es posible que esta evolución del término haya sido estimulada por un cambio convergente del significado del "interés público"; "abundancia" se convirtió en un ingrediente importante de tal expresión.⁵⁸

En Francia, las condiciones políticas de *le grand siècle* no eran propicias para una consideración sistemática de los intereses privados o de grupo en su relación con el interés público. Sin embargo, la carrera del término *intérêt* se asemejó a la de su primo inglés. La idea del interés tal como había sido

⁵⁵ Raab escribe al final de una larga nota bibliográfica sobre el "Interés": "Fue al final de este periodo [es decir, en el último decenio del siglo XVII] que 'interés' adquirió un significado... específicamente económico." *The English Face of Machiavelli*, p. 237. Gunn afirma en términos más generales: "El interés viajó con gran rapidez de las cámaras del consejo al mercado." *Politics*, p. 42.

⁵⁶ *Characteristics of Men, Manners, Opinions, Times*, reproducción de la edición de 1711 (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1964), pp. 332 y 336 (subrayado en el texto).

⁵⁷ *Treatise*, Libro III, Parte II, Sección II.

⁵⁸ Gunn, *Politics*, Capítulo 5 y p. 265. Esto no es incompatible con la conocida demostración de Viner de que el poder y la abundancia eran objetivos simultáneos de la política exterior, igualmente importantes durante toda la época mercantilista. Véase a Jacob Viner, "Power versus Plenty as Objectives of Foreign Policy in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en *World Politics*, Vol. 1 (1948), reproducido en D. C. Coleman, comp., *Revisions in Mercantilism*. (Londres: Methuen, 1969), pp. 61-91.

desarrollada en los escritos políticos a partir de Maquiavelo —es decir, la idea de un entendimiento disciplinado de lo que se requiere para incrementar nuestro poder, influencia y riqueza— se volvió de uso común a principios del siglo XVII y pronto la utilizaron los grandes moralistas y otros pensadores del periodo en su disección meticulosa de la naturaleza humana individual. Dado que el escenario de que se ocupaban estos autores era típicamente la corte de Luis XIV, los actores se "interesaban" en categorías muy semejantes a las del soberano mismo: no sólo en la riqueza, sino también y quizá sobre todo en el poder y la influencia. En consecuencia, el interés se empleó a menudo con un significado muy amplio. Pero ya entonces —y éste es el punto de convergencia de la historia inglesa y la francesa— se estaba estrechando ese significado, por algún proceso, para aplicarse sólo a la búsqueda de la ventaja material, económica. Esto puede inferirse del "Consejo al Lector" que utilizó La Rochefoucauld como prefacio a la segunda edición (1666) de sus *Maximes*:

Por interés no entiendo siempre un interés relacionado con la riqueza (*un intérêt du bien*), sino más frecuentemente uno relacionado con el honor o la gloria.⁵⁹

Esta prevención contra malos entendidos era el único punto realmente importante en un prefacio muy breve; es claro que para el lector común de las *Maximes* el término "interés" había empezado a asumir el sentido más restringido de la ventaja económica.

Por la misma época, Jean de Silhon, secretario y apolo-gista de Richelieu, también advertía y deploraba esta evolución del significado en un tratado donde hace hincapié en el papel positivo desempeñado por el interés en el mantenimiento de la vida y la sociedad. Enumera diversos intereses —"Interés de conciencia, Interés del honor, Interés de la sa-

⁵⁹ La Rochefoucauld, *Oeuvres* (París: Hachette, 1923), Vol. I, p. 30.

lud, Interés de la riqueza, y varios otros Intereses"— y luego atribuye la connotación desafortunada asignada a tales expresiones como *un homme intéressé* al hecho de que "el nombre de Interés se ha asignado exclusivamente, ignoro cómo (*je ne sais comment*), al Interés por la riqueza (*Intérêt du bien ou des richesses*)".⁶⁰

En efecto, ¿cómo puede explicarse esta derivación? Quizá se haya debido a la antigua asociación del interés y el préstamo de dinero; este significado del interés es anterior al aquí examinado por varios siglos. Es posible también que la afinidad especial del cálculo racional, implícito en el concepto del interés, con la naturaleza de las actividades económicas, explique el hecho de que estas actividades hayan monopolizado finalmente los contenidos del concepto. Volviendo a la Francia del siglo XVII, podemos conjeturar también que, con el poder tan concentrado y aparentemente tan estable en ese tiempo, los intereses económicos constituían la única porción de las aspiraciones totales de una persona ordinaria donde podrían contemplarse ascensos y descensos importantes.

En realidad, Adam Smith así lo afirmó como una proposición general cuando analiza lo que considera la motivación dominante del hombre, o sea "el deseo de mejorar nuestra condición":

El aumento de fortuna es el medio por el cual la mayor parte de los seres humanos aspiran a mejorar de condición. Es el medio más común y más obvio...⁶¹

Es posible que no se requiera ninguna otra explicación del estrechamiento del significado del término "intereses" una vez que el inicio del crecimiento económico convirtió "el aumento

⁶⁰ Jean de Silhon, *De la certitude des connaissances humaines* (París, 1661), pp. 104-105.

⁶¹ *La riqueza de las naciones*, F.C.E., México, 1958, p. 309.

de la fortuna" en una posibilidad real para un número creciente de personas.⁶²

Esto está claro ahora: cuando los intereses de los hombres se contrastaron con sus pasiones, esta oposición pudo tener significados muy distintos según que los intereses se entendieran en sentido amplio o estrecho. Una máxima tal como la de "El interés no mentirá" fue originalmente una exhortación a perseguir *todas* nuestras aspiraciones de una manera ordenada y razonable; aconsejaba la introducción de un elemento de eficiencia calculadora, así como de prudencia, en el comportamiento humano, cualquiera que fuese la pasión que lo motive básicamente. Pero debido a la desviación semántica antes mencionada del término "intereses", la oposición entre intereses y pasiones pudo significar o transmitir también una idea diferente, mucho más notable en vista de los valores tradicionales, a saber: que *un conjunto de pasiones, conocidas hasta ahora como codicia, avaricia, o amor por el lucro, podía utilizarse convenientemente para enfrentar y frenar a otras pasiones tales como la ambición, el ansia de poder, o el deseo sexual.*

Así pues, en este punto se efectúa una conjunción entre la línea de pensamiento antes desarrollada sobre las pasiones compensadoras y la doctrina del interés. Ambas doctrinas se originaron en Maquiavelo; pero el resultado final —la elevación de la avaricia a la posición de la pasión privilegiada a la que se le asignaba la tarea de domar las pasiones salvajes y de hacer en esta forma una aportación fundamental al arte de go-

⁶² La palabra "corrupción" ha tenido una trayectoria semántica semejante. En los escritos de Machiavelo, quien tomó el término de Polibio, *corruzione* denotaba el deterioro de la calidad del gobierno, cualquiera que fuese su causa. El término se empleaba todavía con este significado amplio en la Inglaterra del siglo XVIII, aunque en esa época también se identificó con el soborno. Finalmente el significado monetario eliminó casi por completo el no monetario. Esto ocurrió también con el término "fortuna", que Adam Smith utiliza, en el pasaje antes citado, en el sentido estrictamente monetario, en contraste con el significado mucho más amplio de *fortuna* empleado por Maquiavelo. Véase J. G. A. Pocock, "Machiavelli, Harrington, and English Political Ideologies in the Eighteenth Century", en *William and Mary Quarterly* 22 (octubre de 1965), pp. 568-571, y *The Machiavellian Moment* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1975), p. 405.

bernar— lo habría sorprendido y enojado en gran medida. En una carta bien conocida, dirigida a su amigo Francesco Vettori, Maquiavelo no deja duda acerca de su creencia de que la economía y la política se desenvuelven en esferas separadas:

La fortuna ha decretado que, en virtud de que ignoro cómo razonar acerca del arte de la seda, o acerca del arte de la lana, acerca de los beneficios o las pérdidas, me corresponde razonar acerca del Estado.⁶³

Lo que decimos de Maquiavelo se aplica también a muchos otros que han forjado eslabones importantes de la cadena de razonamientos aquí descrita. En general, la historia narrada hasta aquí ilustra cómo fluyen del pensamiento humano (y de la forma que se le da a través del lenguaje) consecuencias no buscadas, al igual que de las acciones humanas. En los numerosos tratados sobre las pasiones que aparecieron en el siglo XVII no puede encontrarse cambio alguno en la evaluación de la avaricia como la “más infame de todas ellas” ni del lugar que ocupa, en la Baja Edad Media, como el más mortal de los pecados capitales.⁶⁴ Pero una vez que el hacer dinero lució la etiqueta de “intereses” y se reincorporó bajo este disfraz a la competencia con las demás pasiones fue súbitamente aclamada e incluso se le asignó el papel de refrenar a aquellas otras pasiones que durante tanto tiempo se pensó eran mucho menos reprobables. No parece suficiente para explicar este cambio señalar que un nuevo término, comparativamente neutro y débil, permitió hacer desaparecer o atenuar el estigma de la vieja etiqueta. Nuestra demostración de que el término “interés” de hecho encierra —y por lo tanto confirió a hacer dinero— una connotación *positiva* y *curativa*, de-

⁶³ Carta de 9 de abril de 1513, en *Opere* (Milán: Ricciardi, 1963), p. 1100.

⁶⁴ Se encuentra una reseña de la literatura francesa del siglo XVII en F. E. Sutcliffe, *Guez de Balzac et son temps: littérature et politique* (París: Nizet, 1959), pp. 120-131. Acerca del cambio de rango de la avaricia entre los pecados mortales en la Edad Media, véase a Morton Bloomfield, *The Seven Deadly Sins* (East Lansing, Mich.: Michigan State College Press, 1954), p. 95.

rivada de su reciente asociación estrecha con la idea de conducir los asuntos humanos, privados y públicos, de una manera más lúcida, constituye una explicación más consistente.

LOS INTERESES COMO NUEVO PARADIGMA

LA IDEA de que existe una oposición entre intereses y pasiones apareció por primera vez, que yo sepa, en la célebre obra de Rohan, la que se ocupa por entero de los estadistas y de los soberanos. En las décadas que siguieron esta dicotomía fue discutida por numerosos autores ingleses y franceses, quienes la aplicaron a la conducta humana en general.

El debate fue un fenómeno conocido en la historia intelectual: una vez aparecida la idea del interés, se volvió una verdadera moda al igual que un paradigma (a la Kuhn), y la mayor parte de la acción humana se explicó de pronto por el interés propio, a veces hasta el punto de la perogrullada. La Rochefoucauld disolvió las pasiones y casi todas las virtudes en el interés propio, y Hobbes realizó en Inglaterra una empresa de reducción similar. De acuerdo con estos sucesos, la máxima original “El interés no mentirá”, dotada del sentido normativo de que debía calcularse con cuidado el interés y luego preferirse frente a otros cursos de acción concebibles, inspirados por motivaciones diferentes, se convirtió hacia fines del siglo en el proverbio positivo de “El interés gobierna al mundo”.⁶⁵ La preferencia por el interés como una clave para el entendimiento de la acción humana pasó al siglo XVIII cuando Helvecio, a pesar de su exaltación de las pasiones, proclamó:

Así como el mundo físico está gobernado por las leyes del mo-

⁶⁵ Gunn, “Interest”, p. 559, nota 37.

vimiento, el universo moral está gobernado por las leyes del interés.⁶⁶

Como ocurre con frecuencia con los conceptos que de pronto se arrojan al centro del escenario —clase, élite, desarrollo económico, para citar algunos ejemplos más recientes—, el interés pareció una noción tan evidente que nadie se molestaba en definirlo con precisión. Nadie explicaba tampoco el lugar que ocupaba en relación con las dos categorías que habían dominado el análisis de la motivación humana desde Platón, a saber: las pasiones por una parte y la razón por la otra. Pero es precisamente en el marco de esta dicotomía tradicional que puede entenderse el surgimiento de una tercera categoría a fines del siglo XVI y principios del XVII. Una vez considerada destructiva la pasión e ineficaz la razón, la concepción de que la acción humana podría describirse completamente por su atribución a la una o la otra significaba una perspectiva muy sombría para la humanidad. En consecuencia, la introducción del interés entre las dos categorías tradicionales de la motivación humana llevaba un mensaje de esperanza. En efecto, se veía al interés participando de la mejor naturaleza de cada una de aquellas categorías, como la pasión del amor a sí mismo elevada y contenida por la razón, y como la razón dotada de dirección y fuerza por esa pasión. La forma híbrida de la acción humana resultante se consideraba libre de la naturaleza destructiva de la pasión y de la ineficacia de la razón. ¡No es extraño que la doctrina del interés haya sido recibida en su tiempo como un verdadero mensaje de salvación! En la sección siguiente examinaremos en detalle las razones específicas de su considerable atractivo.⁶⁷

Por supuesto, no todos estaban convencidos de que se hubiesen resuelto todos los problemas. En primer lugar, hubo quienes se resistieron a las tentaciones de la nueva doctrina y

⁶⁶ *De l'esprit*, p. 53.

⁶⁷ Por lo tanto, Louis Hartz asume una posición antihistórica cuando habla

la rechazaron de plano. Como admirador ardiente de San Agustín, Bossuet veía poca diferencia entre la pasión y el interés. Para él, "tanto el interés como la pasión corrompen al hombre", y previene contra las tentaciones de la corte real que es "el imperio de los intereses" y "el teatro de las pasiones".⁶⁸

Pero una postura tan negativa era la excepción. En general, los críticos de la nueva doctrina sólo dudaban de que el interés, en el sentido de un "amor a sí mismo" razonable, deliberado, pudiese igualarse a las pasiones. Tal fue la concepción de Spinoza:

Todos los hombres buscan sin duda su propia ventaja, pero raras veces lo hacen de acuerdo con los dictados de la razón sensata; en la mayoría de los casos el apetito es su única guía, y en sus deseos y juicios sobre lo benéfico se ven arrastrados por sus pasiones, que no toman en cuenta el futuro ni ninguna otra cosa.⁶⁹

En otros autores encontramos refutada la preeminencia del interés, no tanto por la interferencia aplastante de las pasiones como simplemente por la incapacidad de los hombres para percibir sus intereses. Pero la inferencia era otra vez que un Estado donde los intereses se percibieran con claridad y se siguieran sería muy deseable, como se advierte en esta observación irónica del Marqués de Halifax:

Si hemos de suponer que los hombres siguen siempre su verdadero interés, ello debe significar una nueva creación de la huma-

de "el pesimismo liberal acerca del hombre, que lo contempla trabajando en forma autónoma de acuerdo con su interés propio" y contrasta esta visión pesimista de la naturaleza humana con "el pesimismo feudal acerca del hombre, que lo contempla sólo adecuado para el dominio externo". *The Liberal Tradition in America* (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1955), p. 80. Originalmente, la idea de que el hombre está gobernado por el interés no se consideraba pesimista en absoluto.

⁶⁸ *Politique tiré des propres paroles de l'Écriture Sainte*, ed. J. LeBrun (Ginebra: Droz, 1962), p. 24, y A. J. Krailsheimer, *Studies in Self-Interest from Descartes to La Bruyère* (Oxford: Clarendon Press, 1962), p. 184.

⁶⁹ *Tractatus theologico-politicus*, Capítulo V, en Spinoza, *The Political Works*, ed. A. G. Wernham (Oxford: Clarendon Press, 1958), p. 93.

nidad por Dios Todopoderoso; debe haber alguna arcilla nueva: el material antiguo nunca forjó una criatura tan infalible.⁷⁰

En Francia, el Cardenal de Retz rindió tributo a la nueva doctrina, pero previno con excelente visión psicológica contra la eliminación de las pasiones:

La máxima más correcta para la evaluación adecuada de las intenciones de los hombres consiste en examinar sus intereses, que constituyen la motivación más común de sus acciones. Pero un político verdaderamente perspicaz no rechaza por completo las conjeturas que podemos derivar de las pasiones del hombre, porque las pasiones intervienen abiertamente en las motivaciones que impulsan los asuntos más importantes del Estado, y casi siempre pueden afectarlas de modo inconsciente.⁷¹

Como Spinoza y Halifax, Retz parece sentir todavía aquí que la intrusión de las pasiones convierte al mundo en un lugar menos ordenado de lo que sería si sólo fuese regido por el interés. Pocos decenios después, La Bruyère conviene en general con Retz acerca del peso que debe asignarse a los intereses y las pasiones como determinantes del comportamiento humano, y al mismo tiempo reconoce en forma explícita la existencia del nuevo *ménage à trois*:

Nada es más fácil para la pasión que la derrota de la razón: su gran triunfo consiste en ganarle la partida al interés.⁷²

⁷⁰ Marqués de Halifax, citado por Raab en *The English Face of Machiavelli*, p. 247.

⁷¹ Cardenal de Retz, *Mémoires* (París: Pléiade, NRF, 1956), pp. 1008-1009. En otra parte, Retz escribe también: "En la época... en que vivimos debemos reunir las inclinaciones de los hombres con sus intereses para juzgar sobre su comportamiento probable". *Ibid.*, p. 984. Alexander Hamilton, otro político práctico (y reflexivo), expresa una opinión sorprendentemente similar más de un siglo después: "En lo principal, las naciones se gobiernan por lo que suponen es su interés, pero no estará muy versado en la naturaleza humana quien... no sepa que las disposiciones [generosas o egoístas] pueden moldear o sesgar insensiblemente las concepciones del interés propio". Citado en Gerald Stourzh, *Alexander Hamilton and the Idea of Republican Government* (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1970), p. 92.

⁷² *Les caractères* (París: Garnier, 1932), p. 133.

Es quizá significativo el hecho de que La Bruyère adopte aquí una postura fríamente clínica; en contraste a las opiniones antes citadas, no expresa ningún desaliento por la ocasional victoria de las pasiones sobre los intereses.

En el siglo XVIII se sometió a una crítica mucho más vigorosa la concepción de que el interés es predominante. Veamos dos presentaciones típicas, la primera de Shaftesbury y la segunda del Obispo Butler:

Hemos escurados... como un proverbio común, que el *interés gobierna el mundo*. Me parece, sin embargo, que quien examine más de cerca la cuestión encontrará que *la pasión, el humor, el capricho, el celo, la facción*, y miles de otros resortes contrarios al *interés propio*, desempeñan un papel importante en los movimientos de esta máquina.⁷³

Cotidianamente vemos superado [el razonable amor a sí mismo], no sólo por las pasiones más prominentes, sino también por la curiosidad, la vergüenza, el amor por la imitación, por cualquier cosa, aun la indolencia; sobre todo si el interés, el interés temporal que constituye el fin del amor a sí mismo, se encuentra distante. Mucho se equivocan los hombres libertinos cuando afirman que se gobiernan totalmente por el interés y el amor a sí mismos.⁷⁴

El nuevo hincapié de estos pasajes debe interpretarse a la luz de un cambio importante ocurrido en la actitud hacia las pasiones al pasar del siglo XVII al XVIII. Al principio se consideraban las pasiones totalmente viciosas y destructivas, como se observa en la frase siguiente de un catecismo francés: "El Reino de Francia no es una tiranía donde la conducta del Soberano esté guiada sólo por su pasión."⁷⁵ Pero gradualmente,

⁷³ Shaftesbury, *Characteristics*, p. 76, citado en Jacob Viner, *The Role of Providence in the Social Order* (Filadelfia: Sociedad Filosófica Norteamericana, 1972), p. 70.

⁷⁴ *Analogy*, p. 121, nota.

⁷⁵ Citado de un catecismo de 1649 en R. Koebner, "Despot and Despotism: Vicissitudes of a Political Term", en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 14 (1951), p. 70.

hacia fines del siglo XVII y con mayor plenitud en el curso del siglo XVIII, las pasiones fueron rehabilitadas como la esencia de la vida y como una fuerza potencialmente creadora. En el periodo anterior, cuando la proposición de que la conducta del hombre se forja totalmente por sus intereses fue criticada al señalar que todavía debía tomarse en cuenta la pasión, la crítica suponía que el mundo era un lugar *peor* que lo implicado por esa proposición. Pero con la rehabilitación de las pasiones en el siglo XVIII, la misma crítica podía significar ahora que un mundo donde las pasiones son activas y prevalecen en ocasiones es un lugar *mejor* que aquel donde sólo el interés dicte las acciones. La yuxtaposición hecha por Shaftesbury y Butler, de la pasión con emociones tan inocuas y aun útiles como el humor y la curiosidad, sugiere esta interpretación. La nueva interpretación se finca en el rechazo, dado por la Ilustración, de la concepción trágica y pesimista del hombre y la sociedad tan característica del siglo XVII. La nueva concepción, según la cual las pasiones *mejoran* un mundo gobernado sólo por el interés, aparece totalmente articulada en Hume:

... las razones de Estado, las únicas que supuestamente influyen sobre los consejos de los monarcas, no son siempre las motivaciones predominantes; ... las posiciones más moderadas de la gratitud, el honor, la amistad, la generosidad, pueden contrarrestar con frecuencia estas consideraciones egoístas, entre los príncipes tanto como entre los hombres comunes.⁷⁶

Naturalmente, una vez limitado el significado de los intereses a la ventaja material, la idea de que "el interés gobierna al mundo" debía perder inevitablemente mucho de su atractivo anterior. En realidad, la frase se convierte en un lamento, o en una denuncia del cinismo, cuando un personaje del drama

⁷⁶ *History of England* (Londres, 1782), VI, p. 127; citado en Giuseppe Giarrizzo, *David Hume politico e storico* (Turín: Einaudi, 1962), p. 209.

de Schiller *Wallenstein's Tod* exclama: "Denn nur vom Nutzen wird die Welt regiert."⁷⁷

Ésta es claramente una traducción del proverbio del siglo XVII, que probablemente le interesaba a Schiller introducir en un drama relativo a los acontecimientos de ese periodo. ¡El único problema era que el significado despectivo otorgado por Schiller al proverbio —de acuerdo con las corrientes ideológicas del siglo XVIII— era totalmente diferente del que tenía en la época de Wallenstein!

VENTAJAS DE UN MUNDO GOBERNADO POR EL INTERÉS: CONSTANCIA Y POSIBILIDAD DE PREVISIÓN

LA CREENCIA en que el interés podría considerarse una motivación dominante en el comportamiento humano provocó gran excitación intelectual: por fin se había descubierto una base realista para un orden social viable. Pero un mundo gobernado por el interés no ofrecía sólo un escape de los modelos excesivamente exigentes de estados "que nunca han existido ni existirán"; se percibió que esta concepción tenía varias ventajas específicas.

La ventaja más general era la *posibilidad de previsión*. Maquiavelo había demostrado que podían derivarse algunas proposiciones vigorosas acerca de la política del supuesto de una naturaleza humana uniforme.⁷⁸ Pero su diagnóstico era tan pesimista que no podía ser adoptado generalmente, como se observa en la formulación, sin duda extrema, que aparece en el Capítulo 17 de *El Príncipe*, según la cual los hombres

⁷⁷ Acto I, Escena 6, Línea 37. "Porque el mundo está gobernado sólo por el interés". El cambio del significado en relación con el proverbio aparece aquí fuertemente auxiliado por la inserción de la palabra "nur": "sólo" o "nada más".

⁷⁸ Felix Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965), p. 157.

son "ingratos, volubles, falsos, hipócritas, cobardes, codiciosos". La idea de que los hombres se guían invariablemente por sus intereses podría lograr una aceptación mucho más amplia, y cualquier disgusto ligero que la idea dejara tras sí quedaba luego eliminado por el pensamiento confortante de que el mundo podría volverse así un lugar más previsible. En el folleto "Interest Will Not Lie" se hace hincapié sobre este punto:

Si podemos entender dónde reside el interés de un hombre en cualquier contienda particular, sabremos con seguridad, si el hombre es prudente, dónde colocarlo, es decir, cómo juzgar sus designios.⁷⁹

En los escritos posteriores a la Restauración que defienden la tolerancia religiosa pueden encontrarse ideas semejantes. Un tratado dice:

...suponer que las multitudes actúan en contra de sus intereses es eliminar toda la seguridad de los asuntos humanos.⁸⁰

Más tarde, Sir James Steuart habría de emplear el mismo razonamiento para sostener que el comportamiento individual gobernado por el interés propio es preferible no sólo frente al gobierno de las pasiones, sino aun al comportamiento virtuoso y, en particular, a la preocupación por el interés público entre los "gobernados":

Si todos los días ocurriesen milagros, las leyes de la naturaleza ya no serían leyes; y si todos actuaran en aras del interés público y se olvidaran de sí mismos, el estadista se encontraría desconcertado...

Si un pueblo se volviera totalmente desinteresado, no habría posibilidad de gobernarlo. Cada uno podría considerar el interés de

⁷⁹ Gunn, "Interest", p. 557.

⁸⁰ Gunn, *Politics*, p. 160.

su país desde un ángulo diferente, y muchos podrían contribuir a su ruina, tratando de promover sus ventajas.⁸¹

Por otra parte, si un hombre persigue su interés le irá bien, ya que, por definición "el interés no le mentirá ni lo engañará".⁸² Tal era el verdadero significado del proverbio. Además, otros se benefician cuando perseguimos nuestro interés, porque nuestro curso de acción se vuelve así transparente y previsible, casi tanto como si fuésemos una persona totalmente virtuosa. En esta forma surgía la posibilidad de una ganancia mutua del funcionamiento esperado del interés *en la política*, mucho antes de que se convirtiera en cuestión de doctrina en la ciencia económica.

Por supuesto, esta noción afrontaba varias dificultades graves. Por una parte, ya se formulaba en ese tiempo la objeción moderna de que la incapacidad de predicción es un poder. Samuel Butler se adhería en general a la doctrina del interés, pero sostenía que las personas tontas e ineptas en el gobierno

tienen una ventaja sobre los más sabios, que no es de escasa importancia, porque ningún hombre puede conjeturar, ni imaginar por adelantado, el camino que probablemente seguirán en cualquier asunto que se presente, mientras que no es difícil prever, por sus intereses, lo que hombres más sabios tenderán a hacer llevados por la razón.⁸³

Una objeción más grave a la posibilidad del surgimiento de una ganancia mutua de una situación donde todas las partes persigan firmemente sus intereses derivaba del hecho de que en la política internacional los intereses de las partes principales son con frecuencia exactamente opuestos entre sí. Por

⁸¹ *Inquiry into the Principles of Political Oeconomy* (1767), ed. A. S. Skinner (Chicago: University of Chicago Press, 1966), Vol. I, pp. 143-144.

⁸² Charles Herle, *Wisdomes Tripos...* (Londres, 1655), citado en Gunn, "Interest", p. 557.

⁸³ *Characters and Passages from Notebooks*, ed. A. R. Waller (Cambridge: University Press, 1908), p. 394; véase también a Gunn, "Interest", pp. 558-559.

ejemplo, para el caso de Francia y España se demostraba hasta la saciedad en el ensayo de Rohan que los intereses de una potencia son el reverso exacto de los intereses de su rival principal. Pero aun en estas circunstancias, se pensaba que algo ganaban ambas partes adhiriéndose a ciertas reglas del juego y eliminando el comportamiento "apasionado", como quedaba implícito en la búsqueda racional del interés.

La probabilidad de una ganancia para todos aumentaba un poco cuando la doctrina se aplicó a la política interna. Como el término "interés" mismo, la noción de un *equilibrio* de intereses se transfirió en Inglaterra de su contexto original, relacionado con el arte de gobernar —donde originó el concepto de un "equilibrio del poder"—, a la escena nacional llena de conflictos. Después de la Restauración y durante el debate sobre la tolerancia religiosa, se discutió ampliamente acerca de las ventajas que podría obtener el interés público con la presencia de diversos intereses y de cierta tensión entre ellos.⁸⁴

✓ Pero los beneficios obtenibles de la posibilidad de previsión de la conducta humana basada en el interés resultaban mucho mayores cuando el concepto se empleaba en conexión con las actividades económicas de los individuos. Aunque sólo fuese por el gran número de actores, la oposición de intereses involucrada en el comercio no podía ser de ningún modo tan total, conspicua o amenazadora, como en el caso de dos estados vecinos o de unos cuantos grupos políticos o confesionales rivales dentro de los estados. Así pues, el subproducto de los individuos que actuaban en forma previsible de acuerdo con sus intereses económicos no era un *equilibrio* inestable, sino una *red* vigorosa de relaciones interdependientes. En consecuencia, se esperaba que la expansión del comercio interno creara comunidades más cohesivas, mientras que el comercio exterior ayudaría a evitar las guerras entre ellas.

Aquí podemos insertar una breve observación sobre la his-

⁸⁴ Gunn, *Politics*, Cap. IV.

toriografía de las doctrinas económicas. Las obras relativas a la doctrina mercantilista han acreditado la idea de que el pensamiento económico anterior a Hume y Adam Smith consideraba el comercio como estrictamente un juego de suma cero, cuya ganancia era recibida por el país que tuviese un exceso de exportaciones sobre sus importaciones, mientras que el país colocado en la posición contraria sufría una pérdida equivalente. Pero quienquiera que examine todo el conjunto de consideraciones sobre el comercio interno y externo expresadas en los escritos de los siglos XVII y XVIII, no sólo la discusión relativa a la balanza comercial, concluirá que se esperaban generalmente efectos benéficos *para todos* a resultas de la expansión del comercio. Muchos de estos efectos eran políticos, sociales, y aun morales, antes que puramente económicos, y en las secciones siguientes de este ensayo examinaremos varios de ellos.

En su forma más elemental, la posibilidad de previsión es constancia, y esta cualidad era quizá la más importante de las razones para aceptar con beneplácito un mundo gobernado por el interés. A menudo se había subrayado el carácter errático y fluctuante del comportamiento apasionado, y este carácter se consideraba uno de sus rasgos más objetables y peligrosos. Las pasiones eran "diversas" (Hobbes), caprichosas, fácilmente agotables y de pronto renovadas otra vez. Según Spinoza:

Los hombres pueden diferir en naturaleza en cuanto están dominados por afectos que son pasiones; y, en tanto, también un solo y mismo hombre es voluble e inconstante.⁸⁵

La *inconstancia* pasó en realidad a primer plano como una dificultad fundamental para la creación de un orden social viable una vez que el pesimismo extremo de Maquiavelo y Hobbes acerca de la naturaleza humana (y acerca del "Estado

⁸⁵ *Ética*, Cuarta Parte, Proposición XXXIII.

de naturaleza" resultante) cedió el lugar a concepciones más moderadas en la segunda mitad del siglo XVII. Una de las doctrinas del contrato social importante en el siglo XVII, la de Pufendorf, todavía hacía alguna referencia, a la manera de Hobbes, al "deseo y la ambición insaciables" del hombre, pero basaba la necesidad de un pacto sobre todo en la inconstancia e inconfiabilidad del hombre, en el hecho de que "la relación típica entre un hombre y otro era la de 'un amigo inconstante'." ⁸⁶

Esta doctrina fue aceptada en esencia por Locke, quien había reconocido explícitamente la influencia de Pufendorf sobre su pensamiento político. ⁸⁷ Locke construyó un Estado de naturaleza que es, si no "idílico" como han pretendido algunos críticos, por lo menos notablemente no primitivo, lleno como está con la propiedad privada, la herencia, el comercio, y aun el dinero. Pero precisamente debido a este carácter extrañamente "avanzado" del Estado de naturaleza de Locke, hay necesidad de asegurarlo firmemente mediante un compacto que garantice la permanencia de sus realizaciones. El compacto de Locke trata de eliminar las "inconveniencias a que [los hombres] se exponen [en el Estado de naturaleza] por el ejercicio irregular e incierto del Poder que tiene todo Hombre de castigar la transgresión de otros. . . ." ⁸⁸ En otra parte afirma Locke que la "Libertad de los Hombres bajo el Gobierno" significa "no estar sujetos a la Voluntad Arbitraria inconstante, incierta, desconocida, de otro hombre". ⁸⁹ Así pues, la incertidumbre en general y la inconstancia del hombre en particular se convierten en el archienemigo que debe ser exorcisado. Aunque Locke no apela al interés para controlar la inconstancia, existe claramente una afinidad entre la Mancomunidad que está tra-

⁸⁶ Véase a Leonard Krieger, *The Politics of Discretion: Pufendorf and the Acceptance of Natural Law* (Chicago: Chicago University Press, 1965), p. 119.

⁸⁷ Peter Laslett, "Introduction", en John Locke, *Two Treatises of Government*, ed. Laslett (Cambridge: University Press, 2ª ed., 1967), p. 74.

⁸⁸ *Two Treatises*, II, par. 127.

⁸⁹ *Ibid.*, par. 22.

tando de construir y la imagen de un mundo gobernado por el interés. Porque en la búsqueda de sus intereses los hombres se suponen firmes, constantes y metódicos, por oposición al comportamiento de hombres que se ven castigados y cegados por sus pasiones.

Este aspecto de la cuestión nos ayuda también a entender la identificación final del interés en su amplio sentido original con una pasión particular, el amor al dinero. Porque las características de esta pasión, que la distinguen de otras, eran precisamente la constancia, la tenacidad, y la igualdad de un día al siguiente y de una persona a otra. En uno de sus ensayos, Hume habla de la avaricia —sin molestarse en disfrazarla de "interés"— como una "pasión obstinada"; ⁹⁰ en otro ensayo precisa:

La avaricia, o el deseo de ganancia, es una pasión universal que opera en todo tiempo, en todo lugar, y sobre todas las personas. ⁹¹

En el *Treatise*, Hume había contrastado específicamente el "amor por la ganancia", que describe como "perpetuo" y "universal", con otras pasiones —como la envidia y la venganza— que "sólo operan a intervalos y se dirigen contra personas particulares". ⁹² Samuel Johnson ofrece otra evaluación comparativa de la avaricia en *Raselas*, donde ese príncipe abisinio habla acerca de su cautiverio:

Mi condición ha perdido mucho de su terror desde que supe que

⁹⁰ *Essays*, Vol. I, p. 160.

⁹¹ *Essays Moral, Political, and Literary*, ed. T. H. Green y T. H. Grose (Londres: Longmans, 1898), Vol. I, p. 176. Compárese esto con la descripción del amor que hace Hume en otro ensayo: "El amor es una pasión inquieta e impaciente llena de capricho y variaciones: surge en un momento de un rasgo, de un aire, de nada, y de pronto se extingue en la misma forma" (p. 238).

⁹² *A Treatise of Human Nature*, Libro III, Parte II, Sección II. Esta evaluación comparativa se hace en el contexto de la explicación hecha por Hume de la existencia de la sociedad civil; y el vigor y la universalidad del deseo de la ganancia se presentan primero como una amenaza para la sociedad. Hume muestra luego cómo se evita esta amenaza "a la menor reflexión, pues es evidente que la pasión se satisface mucho mejor por su restricción..." *Vid. Supra*, p. 32.

los árabes invadieron el país sólo para obtener riquezas. La avaricia es un vicio uniforme y manejable; otras intemperancias intelectuales son diferentes en distintas constituciones mentales; lo que agrada al orgullo de uno ofenderá el orgullo de otro; para contentar al codicioso hay un procedimiento sencillo: darle dinero y nada negará.⁹³

También Montesquieu advierte la constancia y la persistencia notables de la pasión por la acumulación:

Un comercio lleva al otro: lo pequeño a lo mediano; lo mediano a lo grande; y la persona que estaba tan ansiosa por ganar un poco de dinero se coloca a sí misma en una situación donde no está menos ansiosa por ganar mucho.⁹⁴

Aquí parece maravillarse Montesquieu ante el hecho de que el dinero sea una excepción a lo que se conoce en la economía moderna como la ley de la utilidad marginal decreciente. Cerca de siglo y medio después, el sociólogo alemán Georg Simmel hizo algunas observaciones esclarecedoras sobre este mismo tema. Normalmente, dijo Simmel, la satisfacción del deseo humano significa una familiarización íntima con todas las facetas diversas del objeto o la experiencia deseados, y esta familiaridad es responsable de la conocida disonancia existente entre el deseo y la satisfacción, que muy frecuentemente asume la forma de la decepción; pero el deseo de una cantidad dada de dinero, una vez satisfecho, es peculiarmente inmune a esta decepción, *siempre que el dinero no se gaste en cosas, sino que su acumulación se convierta en un fin en sí mismo*; porque entonces, "como una cosa totalmente desprovista de cualidad [el dinero] no puede ocultar sorpresa ni desencanto como cualquiera otro objeto, por miserable que sea".⁹⁵ La explicación psicológica de Simmel podría haber satisfecho a Hume, Montesquieu y el doctor Johnson, a quienes evidentemente intrigaba la cons-

tancia del amor por el dinero, una cualidad tan peculiar en una pasión.

La *insaciabilidad* del *auri sacra fames* se había considerado a menudo el aspecto más peligroso y reprehensible de esta pasión. Por un viraje extraño, debido a la preocupación del pensamiento posterior a Hobbes por la inconstancia del hombre, esta misma insaciabilidad se convertía ahora en una virtud, porque implicaba constancia. Sin embargo, para que este cambio radical de la valuación resultara convincente, y para que lograra una suspensión temporal de patrones de pensamiento y juicio muy arraigados, era necesario dotar al "obsesivo" deseo de ganancia con una cualidad adicional: la inocuidad.

LA GANANCIA DE DINERO Y EL COMERCIO COMO INOCENTES Y "DOUX"

LA VISIÓN de la persistencia característica de la "afección interesada" (Hume) puede parecer alarmante al lector moderno, porque de inmediato pensará en la probabilidad de que un impulso tan poderosamente dotado barra con todo lo que se encuentra en su camino. Esta reacción encontró su articulación más vigorosa y famosa un siglo después, en el *Manifiesto Comunista*. En realidad, ya se habían escuchado algunas voces de alarma en la Inglaterra de principios del siglo XVIII, donde la crisis bancaria de 1710, el escándalo de los Mares del Sur en 1720, y la corrupción política generalizada de la época de Walpole, hicieron temer que el dinero estuviese minando el orden antiguo. Bolingbroke, el adversario *tory* de Walpole, lanzó algunos ataques a los corredores de bolsa y los poderosos *nouveaux riches* de su época, y aun llegó a denunciar en su periódico, *The Craftsman*, el papel que el dinero estaba ocupando como "un lazo más perdurable que el honor, la amistad,

⁹³ Capítulo 39.

⁹⁴ *Esprit des lois*, Vol. XX, p. 4.

⁹⁵ *Philosophie des Geldes* (Leipzig: Duncker and Humblot, 1900), p. 232.

la relación, la consanguinidad, o la unidad de los afectos".⁹⁶ Pero estos sentimientos habrían de asumir cierta importancia ideológica sólo bien entrada la segunda mitad del siglo entre los escritores escoceses, sobre todo Adam Ferguson, y en Francia con Mably y Morelly. Durante gran parte del siglo, tanto en Inglaterra como en Francia, la evaluación dominante del "amor por la ganancia" era positiva, aunque un poco desdeñosa, como se observa en el pasaje de *Rasselas* antes citado ("... los árabes invadieron el país sólo para obtener riquezas").

El doctor Johnson es responsable también de una observación relacionada, famosa y, en nuestro contexto, particularmente reveladora:

Hay pocas formas en que un hombre pueda ser empleado más inocentemente que en la ganancia de dinero.⁹⁷

Este epigrama sugiere otro sentido en el que el comportamiento motivado por el interés y la ganancia de dinero se consideraban superiores al comportamiento orientado por la pasión ordinaria. Las pasiones eran salvajes y peligrosas, mientras que la búsqueda de nuestros intereses materiales era inocente o, como se diría ahora, inocua. Éste es un componente poco conocido pero particularmente revelador del complejo de ideas que discutimos.

⁹⁶ Citado en Isaac Kramnick, *Bolingbroke and his Circle: The Politics of Nostalgia in the Age of Walpole* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1968), p. 73; véase el Capítulo III en general, donde se encuentra una presentación de Bolingbroke como un temprano político "populista". Es posible que Kramnick haya exagerado esta imagen: al final del Capítulo III debe recurrir a Hume para presentar la condenación más aguda de algunas de las innovaciones financieras del periodo. Véase una concepción diferente de la oposición de Bolingbroke en Quentin Skinner, "The Principles and Practice of Opposition: The Case of Bolingbroke versus Walpole", en Neil McKendrick, ed., *Historical Perspectives: Studies in English Thought and Society in Honour of J. H. Plumb* (Londres: Europa, 1974), pp. 93-218; y J. G. A. Pocock, "Machiavelli", pp. 577-578. Pocock sostiene que Bolingbroke estaba menos preocupado por el surgimiento del mercado que por el poder que podrían obtener la Corte y el Primer Ministro a resultas de los incrementados recursos financieros a su disposición.

⁹⁷ *Boswell's Life of Johnson* (Nueva York: Oxford University Press, 1933), Vol. I, p. 567. La fecha es el 27 de marzo de 1775.

La evaluación de las actividades comerciales y de ganancia de dinero como algo inocuo puede entenderse como una consecuencia indirecta del ideal aristocrático dominante durante largo tiempo. Como antes vimos, cuando la fe en este ideal había sido gravemente sacudida y el "héroe" había sido "demolido", el comerciante vituperado desde antiguo no vio aumentar correspondientemente su prestigio: la idea de que era un hombre vil, desaliñado y chato subsistió durante largo tiempo.

Aun se dudaba de que el comercio fuese un instrumento eficiente en relación con sus propios objetivos de ganancia de dinero, una duda expresada todavía a mediados del siglo XVIII por Vauvenargues en la sorprendente máxima: "El Interés hace pocas fortunas."⁹⁸ Se ha dicho que una creencia básica de los españoles al emerger de la Reconquista era la de que "un hombre de calidad adquiere, mediante el combate, la riqueza en una forma más honorable y rápida que un hombre más bajo con su trabajo",⁹⁹ pero la idea era generalmente aceptada. El mismo desprecio que se tenía por las actividades económicas llevó a la convicción, a pesar de muchas pruebas en contrario, de que no podrían tener gran fuerza en ninguna área del esfuerzo humano y eran incapaces de causar bien o mal en gran escala. En una época en que los hombres estaban buscando caminos para limitar el daño y los horrores que les gusta infligirse recíprocamente, las actividades comerciales y económicas se consideraron así en forma más magnánima, pero no porque hubiese aumentado la estima en que se les tenía; por el contrario, toda preferencia por ellas expresaba el deseo de descansar de una grandeza (desastrosa) y así reflejaba la continuación del desprecio. En cierto sentido, el triunfo del capitalismo, como el de muchos tiranos modernos, debe mucho a

⁹⁸ *Réflexions et maximes*, en *Oeuvres* (París: Cité des livres, 1929), Vol. II, p. 151.

⁹⁹ Salvador de Madariaga, *The Fall of the Spanish-American Empire* (Londres: Hollis and Carter, 1947), p. 7. Sin subrayado en el original.

la renuncia general a tomarlo en serio o a considerarlo capaz de grandes designios o realizaciones, una renuencia muy evidente en la observación del doctor Johnson.

El apotegma de Johnson acerca de la inocuidad de la "obtención de dinero" tuvo su homólogo en Francia. En realidad, el mismo término "inocente" puede encontrarse como una descripción de las actividades comerciales en el preámbulo del edicto de 1669 que declaraba compatible con la nobleza el comercio marítimo:

Considerando que el Comercio es la fuente fecunda que lleva abundancia a los estados y la difunde entre sus súbditos. ...; y considerando que no hay ninguna forma de adquisición de la riqueza más inocente ni más legítima ...¹⁰⁰

Más tarde se volvió popular otro término, a primera vista más extraño aún. Se hablaba mucho, a partir de fines del siglo XVII, de la *douceur* del comercio: una palabra notoriamente difícil de traducir a otros idiomas (como se ve, por ejemplo, en *la douce France*), habla de dulzura, suavidad, calma y amabilidad, y es el antónimo de la violencia. La primera mención de esta calificación del comercio que he podido encontrar se halla en *Le parfait négociant*, de Jacques Savary, el libro de texto para los hombres de negocios del siglo XVII:

[La Divina Providencia] no ha querido que todo lo necesario para la vida se encuentre en el mismo lugar. Ha dispersado sus dones para que los hombres comercien entre sí y para que la necesidad recíproca que tienen de ayudarse mutuamente establezca lazos de amistad entre ellos. Este intercambio continuo de todas las comodidades de la vida constituye el comercio y este comercio produce toda la amabilidad (*douceur*) de la vida. ...¹⁰¹

Este pasaje expresa primero la idea de un "interés favorable

¹⁰⁰ Citado en François de Forbonnais, *Recherches et considérations sur les finances de France, depuis l'année 1595 jusqu'à l'année 1721* (Basilea, 1758), Vol.

¹⁰¹ Jacques Savary, *Le parfait négociant, ou Instruction générale de tout ce qui*

de la Providencia en el comercio internacional" que Jacob Viner ha encontrado ya en el siglo IV de nuestra era.¹⁰² Pero la última oración sobre la *douceur*, subrayada por Savary, pertenece claramente a la época en que él escribió.

El exponente más influyente de la doctrina del *doux commerce* fue Montesquieu. En la parte del *Esprit des lois* que se ocupa de cuestiones económicas afirma en el capítulo inicial:

... es casi una regla general que dondequiera que los modos del hombre son amables (*moeurs douces*) hay comercio; y dondequiera que hay comercio, los modos de los hombres son amables.¹⁰³

Y más adelante, en el mismo capítulo, repite:

El comercio ... pule y suaviza (*adoucit*) los modos bárbaros, como podemos verlo cotidianamente.

No está muy claro en Montesquieu si el efecto inductor de *douceur* del comercio se supone generado por los cambios operados por el comercio entre los individuos participantes en actividades comerciales o, más ampliamente, entre todos quienes usan y consumen los bienes que el comercio vuelve disponibles. En todo caso, el término, en su significado más amplio, tuvo una carrera afortunada fuera de Francia. Veintiún años después de la publicación de la obra de Montesquieu, la frase antes citada se encuentra casi idéntica en la obra del historiador escocés William Robertson, quien escribe en su *View of the Progress of Society in Europe* (1769):

El comercio tiende a eliminar los prejuicios que mantienen las distinciones y la animosidad entre las naciones. Suaviza y pule las maneras de los hombres.¹⁰⁴

regarde le commerce (París, 1675), ed. 1713, p. 1 (subrayado en el original).

¹⁰² Viner, *Providence*, pp. 36 y sigs.

¹⁰³ *Esprit des lois*, XX, 1.

¹⁰⁴ Felix Gilbert (University of Chicago Press, 1972) ha editado recientemente esta obra, con una introducción. La obra es el prefacio al libro de Robertson *History*

La expresión "las naciones pulidas", por oposición a las "rudas y bárbaras", llegó a usarse comúnmente en Inglaterra y Escocia hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Designaba los países de Europa Occidental cuya riqueza creciente se percibía con claridad como muy relacionada con la expansión del comercio. Es probable que el término "pulidas" se haya escogido a causa de su afinidad con *adouci*: en esta forma, la *douceur* del comercio pudo haber sido indirectamente responsable del primer intento de expresión de una dicotomía que reapareció más tarde bajo términos tales como "avanzado-atrasado", "desarrollado-subdesarrollado", etcétera.

Es probable que el origen del calificativo *doux* se encuentre en el significado "no comercial" de *comercio*: aparte de intercambio, la palabra denotaba desde largo tiempo atrás una conversación animada y repetida y otras formas de la interrelación social y de los tratos corteses entre personas (con frecuencia entre dos personas de sexo opuesto).¹⁰⁵ Fue en este contexto que el término *doux* se usaba a menudo en relación con *commerce*. Por ejemplo, el reglamento interior de un *collège* parisino promulgado en 1769 contenía esta oración:

Ya que van a vivir en sociedad al dejar el *Collège*, los alumnos serán adiestrados en una etapa temprana en la práctica de una interrelación amable, fácil y honesta (*un commerce doux, aisé et honnête*).¹⁰⁶

El término llevó así a su carrera "comercial" una carga de significado que denotaba cortesía, maneras pulcras, y un comportamiento socialmente útil en general. Aun así, el uso per-

of the Reign of the Emperor Charles V. El pasaje citado (sin subrayado en el original) se encuentra en la p. 67. En "Proofs and Illustrations" anexadas a su ensayo, Robertson se refiere a la introducción que hace Montesquieu a la parte del *Espíritu de las Leyes* que se ocupa del comercio (véase la p. 165), pero no a la frase precisa que adopte de esta obra.

¹⁰⁵ Esto es cierto en inglés y en francés. Véase el *Oxford English Dictionary*.

¹⁰⁶ *Règlement intérieur du Collège Louis-le-Grand* (1769), p. 36. Este documento era la Muestra N° 163 en la Exhibición de la Vida Diaria de París en el siglo XVIII, Archivos Nacionales, París, verano de 1974.

sistente del término *le doux commerce* nos parece una aberración extraña en una época donde el tráfico de esclavos se encontraba en su apogeo y donde el comercio en general era todavía una actividad azarosa, arriesgada, y a menudo violenta.¹⁰⁷ Un siglo después, el término fue justamente ridiculizado por Marx, quien al explicar la acumulación primitiva del capital relata algunos de los episodios más violentos de la historia de la expansión comercial europea y luego exclama con sarcasmo: "He aquí como se las gasta el *doux commerce*."¹⁰⁸

Es probable que la imagen del comerciante como un hombre *doux*, pacífico, inofensivo, haya cobrado alguna fuerza por comparación con los ejércitos saqueadores y los piratas asesinos de la época. Pero en Francia, más aún que en Inglaterra, es posible que también haya tenido que ver con la manera como la gente veía a los diferentes grupos sociales: cualquiera que no perteneciese a la nobleza no podría, *por definición*, compartir las virtudes heroicas ni las pasiones violentas. Después de todo, tal persona sólo podía perseguir intereses y no la gloria, y todos *sabían* que esta actividad era inevitablemente *doux* por comparación con los pasatiempos apasionados y las hazañas salvajes de la aristocracia.

¹⁰⁷ Savary, consciente de las consideraciones comerciales y del intercambio, pudo aceptar la institución de la esclavitud señalando que "el cultivo del tabaco, el azúcar y el añil ... no deja de ser ventajoso" para los esclavos, a causa "del conocimiento del Dios verdadero y de la religión cristiana que se les trasmite como una especie de compensación por la pérdida de la libertad". Citado en E. Levasseur, *Histoire du commerce de la France* (París: A. Rousseau, 1911), Vol. I, p. 302.

¹⁰⁸ *El Capital*, Vol. I, Capítulo XXIV, Sección 6, p. 639. El término se convirtió aparentemente en una broma privada entre Marx y Engels. Cuando Engels renunció finalmente, en 1869, a su conexión con la empresa textil de su familia, para dedicarse por entero al movimiento socialista, escribió a Marx: "¡Hurra! Este día marca el final del *doux commerce*, y soy un hombre libre". Carta de 1 de julio de 1869, en Karl Marx-Friedrich Engels, *Werke* (Berlín: Dietz, 1965), Vol. 32, p. 329.

LA GANANCIA DE DINERO COMO UNA PASIÓN TRANQUILA

EN EL curso del siglo XVIII, la actitud positiva hacia las actividades económicas recibió el apoyo de nuevas corrientes ideológicas. A pesar de que estaba arraigada en las sombrías concepciones de la naturaleza humana del siglo XVII, sobrevivió notablemente bien al ataque virulento desatado en la época siguiente sobre tales concepciones.

Las concepciones anteriores de los intereses y las pasiones fueron sometidas a varias críticas. Por una parte, como ya hemos visto, se refutó vigorosamente la proposición de que el hombre está totalmente gobernado por el interés o amor a sí mismo. Al mismo tiempo se hicieron varias distinciones nuevas entre las pasiones a fin de presentar algunas de ellas como menos dañinas que otras, si no es que francamente benéficas. En esta forma, la oposición entre pasiones benignas y malignas (con algunos tipos de propensiones adquisitivas clasificadas entre las primeras) se convirtió —sobre todo en Inglaterra— en el equivalente del siglo XVIII de la oposición del siglo XVII entre los intereses y las pasiones; pero ambas dicotomías se yuxtaponían y coexistieron durante largo tiempo.

La nueva línea de pensamiento se desarrolló, sobre todo como una reacción crítica al pensamiento de Hobbes, por la llamada escuela sentimental de los filósofos morales ingleses y escoceses, desde Shaftesbury hasta Hutcheson y Hume.¹⁰⁹ La principal aportación de Shaftesbury fue la rehabilitación o el redescubrimiento de lo que llama las "afecciones naturales", tales como la benevolencia y la generosidad. Distinguiendo entre su efecto sobre el bien privado y el público, no le resulta difícil demostrar que estos excelentes sentimientos sirven a

¹⁰⁹ Aunque Adam Smith fue un miembro importante de la escuela, su *Teoría de los sentimientos morales* no se ocupó de las distinciones particulares que Shaftesbury, y sobre todo Hutcheson, trataron en gran extensión. Tampoco se ocupó de la distinción entre las pasiones y los intereses; véase *infra* pp. 116 a 118.

ambos. Shaftesbury se ocupa luego de las afecciones o pasiones menos admirables y las divide en las "afecciones egoístas" o "pasiones egoístas", que se orientan hacia el bien privado y pueden llegar a alcanzarlo, pero no necesariamente hacia el bien público, y las "afecciones antinaturales" (inhumanidad, envidia, etc.), lo que no logran el bien público ni el privado. Dentro de cada categoría distingue además entre las afecciones moderadas y las inmoderadas. Resulta interesante observar lo que ocurre cuando trata de colocar las actividades económicas en este esquema conceptual. Las coloca en el renglón de las "pasiones egoístas", pero luego argumenta para sacarlas de allí:

Si el deseo [de adquisición de riqueza] es moderado y en grado razonable; si no ocasiona ninguna búsqueda apasionada, no habrá nada en este caso que no sea compatible con la virtud, y aun que no sea adecuado y benéfico para la sociedad. Pero si crece hasta convertirse en una *pasión* real, el daño y el agravio que causa al público no es mayor que el causado al individuo mismo. Tal sentimiento es en realidad un opresor de sí mismo, y es para el individuo una carga más pesada de lo que podrá ser jamás para la humanidad.¹¹⁰

Es obvio entonces que la ganancia de dinero no encaja en la categoría intermedia de "pasión egoísta": cuando se persigue con moderación, se la promueve hasta el rango de una "afección natural" que realiza el bien privado y el público, mientras que se la rebaja al rango de una "afección antinatural", que no realiza ninguna de las dos clases de bienes, cuando llega al exceso.

Francis Hutcheson simplifica el esquema de Shaftesbury y distingue entre las pasiones benevolentes y las egoístas por una parte, y entre los "movimientos de la voluntad" tranquilos y violentos, por la otra. Entre los pocos ejemplos que da para ilustrar el último contraste, cita también las actividades económicas:

¹¹⁰ *Characteristicks*, p. 336.

... el deseo tranquilo de la riqueza nos obligará, aunque con renuencia, a hacer gastos espléndidos cuando ello sea necesario para ganar un buen negocio o un empleo lucrativo; mientras que la pasión de la avaricia se aflige ante estos gastos.¹¹¹

El criterio empleado aquí por Hutcheson para separar el "deseo tranquilo (*calm*) de riqueza" (adviértase que "*calm*" es el equivalente inglés de *doux*) de la avaricia no es la intensidad del deseo sino la disposición a pagar altos costos para obtener beneficios más altos aún. Un deseo tranquilo se define así como aquel que actúa con cálculo y racionalidad, y equivale por lo tanto exactamente a lo que se entendía por interés en el siglo XVII.

La nueva terminología planteaba un problema: mientras que podía concebirse sin dificultad una victoria de los intereses sobre las pasiones, el lenguaje vuelve difícil la concepción de un triunfo de las pasiones tranquilas sobre las violentas. Hume, quien había adoptado también la distinción entre pasiones tranquilas y violentas, afrontó la cuestión sin remilgos y la solucionó en una oración categórica:

Debemos... distinguir entre una pasión tranquila y una débil; entre una pasión violenta y una fuerte.¹¹²

En esta forma todo estaba bien: una actividad como la adquisición de riqueza conducida racionalmente podía describirse e implícitamente defenderse como una pasión tranquila que sería al mismo tiempo fuerte y capaz de triunfar sobre una diversidad de pasiones turbulentas (pero débiles). Es precisamente este carácter dual del impulso adquisitivo el que destaca Adam Smith en su conocida definición del deseo de mejorar nuestra condición como un "deseo que *si bien generalmente se manifiesta en forma serena y desapasionada*, arraiga en nosotros y

¹¹¹ *A system of Moral Philosophy*, facsimil de la edición de 1755 en *Works* (Hildesheim: Georg Olms, 1969), Vol. V, p. 12.

¹¹² *Treatise*, Libro, II, Parte III, Sección IV.

nos acompaña hasta la tumba".¹¹³ Y Hume ofrece un ejemplo específico de esta pasión tranquila pero fuerte, que triunfa sobre una pasión violenta, en su ensayo "Of Interest":

Una consecuencia infalible de todas las profesiones industriosas es la de... hacer que el amor por la ganancia prevalezca sobre el amor por el placer".¹¹⁴

Pronto examinaremos otros argumentos aún más extravagantes en favor del "amor por la ganancia". Pero en este punto de nuestra historia la aseveración de Hume puede quedar como la culminación del movimiento de ideas trazado: el capitalismo es alabado aquí por un filósofo prominente de la época porque activará ciertas inclinaciones humanas benignas a costa de algunas inclinaciones malignas, por la expectativa de que, en esta forma, reprima y quizá atrofie algunos componentes más destructivos y desastrosos de la naturaleza humana.

¹¹³ *La riqueza de las naciones*, p. 309 (sin subrayado en el original).

¹¹⁴ *Writings on Economics*, p. 53.

SEGUNDA PARTE

CÓMO SE ESPERABA QUE LA EXPANSIÓN
ECONÓMICA MEJORARA EL ORDEN POLÍTICO

AL PARECER, el argumento en favor de que se diese rienda suelta y aliento a las actividades adquisitivas privadas fue a la vez el resultado de una larga línea de pensamiento Occidental y un ingrediente importante del clima intelectual de los siglos XVII y XVIII. Si la "tesis de los intereses frente a las pasiones" es sin embargo muy poco conocida, ello se debe en parte al hecho de que fue sustituida y oscurecida por la publicación trascendental, en 1776, de *La riqueza de las naciones*. Por razones que examinaremos más adelante, Adam Smith abandonó la distinción existente entre los intereses y las pasiones al formular su argumento en favor de la búsqueda irrestricta de la ganancia privada; optó por destacar los beneficios económicos que derivarían de esta búsqueda, antes que los peligros y desastres políticos que evitaría.

Otra razón de que la tesis sea poco conocida puede inferirse de la forma laboriosa en que hubo de armarse en las páginas precedentes, a partir de fragmentos diversos de pruebas intelectuales. Al recurrir a un gran conjunto de fuentes, he tratado de demostrar que la tesis formaba parte de lo que Michael Polanyi ha llamado "la dimensión tácita", es decir, proposiciones y opiniones compartidas por un grupo y tan obvias para él que nunca se articulan en forma plena o sistemática. Un aspecto característico de esta situación es el hecho de que varios autores importantes —incluido el propio Adam Smith, lo que resulta interesante— elaboraran aplicaciones o variantes especiales de la teoría básica inarticulada. Una variante particularmente importante constituye el tema de las páginas siguientes.

Como antes vimos, los orígenes de la tesis se encuentran en la preocupación por el arte de gobernar. Las pasiones que más deben refrenarse son las de los poderosos, que se encuentran en posición de hacer daño en gran escala y se consideraban particularmente bien dotados de pasiones por comparación con hombres menos importantes. En consecuencia, las aplica-

ciones más interesantes de la tesis demuestran cómo el capricho, el desastroso deseo de gloria y, en general, los excesos apasionados de los poderosos, se frenen por los intereses: los propios y los de sus súbditos.

Los principales representantes de esta forma de pensar en el siglo XVIII fueron Montesquieu en Francia y Sir James Steuart en Escocia. Sus ideas básicas fueron enriquecidas por John Millar, otro miembro prominente de ese grupo notable de filósofos, moralistas y científicos sociales llamado a veces la Ilustración escocesa. Los fisiócratas y Adam Smith compartían algunas de las premisas y preocupaciones de Montesquieu y Steuart, pero sus soluciones fueron muy diferentes. Cada uno de estos pensadores será examinado por separado, a excepción de los fisiócratas, que se examinarán como el grupo doctrinal fuertemente unificado que en realidad constituyeron. Dado que me referiré a algunos pasajes de sus escritos que no han recibido gran atención o escrutinio, será necesario relacionar estos pasajes con el resto de su obra. Sólo en esta forma podrá obtenerse una perspectiva del significado y la importancia de las concepciones que serán presentadas aquí.

ELEMENTOS DE UNA DOCTRINA

1. MONTESQUIEU

MONTESQUIEU vio muchas virtudes en el comercio, y ya hemos mencionado la relación que afirmó entre la expansión del comercio y la difusión de la urbanidad (*douceur*). Para Montesquieu, la influencia cultural del comercio va de la mano con su incidencia política: en la parte política central, la Parte Uno de *El espíritu de las leyes*, Montesquieu sostiene primero, según lineamientos republicanos clásicos, que una democracia

puede sobrevivir de ordinario sólo cuando la riqueza no es demasiado abundante ni está distribuida en forma demasiado desigual, pero luego procede a conceder una excepción importante a esta regla en el caso de "una democracia basada en el comercio". Dice, en efecto:

El espíritu del comercio trae consigo el espíritu de la frugalidad, de la economía, de la moderación, del trabajo, de la sabiduría, de la tranquilidad, del orden y de la regularidad. En esta forma, mientras prevalezca este espíritu, la riqueza que crea no tiene ningún efecto pernicioso.¹

Casi nos sentimos tentados a pasar por alto esta alabanza del comercio por ser tan extravagante. Pero más adelante formula Montesquieu un argumento mucho más detallado y razonado con mayor cuidado sobre los efectos políticos favorables del comercio. Este argumento ha sido poco comentado, y ahora lo reseñaré con algún detalle. Debe advertirse que el argumento, por oposición al antes citado, no sólo no se restringe a los efectos del comercio sobre una democracia sino que se aplica con vigor particular a las otras dos formas de gobierno que Montesquieu examina a lo largo de toda su obra y con las que estaba íntimamente familiarizado y preocupado: la monarquía y el despotismo.

En la Parte Cuarta de *El espíritu de las leyes*, Montesquieu examina el comercio (Libros XX y XXI), el dinero (Libro XXII), y la población (Libro XXIII). En el Libro XX expresa su opinión sobre una gran diversidad de temas generales, desde "el espíritu del comercio" hasta la conveniencia de permitir que la nobleza participe en actividades comerciales. En cambio, en el Libro XXI se ocupa Montesquieu de un solo tema, la historia de la navegación y del comercio, y además es más empírico que nunca. Resulta entonces muy sorprendente que de pronto formule un principio general en el capí-

¹ V, 7.

tulo en el que analiza "Cómo surgió del barbarismo el comercio de Europa". Montesquieu describe aquí en primer término cómo se veía obstruido el comercio por la prohibición eclesiástica del cobro de intereses y fue tomado en consecuencia por los judíos; cómo sufrieron los judíos violencias y extorsiones constantes a manos de nobles y reyes; y cómo reaccionaron finalmente inventando la letra de cambio (*lettre de change*). En la parte final del capítulo se llega a conclusiones sorprendentes:

...y por este medio pudo el comercio eludir la violencia y mantenerse en todas partes; porque el comerciante más rico tenía sólo riqueza invisible que podría enviarse a cualquier parte sin dejar huella alguna ... En esta forma, debemos ... a la avaricia de los gobernantes la creación de un instrumento que de algún modo saca al comercio de sus garras.

Desde esa época, los gobernantes se han visto obligados a gobernar con más sabiduría que la que ellos habrían deseado; porque, debido a estos acontecimientos, las acciones arbitrarias grandes y repentinas (*les grands coups d'autorité*) del soberano han resultado ineficaces y... sólo el buen gobierno trae la prosperidad [al príncipe].

Hemos empezado a recobrarlos del maquiavelismo, y lo seguiremos haciendo día a día. En los consejos de Estado se requiere mayor moderación. Lo que solía llamarse *coup d'état* no sería ahora sino imprudencia, aparte del horror que tales acciones inspiran.

Y el capítulo termina con la oración que constituye un testigo de calidad para la tesis de este ensayo y ha sido escogida como su epígrafe:

*Y es afortunado para los hombres encontrarse en una situación en la que, mientras sus pasiones los impulsan a ser malvados (méchants), sus intereses los impulsan en sentido contrario.*²

² XXI, 20.

Ésta es una generalización verdaderamente magnífica, basada en la expectativa de que los intereses —es decir, el comercio y sus corolarios, como la letra de cambio— inhibirán las pasiones y las acciones "malvadas" inducidas por la pasión de los poderosos. Varios pasajes relacionados de la obra de Montesquieu aclaran que las ideas propuestas en el Libro XXI constituían un componente importante de su pensamiento sobre la relación existente entre la economía y la política.³ En el libro siguiente (XXII) utiliza un argumento muy similar al discutir el envilecimiento de la moneda por obra del soberano. Los emperadores romanos siguieron esta práctica con gran cuidado y beneficio, pero en épocas más modernas el envilecimiento de la moneda es contraproducente a causa de las extensas operaciones de divisas y arbitrajes que producirían de inmediato:

... estas operaciones violentas no podrían ocurrir en nuestra época; un príncipe se engañaría a sí mismo y no engañaría a nadie. Las operaciones con divisas (*le change*) han enseñado a los banqueros a comparar monedas de todo el mundo y a asignarles su valor correcto. ... Estas operaciones han eliminado las acciones arbitrarias grandes y repentinas (*les grands coups d'autorité*) del soberano, o por lo menos su buen éxito.⁴

Estas dos situaciones parecen más similares aún a causa de los términos casi idénticos utilizados para designar las dos técnicas que se traducen en restricciones para los políticos: la *lettre de change* en el primer caso, y simplemente *le change* en el segundo. Montesquieu subraya en sus notas la importancia de la letra

³ La oposición entre los intereses y las pasiones aparece también en otra parte de la obra de Montesquieu: "Ya que vive en un estado de excitación permanente, esta nación podría ser conducida mejor por su pasión que por la razón; esta última nunca produjo efectos intensos sobre la mente de los hombres; y sería fácil para los gobernantes de esta nación conducirla a empresas contrarias a sus intereses reales." *El espíritu de las leyes*, XIX, 27. Este párrafo se encuentra en el capítulo famoso en que se presenta con simpatía a Inglaterra, en gran extensión, sin mencionarla jamás por su nombre. Como en el caso de La Bruyère (*vid. supra*, p. 52), se asigna aquí a la razón el papel de un miembro relativamente impotente en un *ménage à trois* formado por la pasión, la razón y el interés.

⁴ XXII, 14.

de cambio: "Resulta asombroso que la letra de cambio haya sido descubierta tan tarde, porque no hay nada más útil en el mundo",⁵ y en *El espíritu de las leyes* hace mucho hincapié en la importancia de la subdivisión de la riqueza en tierras (*fonds de terre*) y propiedad mueble (*effets mobiliers*) de la que forma parte la letra de cambio.⁶

Antes de Montesquieu, Spinoza había establecido la misma distinción, también para fines políticos, y había mostrado la misma preferencia por el capital movable sobre el fijo. En el *Tractatus politicus* llegó a defender la propiedad estatal de todas las tierras, incluidas las casas "de ser posible".⁷ El propósito de la prohibición de la propiedad privada era la eliminación de disputas irresolubles y de la envidia interminable: al poseer tierras que existen en cantidades limitadas, los miembros de la misma comunidad se encuentran necesariamente en una situación donde la ganancia de un hombre es la pérdida de otro. Por lo tanto, "es muy importante para la promoción de la paz y la concordia... que ningún ciudadano posea tierra alguna". En cambio, el comercio y la riqueza movable se contemplan en una luz totalmente benigna, porque originan "intereses interdependientes o que requieren los mismos medios para su satisfacción".⁸ Para Spinoza, la cantidad de dinero poseída por los individuos estaba limitada sólo por sus esfuerzos, y estos esfuerzos se traducían a su vez en una red de obligaciones recíprocas, que reforzarían los lazos unificadores de la

⁵ *Mes pensées*, No. 753 en *Oeuvres complètes* (París: Gallimard, ed. Pléiade, 1949), Vol. I, p. 1206. No resultaba en modo alguno desusada en esa época esta alabanza de la letra de cambio, tras un largo periodo de sospecha por su supuesta invención por los judíos y su posible conexión con la usura. Medio siglo después, durante la discusión del Código de Comercio Napoleónico, el proponente de la sección relativa a la letra de cambio exclamaba: "La letra de cambio ha sido inventada. En la historia del comercio, éste es un acontecimiento casi comparable al descubrimiento del compás y de América... Ha liberado el capital mueble, ha facilitado sus movimientos, y ha creado un inmenso volumen de crédito. A partir de ese momento, la expansión del comercio no ha tenido más límites que los del globo mismo." Citado en Henri Lévy-Bruhl, *Histoire de la lettre de change en France aux 17^e et 18^e siècles* (París: Sirey, 1933), p. 24.

⁶ XX, 23.

⁷ Capítulo VI, pár. 12; véase a Spinoza, *The Political Works*, p. 321.

⁸ Capítulo VII, pár. 8; *ibid.*, pp. 341-343.

sociedad.⁹ Como veremos, la importancia creciente de la riqueza mueble en relación con la tierra habría de ser utilizada como base de conjeturas políticas similarmente optimistas, no sólo por Spinoza y Montesquieu, sino también por Sir James Steuart y Adam Smith.

Debemos hacer aquí una breve mención de actitudes aparentemente distintas hacia el crecimiento de la deuda pública y el incremento consiguiente del monto de las obligaciones gubernamentales o "acciones públicas". Un grupo de autores ingleses y franceses, que incluía a Hume y Montesquieu, consideró perniciosa, antes que benéfica, esta variedad de la riqueza mueble.¹⁰ Pueden encontrarse en sus argumentos algunos elementos de una doctrina de "billetes reales", pero criticaron la expansión de la deuda pública sobre todo por razones políticas. Resulta en efecto que su crítica derivaba de la misma preocupación básica por los excesos del poder estatal que los había llevado a hacer una evaluación *positiva* del incremento de otros tipos de riqueza mueble, como la letra de cambio. Montesquieu y otros aprobaron los tipos mencionados en último término porque se esperaba que limitaran la disposición y la capacidad del gobierno para realizar *grands coups d'autorité*. Pero esta capacidad, y el poder gubernamental en general, sólo podría aumentar si la tesorería obtenía la capacidad de financiar sus operaciones mediante la emisión de deuda en gran escala. Por lo tanto, resultaba enteramente congruente el hecho de que estos autores alabaran el aumento de la circu-

⁹ Véase a Alexandre Matheron, *Individu et communauté chez Spinoza* (París: Minuit, 1969), pp. 176-178.

¹⁰ Véase a Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, XXII, 17 y 18; y sobre todo el ensayo "Of Public Credit", en David Hume, *Writings on Economics*, ed. E. Rotwein (Madison, Wis.: University of Wisconsin Press, 1970), pp. 90-107. Es aquí donde Hume traza un cuadro aterrador del estado político al que se vería reducida Inglaterra si se permitiera la expansión indefinida de la deuda pública: "No queda ningún expediente para resistirse a la tiranía: las elecciones se ganan sólo mediante el soborno y la corrupción. Y una vez eliminado por completo el poder intermedio entre el rey y el pueblo, un despotismo inicuo deberá prevalecer inevitablemente" (p. 99). Hume y Montesquieu intercambiaron correspondencia sobre estas cuestiones; véanse los extractos reproducidos en *Writings on Economics*, p. 189.

lación de letras de cambio al mismo tiempo que deploraban tal aumento de las "acciones públicas".

Al mostrar cómo la letra de cambio y el arbitraje de divisas desalentaba la acción tradicional, cruel y violenta del poderoso, Montesquieu no hace sino seguir el programa que se había trazado en el breve ensayo sobre política, escrito veintitrés años antes de la publicación de *El espíritu de las leyes*:

Es inútil atacar directamente a la política demostrando hasta qué punto sus prácticas están en conflicto con la moral y la razón. Esta clase de razonamiento convence a todos, pero no cambia a nadie. ... Considero preferible seguir un camino indirecto y tratar de transmitir a los grandes un disgusto por ciertas prácticas políticas mostrando cuán poco de lo que producen es útil.¹¹

Montesquieu se veía así motivado por sus principios políticos fundamentales a descubrir, aceptar con beneplácito, y aun exagerar, los efectos políticos benéficos que podrían derivarse de la letra de cambio y el arbitraje en divisas. Estas instituciones y operaciones son congruentes con la preocupación política que anima la mayor parte de su obra: descubrir un medio para evitar el abuso del poder ilimitado. Su defensa de la separación de poderes y de un gobierno mixto derivó de su búsqueda del poder compensatorio; porque, a pesar de sus conclusiones radicalmente diferentes, convenía con Hobbes en que "todo hombre con poder tiende a abusar de ese poder; avanzará hasta el punto en que se tope con barreras".¹² En su libro de notas copió una frase inglesa leída en 1730, durante su estancia en Inglaterra, en *The Craftsman*, el periódico crítico de Bolingbroke:

El amor por el poder es natural; es insaciable; casi constantemente excitado y nunca saciado por la posesión.¹³

¹¹ *Oeuvres complètes* (París: Pléiade, NRF, 1949), Vol. I, p. 112.

¹² *El espíritu de las leyes*, XI, 4.

¹³ *Oeuvres complètes*, Vol. II, p. 1358. Al rastrear las influencias recibidas por

Y, en consecuencia, concibió el principio de la separación de poderes y varias otras estrategias porque, como dice en una frase famosa,

Para que no haya abuso del poder es necesario que, mediante la disposición de las cosas (*par la disposition des choses*), el poder sea frenado por el poder.¹⁴

La adecuada *disposition des choses* que restringirá la expansión del poder, de otro modo incesante, se obtiene primordialmente mediante la construcción de diversas salvaguardias institucionales y constitucionales en el sistema político. ¿Pero por qué no incluir en esa *disposition* cualquier otra cosa que pueda ser útil? Cuando se puso a analizar las cuestiones económicas, Montesquieu percibió, como antes vimos, que el deseo de ganancia es autónomo e insaciable, justo como el deseo del poder. Pero mientras contemplaba esto último con gran preocupación, sabemos que sólo veía *douceur* en lo primero. Por lo tanto, resultaba sólo natural que buscara formas específicas para incorporar el impulso adquisitivo en la adecuada *disposition des choses*. En la oración fundamental antes citada, en la p. 81, donde las pasiones del soberano aparecen domadas por sus intereses, Montesquieu realiza una combinación y una fusión de nociones prevaletentes a la sazón acerca de la pasión compensadora con su propia teoría del poder compensador. Alabó la letra de cambio y el arbitraje como auxiliares de las salvaguardas constitucionales y como baluartes contra el despotismo y *les grands coups d'autorité*; y no hay duda de que estos pasajes sobre las favorables consecuencias políticas de la expansión económica constituyen una aportación importante, y

la doctrina política de Montesquieu, Robert Shackleton concede gran importancia al hecho de que Montesquieu "a pesar de experimentar algunas dificultades para copiar palabras en un idioma extranjero, reprodujo en su libro de notas, con su propia mano, los argumentos relativos al peligro ligado al poder". "Montesquieu, Bolingbroke, and the Separation of Powers", en *French Studies* 3 (1949), p. 37.

¹⁴ *El espíritu de las leyes*, *ibid.*

hasta ahora olvidada, a su tesis política central, así como representan una justificación básica de la nueva época comercial-industrial.

Tal como la hemos presentado hasta aquí, la doctrina de Montesquieu se ocupa por entero del gobierno y la política nacionales. Ésta era en efecto la preocupación principal del pensamiento político, la arena tradicional donde se presentaban las propuestas de reforma mediante la manipulación institucional-constitucional. Sin embargo, en los siglos XVII y XVIII había una preocupación creciente por las relaciones internacionales y, en particular, por el estado de guerra virtualmente permanente en que estaban enfrascadas las grandes potencias. En la medida en que la guerra se consideraba provocada por los excesos apasionados y caprichosos de los gobernantes, todo mejoramiento de la organización política o económica nacional que obstruyera eficazmente tal comportamiento tendría desde luego consecuencias internacionales indirectamente benéficas y aumentaría las probabilidades de la paz. Pero el comercio internacional, siendo una transacción entre naciones, podría tener también una influencia directa sobre la probabilidad de la paz y la guerra: de nuevo, los intereses podrían superar a las pasiones, específicamente la pasión por la conquista. Debido al estado relativamente subdesarrollado del pensamiento sobre las relaciones internacionales, las especulaciones de esta clase se formulaban de ordinario en generalidades vagas y pronunciamientos carentes de apoyo.

En realidad, la opinión general acerca del efecto del comercio sobre la discordia o la armonía internacionales cambió considerablemente del siglo XVII al XVIII. Ya fuere a causa de la doctrina mercantilista o por el hecho de que los mercados eran en efecto tan limitados que una expansión del comercio de un país sólo podría obtenerse desplazando el de otro, el comercio fue descrito como "combate perpetuo" por Colbert y como "una especie de guerra" por Sir Josiah Child.¹⁵

¹⁵ Introducción de Coleman, ed., *Revisions in Mercantilism*, pp. 15-16.

Las condiciones y doctrinas básicas bajo las cuales se desarrollaba el comercio habían permanecido básicamente sin cambio alguno cincuenta años después. Sin embargo, Jean-François Melon, un amigo íntimo de Montesquieu, proclama en 1734:

El espíritu de conquista y el espíritu de comercio son mutuamente excluyentes en una nación.¹⁶

Montesquieu afirma en forma igualmente categórica:

el efecto natural del comercio es la conducción hacia la paz. Dos naciones que comercian entre sí se vuelven mutuamente dependientes: si una se interesa por comprar, la otra se interesa por vender; y todas las uniones se basan en las necesidades mutuas.¹⁷

Este cambio dramático de la opinión relativa al efecto del comercio sobre la paz puede estar relacionado con el pensamiento de Montesquieu en torno a las consecuencias políticas nacionales de la expansión económica. Resultaba difícil sostener que tal expansión condujera en lo interno a restricciones sobre el comportamiento de los gobernantes, y en lo externo provocaría guerra cuando se consideraba cada vez más que las guerras eran motivadas por la ambición dinástica y la estupidez (como se ve en *Cándido*), más bien que por el "verdadero interés".

En realidad, la alabanza de Montesquieu hacia el comercio no carece de reservas. En el mismo capítulo en que alaba el comercio por su contribución a la paz, lamenta la forma en que el comercio trae consigo una monetización de todas las relaciones humanas y la pérdida de la hospitalidad y de otras "virtudes morales que nos llevan a no discutir siempre nuestros propios intereses con rigor".¹⁸

¹⁶ *Essai politique sur le commerce* (1734), en E. Daire, *Economistes français du 17^e siècle* (Paris, 1843), p. 733.

¹⁷ XX, 2.

¹⁸ *Ibid.*

Jean François Melon no tiene tales reservas. Por el contrario, quiere tranquilizar a quienes puedan temer que el comercio, al traer la paz y la tranquilidad, causará la pérdida de cualidades como el valor y la audacia. Afirma que estas cualidades no sólo sobrevivirán sino que florecerán a causa de los peligros de la navegación afrontados de continuo por el comercio marítimo.¹⁹ Así pues, todo está bien: ¡el comercio actúa a la vez como un antídoto contra la guerra y como su equivalente moral!

2. SIR JAMES STEUART

EN EL contexto de un país donde no se contemplaba a mediados del siglo XVIII ningún remedio claro contra el gobierno desastrosamente arbitrario, la confianza parcial de Montesquieu en el comercio, la letra de cambio y el arbitraje, como salvaguardias contra *les grands coups d'autorité* y la guerra, pueden interpretarse como un grito de desesperación, o bien como un salto extraordinario de la imaginación optimista. En Inglaterra no había necesidad de mirar tan lejos, ya que el poder de la Corona distaba mucho de ser absolutamente para el siglo XVIII. Sin embargo, ideas similares brotaron entre los economistas políticos y los sociólogos históricos de la Ilustración escocesa en la segunda mitad del siglo.

Es probable que para figuras tales como Adam Smith, Adam Ferguson y John Millar, estas ideas hayan derivado de su convicción de que los cambios económicos son los determinantes básicos de la transformación social y política.²⁰ Pero para Sir

¹⁹ *Essai politique*, p. 733. Un argumento extenso en el sentido de que hay mucha gloria en el comercio se encuentra en Abate Gabriel François Coyer, *La noblesse commerçante* (Londres, 1756), y en Louis de Sacy, *Traité de la gloire* (París, 1715) pp. 99-100.

²⁰ Véase a Ronald L. Meek, *Economics and Ideology and Other Essays* (Londres: Chapman and Hall, 1967), sobre todo su ensayo de 1954 "The Scottish Contribution to Marxist Sociology", pp. 34-50.

James Steuart, quien presentó ideas similares a las de Montesquieu en la forma más explícita y general, la explicación es más sencilla aún: su gran obra, *Inquiry into the Principles of Political Oeconomy* (1767), fue concebida y escrita en gran parte durante su prolongado exilio en el continente europeo, donde la interrelación entre las condiciones políticas y el progreso económico era particularmente obvia. Además, la influencia del pensamiento de Montesquieu es evidente a lo largo de su obra, tanto en lo tocante a los principios generales como en numerosos puntos específicos del análisis.

Por ejemplo, las ideas de Montesquieu sobre los efectos políticos de la letra de cambio y el arbitraje aparecen claramente repetidas en el capítulo donde Steuart describe "Las consecuencias generales resultantes para una nación comercial de la apertura de un activo comercio exterior", en los términos siguientes:

El estadista mira a su alrededor con asombro; él que gustaba de considerarse a sí mismo como el primer hombre de la sociedad en todos sentidos, se percibe eclipsado por el lustre de la riqueza privada, *que esquivada su mano cuando trata de asirla*. Esto vuelve su gobierno más complejo y más difícil de manejar; *ahora debe armarse de arte y de dirección*, tanto como de poder y autoridad.²¹

La misma idea se expresa otra vez cuando Steuart afirma que "el interés monetario", por oposición a los terratenientes con su "propiedad sólida", "puede burlar los intentos [del gobernante]" y puede frustrar "sus planes para apoderarse de la riqueza privada".²²

Este pensamiento acerca de las restricciones inducidas por la expansión sobre la autoridad despojadora y las exacciones arbitrarias de los poseedores del poder político se elabora y presenta en forma más general cuando se examinan en forma

²¹ *Inquiry*, Vol. I, p. 181 (sin subrayado en el original).

²² *Ibid.*, p. 213.

específica las consecuencias sociales y políticas de la expansión económica —que más adelante, en el mismo capítulo, Steuart llama “el establecimiento del comercio y la industria”.

Como en el pasaje antes citado, Steuart se muestra peculiarmente consciente de un enigma notable. Muy familiarizado con el pensamiento mercantilista y en algunos sentidos todavía bajo su influencia, Steuart sabía que el comercio y la industria, conducidos correctamente, deberían aumentar el poder del reino y por lo tanto el del soberano. Al mismo tiempo, la observación del desarrollo social *efectivo* y, presumiblemente, el conocimiento del nuevo pensamiento histórico de sus compatriotas escoceses, como David Hume y William Robertson, señalaban un conjunto muy diferente de consecuencias: la expansión comercial fortalecía la posición de los “hombres de rango medio” a expensas de los señores y eventualmente también del rey. Colocado en la encrucijada de estos dos análisis o conjeturas contradictorios, Steuart los concilió audazmente por una de esas secuencias dialécticas que, junto con otras indicaciones, hace probable que su pensamiento haya influido sobre Hegel.²³ Sostiene Steuart, en forma verdaderamente mercantilista, que “la introducción del comercio y la industria” se origina en la ambición de poder del gobernante, pero luego demuestra cómo las cosas toman un viraje inesperado:

El comercio y la industria... deben su establecimiento a la ambición de los príncipes... sobre todo para enriquecerse y volverse así formidables ante sus vecinos. Pero no descubrieron, hasta que la experiencia se los enseñó, que la riqueza obtenida por ellos de tales fuentes era sólo el vertedero de la corriente; y que un pueblo opulento, audaz y dinámico, encontrando en sus manos el fondo de riqueza del príncipe, también puede, cuando experimenta una fuerte inclinación, sacudirse su autoridad. La consecuencia de este cambio ha sido la introducción de un plan de administración más moderado y más regular.

²³ Véase a Paul Chamley, *Economie politique et philosophie chez Steuart et Hegel* (París: Dalloz, 1963), y *Documents relatifs à Sir James Steuart* (París: Dalloz, 1965), pp. 89-92 y 143-147.

Una vez que un Estado empieza a subsistir por las consecuencias de la industria, es menor el peligro de caer en poder del soberano. El mecanismo de su administración se vuelve más complejo, y... el soberano se encuentra tan limitado por las leyes de su economía política que toda transgresión de tales leyes lo mete en nuevas dificultades.

En este punto, Steuart se cura en salud:

Hablo sólo de gobiernos que se conducen en forma sistemática, constitucional, y por leyes generales; y cuando hablo de los príncipes quiero referirme a sus consejos. Los príncipes que estoy investigando aprecian la fría administración de su gobierno; corresponde a otra rama de la política la construcción de defensas contra sus pasiones, vicios y debilidades humanas.²⁴

Pero olvida toda esta precaución cuando vuelve, pocos capítulos después, al tema de las “restricciones” implicadas por “el complicado sistema de la economía moderna” para la conducción de los asuntos públicos. Otra vez formula un argumento con dos caras: por una parte, el aumento de la riqueza hace que el gobernante tenga “una influencia tan poderosa sobre las operaciones de todo un pueblo... que en otras épocas, aun bajo los gobiernos más absolutistas, era totalmente desconocida”; pero al mismo tiempo, “el poder soberano está muy limitado en todo su ejercicio *arbitrario*” (subrayado de Steuart). La razón se encuentra en la naturaleza de la “complicada economía moderna”, que Steuart llama también “el plan” o “el plan de la economía”:

...la ejecución del plan será absolutamente incompatible con toda medida arbitraria o irregular.

El poder de un príncipe moderno nunca ha sido, por la constitución de su reino, tan absoluto, pero se vuelve limitado en cuanto establece el plan de la economía que estamos tratando de explicar.

²⁴ *Inquiry*, Vol. I, pp. 215-217.

Si su autoridad semejaba antes la solidez y la fuerza de la cuña (que puede usarse indistintamente para partir madera, piedra y otros cuerpos duros, y que puede dejarse de lado y volverse a tomar a voluntad), al final llegará a semejar la delicadeza del reloj, que sólo sirve para marcar la progresión del tiempo, y que se destruye de inmediato si se usa en otra cosa cualquiera, o se toca con otra cosa que no sea la mano más delicada.

Por lo tanto [una] economía moderna es el freno más eficaz inventado jamás contra la estupidez del despotismo.²⁵

He aquí otra formulación brillante de la idea elaborada originalmente por Montesquieu, que debido al "complicado sistema de la economía moderna" los intereses se impondrían al gobierno arbitrario, a la "estupidez del despotismo", en suma, a las pasiones de los gobernantes. Esta vez, Steuart arroja al viento su precaución anterior y ve claramente el comercio y la industria en expansión como confiables "baluartes contra las pasiones, los vicios y las debilidades [de los hombres]".

Como ocurre con Montesquieu, el conjunto de ideas destacado aquí se aprecia mejor si tales ideas se relacionan con el resto del pensamiento de Steuart. En el caso de Montesquieu no fue difícil demostrar que sus especulaciones sobre las implicaciones políticas de la expansión comercial encajan muy bien en los temas principales de su obra. Pero en el caso de Steuart nuestra primera reacción es la imputación de incongruencia: La *Inquiry* ha sido conocida desde antaño como un libro donde el "estadista"²⁶ está orientando constantemente las cosas en una dirección u otra para mantener la economía en un curso uniforme, y los intentos de rehabilitación de Steuart como un gran economista lo han mostrado como antecesor de Malthus, Keynes, y de "la economía del control".²⁷ ¿Cómo es

²⁵ *Ibid.*, pp. 278-279.

²⁶ Esta es la expresión abreviada usada por Steuart para "denotar la legislación o el poder supremo, según sea la forma de gobierno". *Inquiry*, Vol. I, p. 16. Sin embargo, en general utiliza Steuart este término con el significado de un gobernante ilustrado o que deba ser ilustrado, interesado sólo en el bien público.

²⁷ Véase el Capítulo 9, "Steuart's Economics of Control", en S. R. Sen, *The*

posible entonces que haya sostenido al mismo tiempo que "la introducción de la economía moderna" restringiría o constreñiría al estadista hasta un punto nunca antes visto?

La explicación reside en la distinción, implícita en Steuart, entre los abusos "arbitrarios" del poder que derivan de los vicios y las pasiones de los gobernantes (y se relacionan de cerca con los *grands coups d'autorité* de Montesquieu) por una parte, y la "fina sintonía" realizada por un estadista hipotético exclusivamente motivado por el bien común, por la otra parte.²⁸ Según Steuart, la moderna expansión económica pone fin al primer tipo de intervención pero crea luego una necesidad especial del segundo tipo para que la economía siga una trayectoria razonablemente uniforme.

La congruencia básica del pensamiento de Steuart se entiende mejor a través de su metáfora del reloj al que asemeja la "economía moderna". La utiliza en dos ocasiones diferentes para ilustrar, por turno, los dos aspectos de la intervención estatal que hemos mencionado. Por una parte, el reloj es tan delicado que "se destruye de inmediato . . . si se toca con otra cosa que no sea la mano más delicada";²⁹ esto significa que el castigo por los arbitrarios *coups d'autorité* ya pasados de moda es tan duro que sencillamente tendrán que cesar tales abusos. Por otra parte, estos mismos relojes "de continuo marchan mal; a veces la cuerda es demasiado débil, otras veces es demasiado fuerte para la máquina. . . y se hace necesaria la mano del relojero para componerla";³⁰ así pues, con frecuencia se requieren intervenciones bien intencionadas, delicadas.

Economics of Sir James Steuart (Londres: B. Bell and Sons, 1957), y R. L. Meek, "The Economics of Control Prefigured", en *Science and Society*, Otoño de 1958.

²⁸ El supuesto más general por Steuart a lo largo de su libro es que los individuos están motivados por su interés propio, mientras que "el espíritu público. . . debe ser preponderante en el estadista". *Inquiry*, Vol. I, pp. 142-143. También *vid. supra*, pp. 56-57.

²⁹ *Inquiry*, Vol. I, p. 278.

³⁰ *Ibid.*, p. 217.

No podemos dejar de pensar aquí en la metáfora que asemejaba el universo a un reloj, utilizada constantemente en los siglos XVII y XVIII.³¹ Su corolario era que Dios cambiaba de profesión o de instrumentos: del alfarero que había sido en el Antiguo Testamento, ahora se convertía en relojero, *le Grand Horloger*. Por supuesto, la implicación era que una vez construido el reloj por Dios, debía funcionar enteramente por sí solo. El reloj de pulsera de Steuart (= economía) tiene en común con el reloj de pared (= universo) la cualidad de ser un mecanismo finamente construido que no debe ser molestado por la arbitraria interferencia externa; pero al escoger la imagen de un reloj, Steuart puede expresar a la vez la imposibilidad de un manejo arbitrario y descuidado y la necesidad de frecuentes movimientos correctores por parte del solícito y experto "estadista".

3. JOHN MILLAR

MONTESQUIEU y Steuart creían que la expansión del comercio y la industria eliminaría la toma de decisiones arbitrarias y autoritarias por parte del soberano. Su razonamiento es similar, si no idéntico. Montesquieu generaliza a partir de situaciones donde el Estado se ve privado en gran medida, a resultas del surgimiento de nuevas instituciones financieras específicas, de su poder tradicional para tomar la propiedad y envilecer la moneda a voluntad. Para Steuart, es más bien la complejidad y vulnerabilidad de la "economía moderna" en conjunto la que vuelve inconcebibles las decisiones e interferencias arbitrarias, es decir, exorbitantemente costosas y perturbadoras.

³¹ Popularizada por Leibnitz y Voltaire, su uso se hace datar de Nicolás Oresmus (muerto en 1382) en Lynn White, *Medieval Technology and Social Change* (Oxford: Clarendon Press, 1963), p. 125; véase también a Carlo M. Cipolla, *Clocks and Culture, 1300-1700* (Londres: Collins, 1967), pp. 105, 165.

Así pues, en ambas situaciones se impide o disuade al soberano para que no actúe en forma tan violenta o imprevisible como antes, aunque todavía quiera hacerlo. La posición de Montesquieu y Steuart descansa más en la restricción, la inhibición y la sanción del príncipe que en su motivación para que contribuya directamente a la prosperidad de la nación, un camino propugnado por los fisiócratas, como veremos más adelante.

El "modelo de disuasión" escogido por Montesquieu y Steuart, sobre todo la variante sugerida por este último, necesitaba mayor precisión. Después de todo, la disuasión puede fallar y el príncipe optar por recurrir de todos modos a su arbitrio o *grand coup d'autorité*. En tal caso, la situación podría salvarse todavía si hubiese en la sociedad fuerzas que se movilizaran rápidamente para oponerse al príncipe y obligarlo a retirar o modificar sus políticas. Se necesitaba un mecanismo de retroalimentación o equilibrio que restaurara condiciones favorables a la expansión del comercio y la industria cuando éstos fuesen perturbados. Podría afirmarse que tal mecanismo estaba implícito en el ascenso de las clases mercantiles y medias, descrito por muchos autores del siglo XVIII, desde Hume hasta Adam Smith y Ferguson. John Millar, otro miembro prominente de la Ilustración escocesa, hizo un relato explícito de las razones históricas por las que estas clases no sólo llegan a ejercer una influencia política creciente en general sino que pueden *reaccionar* ante los abusos del poder de otros mediante la acción colectiva.

En un ensayo póstumo titulado "The Advancement of Manufactures, Commerce, and the Arts; and the Tendency of this Advancement to diffuse a Spirit of Liberty and Independence", Millar enuncia su tema principal como sigue:

En los países comerciales, el espíritu de libertad parece depender principalmente de dos circunstancias: primero, la condición de los hombres en relación con la distribución de la propiedad y los

medios de subsistencia; segundo, la facilidad con que los diversos miembros de la sociedad puedan asociarse y actuar de concierto entre sí.³²

De acuerdo con estos lineamientos, Millar muestra primero cómo los adelantos de la productividad en la manufactura y la agricultura conducen en ambas actividades a una mayor "independencia personal y a nociones más altas de la libertad general". También considera probable que estos adelantos no vayan acompañados de las muy grandes desigualdades de fortuna características de la época precedente, sino por "una gradación tal de la opulencia que no cree un abismo entre la parte superior y la inferior de la escala".³³

Habiéndose convencido en esta forma de que el adelanto del comercio y las manufacturas producen una difusión general del espíritu de libertad, Millar señala en forma más específica cómo este adelanto aumenta la capacidad de ciertos grupos sociales para recurrir a la acción colectiva contra la opresión y los malos manejos. El derecho a la rebelión de Locke se somete aquí a un fascinante análisis sociológico que conviene citar *in extenso*:

... cuando se inviste a un grupo de magistrados y gobernantes de una autoridad, confirmada por el uso inveterado y apoyada, tal vez, por una fuerza armada, no puede esperarse que el pueblo, solo y desconectado, pueda resistir la opresión de sus gobernantes; y su poder de combinación para este propósito debe depender en gran medida de sus circunstancias peculiares... En los reinos grandes, donde el pueblo está disperso por un vasto país, raras veces ha sido capaz de... esfuerzos vigorosos. Cuando los hombres viven en pequeñas aldeas, distantes entre sí y con medios de comunicación muy imperfectos, a menudo se ven poco afectados por las penalidades que muchos de sus compatriotas deben soportar por la tiranía del gobierno; y una rebelión puede aplastarse en un lugar antes de que tenga tiempo de propagarse a otro.

³² William C. Lehman, *John Millar of Glasgow, 1735-1801* (Cambridge: University Press, 1960), pp. 330-331. Las obras principales de Millar aparecen reproducidas en las partes III y IV de este libro.

³³ *Ibid.*, p. 336.

Sin embargo, el estado de un país a este respecto cambia gradualmente a resultas del progreso del comercio y las manufacturas. A medida que los habitantes se multiplican por la facilidad de la obtención de su subsistencia, se reúnen en grandes cuerpos para el ejercicio conveniente de sus empleos. Las aldeas se convierten en pueblos, los que a menudo alcanzan las proporciones de ciudades populosas. En todos estos lugares de residencia surgen grandes grupos de trabajadores o artífices que, por ejercer el mismo empleo y por su interrelación constante, pueden comunicarse con gran rapidez sus sentimientos y pasiones. Entre ellos surgen líderes que dan tono y dirección a sus compañeros. El fuerte alienta al débil; el audaz anima al tímido; el resuelto apoya al vacilante; y los movimientos de toda la masa se hacen *con la uniformidad de una máquina*, y con una fuerza a menudo irresistible.

En esta situación, una gran parte del pueblo se excita con facilidad por todo descontento popular y puede unirse sin mayor dificultad para exigir la reparación de los agravios. El menor motivo de queja se vuelve, en un pueblo, la ocasión para un disturbio; y las llamas de la sedición que se difunden de una ciudad a otra se convierten en una insurrección general.

Esta unión tampoco surge sólo de situaciones locales, ni se confina a la clase inferior de quienes viven del comercio y la manufactura. *Por una atención constante a los objetos profesionales*, las órdenes superiores de quienes se ocupan en actividades mercantiles llegan a discernir con rapidez su interés común y a perseguirlo infatigablemente en todo momento. Mientras el agricultor, ocupado en el cultivo separado de su tierra, considera sólo su propio beneficio personal; mientras el caballero terrateniente trata sólo de obtener un ingreso suficiente para la satisfacción de sus necesidades, y a menudo no presta atención a su propio interés ni al de nadie más, el comerciante, sin olvidar jamás su ventaja privada, se acostumbra a conectar su propia ganancia con la de sus semejantes y por lo tanto está siempre dispuesto a unirse con los de la misma profesión, para solicitar la ayuda del gobierno y para promover medidas generales para el beneficio de su actividad.

En el curso de este siglo se ha vuelto gradualmente más y más conspicua la existencia de esta gran asociación mercantil. El clamor y los procedimientos tumultuarios del populacho de las grandes ciudades *pueden llegar hasta lo más recóndito de la administración, intimidar al ministro más osado, y desplazar al favorito*

más presuntuoso. La voz del interés mercantil nunca deja de atraer la atención del gobierno, y cuando es firme y unánime puede aun controlar y dirigir las deliberaciones de los consejos nacionales.³⁴

La característica más notable de estos párrafos es la concepción positiva que tiene Millar del papel social de los disturbios y otras acciones populares. Pocos decenios después, el clima había cambiado por completo, como lo atestiguó el Dr. Andrew Ure en su *Philosophy of Manufactures* (1835):

Las manufacturas condensan naturalmente una vasta población en un circuito estrecho; proveen todas las facilidades para la cábala secreta ...; comunican inteligencia y energía a la mente vulgar, con sus salarios liberales aportan los músculos pecuniarios del esfuerzo.³⁵

Por supuesto, para 1835 había aparecido la clase obrera, frecuentemente "contenciosa". Es probable que los acontecimientos del siglo XVIII en que Millar basaba su visión optimista de la acción masiva sean los disturbios de Wilkes, que sacudieron a Londres en forma intermitente en los años sesenta y setenta.³⁶ Como ha demostrado Rudé, estas revueltas se caracterizaron por esa alianza de los comerciantes y otros elementos de la clase media con la "multitud" que aparece tan bien descrita en el análisis de Millar.³⁷ Sin embargo, otros observadores contemporáneos parecen haberse alarmado por estos disturbios. A causa de ellos, David Hume se volvió mucho más conservador y suprimió, en una nueva edición de sus *Essays*, una extensa evaluación optimista de las perspectivas de la libertad donde había afirmado, por ejemplo, "que el pueblo no es el

³⁴ *Ibid.*, pp. 337-339 (sin subrayado en el original).

³⁵ Citado en E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Nueva York: Vintage Books, 1963), p. 361.

³⁶ En virtud de que el ensayo de Millar fue encontrado después de su muerte en 1801, resulta difícil conocer su fecha.

³⁷ George Rudé, *Wilkes and Liberty: A Social Study of 1763 to 1774* (Oxford: Clarendon Press, 1962), pp. 179-184. Véase también a Frank Ackerman, "Riots, Populism, and Non-Industrial Labor: A Comparative Study of the Political Economy of the Urban Crowd" (tesis doctoral inédita, Universidad de Harvard, Departamento de Economía, 1974), Capítulo 2.

monstruo peligroso que se ha pintado".³⁸ El análisis de Millar tampoco es muy tranquilizante en ocasiones (excepto para un revolucionario), sobre todo cuando vislumbra la posibilidad de una "insurrección general"; pero en general enfatiza "la atención constante a los objetos profesionales" por parte de los comerciantes, y su mayor capacidad, por comparación con los agricultores muy dispersos, para organizarse en la acción de "grupos de interés", para atraer a otros hacia su causa, y para obtener la reparación de los agravios cometidos por los gobernantes descarriados. En esta forma, el proceso descrito por Millar exhibe la "deliberación discriminante" y el "carácter enfocado" que parecen haber sido la característica principales del populacho de Europa Occidental en el siglo XVIII.³⁹ Así como se consideró que estas multitudes tenían un "papel constitucional" por desempeñar en Inglaterra y aun en la América colonial,⁴⁰ John Millar las dotó de un papel altamente racional y benéfico para el mantenimiento y la defensa del progreso económico.

Además, así como Steuart había igualado el funcionamiento de la "economía moderna" a la "delicadeza de un reloj", los movimientos de los "hombres mercantiles" y sus aliados se contemplan aquí como realizados "con la uniformidad de una máquina". Claramente, Millar estaba convencido de haber descubierto un mecanismo importante y confiable que impediría el predominio prolongado de las pasiones del príncipe sobre el interés público y las necesidades de la economía en expansión. En este sentido, su pensamiento completa el de Montesquieu y Steuart.

³⁸ El pasaje suprimido aparece reproducido como nota de pie en *Essays*, Vol. I, p. 97. Giarrizzo examina el episodio en *David Hume*, p. 82.

³⁹ Pauline Maier, "Popular Uprisings and Civil Authority in Eighteenth-Century America", en *William and Mary Quarterly* 27 (enero de 1970), p. 18; véase también a Dirk Hoerder, "People and Mobs: Crowd Action in Massachusetts during the American Revolution" (tesis inédita, Freie Universität, Berlín, 1971), pp. 129-137.

⁴⁰ Maier, *ibid.*, p. 27.

CONCEPCIONES RELACIONADAS PERO DISCORDANTES

LA CONCEPCIÓN de las consecuencias políticas de la expansión económica sostenida por Montesquieu y Steuart no era compartida en forma universal. En realidad, los autores de asuntos económicos más influyentes de Francia e Inglaterra, los fisiócratas y Adam Smith, no sólo no aportaron nada a la línea específica de pensamiento que se había desarrollado sino que, como veremos, en diversas formas contribuyeron a su declinación, sobre todo Adam Smith.

Los dos grupos comparten varias ideas y preocupaciones importantes, pero el énfasis y la conclusión difieren a menudo de modo marcado. Por ejemplo, la idea de la economía como un mecanismo o una máquina de construcción intrincada que funciona independientemente de la voluntad de los hombres fue una de las aportaciones más importantes de los fisiócratas al pensamiento económico.⁴¹ En el transcurso de sus viajes por Europa, Steuart había entrado en contacto con varios miembros prominentes de esa escuela,⁴² y es posible que su concepción de la economía moderna como un mecanismo semejante a un reloj haya influido en su forma de pensar. Pero la conclusión desprendida por los fisiócratas de sus concepciones no era, como en el caso de Steuart, el pronóstico de que nadie se atrevería a interferir con el funcionamiento de la máquina, sino la defensa de un orden político donde la interferencia quedara eficazmente eliminada.

De igual modo, los fisiócratas y Adam Smith compartían con sus contemporáneos la creencia en la importancia de la distinción existente entre la propiedad mueble y la inmueble. Esta distinción había sugerido primero a Montesquieu la idea

⁴¹ Véase a Ronald L. Meek, *The Economics of Physiocracy* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1963).

⁴² Véase la Introducción de A. S. Skinner a la *Inquiry* de Steuart, Vol. I, p. xxxvii, y Chamley, *Documents*, pp. 71-74.

de que los gobiernos que trataran con ciudadanos cuyas propiedades fuesen primordialmente muebles tendrían que comportarse de modo muy distinto al de los gobiernos que afrontaran sociedades donde la propiedad inmueble fuese la forma principal de la riqueza privada. En *La riqueza de las naciones* se menciona varias veces esta distinción y la capacidad de los poseedores de capital para desplazarse hacia otro país, y en efecto se reconocen como restricciones a las políticas fiscales de extorsión.⁴³ Pero Adam Smith no va más allá. En su texto básico, *Philosophie rurale*, Quesnay y Mirabeau señalan también el carácter elusivo de la riqueza en las sociedades comerciales y en efecto se aproximan mucho al análisis de Montesquieu; pero lo hacen con un espíritu muy diferente:

Todas las posesiones [de las sociedades comerciales] consistían en valores dispersos y secretos, unos cuantos almacenes, y deudas pasivas y activas, cuyos verdaderos dueños son en parte desconocidos, porque nadie sabe quiénes de ellos son acreedores y quienes son deudores. El poder soberano no puede apoderarse nunca de la riqueza inmaterial o guardada en los bolsillos de la gente, y en consecuencia no obtendrá nada. Ésta es una verdad que debe repetirse constantemente a los gobiernos de las naciones agrícolas que se esfuerzan tanto por aprender a ser comerciantes, es decir, a robarse a sí mismos. El rico comerciante, traficante, banquero, etc., siempre será miembro de una república. Donde quiera que viva, disfrutará siempre de la inmunidad inherente al carácter disperso y desconocido de su propiedad, de la que sólo podemos ver el lugar donde se realizan las transacciones. Sería menos inútil que las autoridades trataran de obligarlo a cumplir con las obligaciones de un súbdito: se ven obligadas, para inducirlo a entrar en sus planes, a tratarlo como un amo, y a volver conveniente para él su contribución voluntaria al ingreso público.⁴⁴

Es obvio que Quesnay y Mirabeau creen, ante todo, que las cualidades elusivas del comercio y la industria son una desven-

⁴³ *La riqueza de las naciones*, pp. 748, 825.

⁴⁴ Tomado del "Extract from 'Rural Philosophy'" incluido en Meek, *Physiocracy*, p. 63.

taja antes que una ventaja, de modo que resulta aconsejable para un país no alentar estas actividades.⁴⁵ En segundo lugar, simplemente suponen que los ricos comerciantes y banqueros volverán de algún modo al patrón medieval y se organizarán en repúblicas separadas. Por lo tanto, el problema de la organización política en las "sociedades agrícolas" (entre las que se incluye implícitamente a Francia) permanece irresuelto.

Por último, y lo que es más importante, los dos grupos de pensadores están igualmente convencidos de que las políticas ineptas, arbitrarias y dispendiosas de los gobernantes pueden impedir gravemente el progreso económico. Algunas de las páginas más elocuentes de Adam Smith denuncian tales políticas,⁴⁶ y la crítica siguiente de Quesnay puede quedar como una enumeración útil de las variedades principales de los *grands coups d'autorité* de Montesquieu:

... el despotismo de los soberanos y de sus servidores, las deficiencias y la inestabilidad de las leyes, los excesos desordenados (*dérèglements*) de la administración, la incertidumbre que afecta a la propiedad, las guerras, las decisiones caóticas en materia de impuestos, destruyen a los hombres y la riqueza del soberano.⁴⁷

Pero, de nuevo, ni los fisiócratas ni Adam Smith estaban dispuestos a depender de la expansión económica para lograr la "eliminación" de esta clase de estupidez de los políticos. Más bien propugnaban que estos males se atacaran en forma directa: los fisiócratas se declararon en favor de un nuevo orden político que asegurara las políticas económicas correctas tal como ellos las definían, mientras que Adam Smith trataba

⁴⁵ Los temores y las esperanzas suscitados por el surgimiento de las diversas formas del capital *mueble* como un componente importante de la riqueza total en el siglo XVIII ofrece muchos paralelos interesantes con las percepciones similarmente contradictorias provocadas más recientemente por el ascenso de la corporación multinacional.

⁴⁶ Jacob Viner, "Adam Smith and Laissez Faire", en *Journal of Political Economy* 35 (abril de 1927), pp. 198-232.

⁴⁷ Artículo "Hommes" (1757), en *François Quesnay et la Physiocratie* (I.N.E.D., 1958), Vol. II, p. 570.

con mayor modestia de cambiar algunas políticas específicas. Examinaremos por turno sus posiciones respectivas.

1. LOS FISIÓCRATAS

EN LA cuestión de la organización política, las diferencias de enfoque relativamente pequeñas condujeron a Montesquieu y los fisiócratas a posiciones perfectamente opuestas. Montesquieu se dedicó a diseñar instituciones políticas y económicas que restringieran con eficacia los excesos apasionados del soberano. Los fisiócratas eran un poco más ambiciosos: querían motivar al soberano para que actuara correctamente (es decir, de acuerdo con la doctrina fisiocrática) por su propia voluntad. En otras palabras, buscaban un orden político donde los poderosos se vieran impelidos, *por razones de su propio interés*, a promover el interés general. La búsqueda de esta armonía particular de intereses había sido la forma como Hobbes planteaba el problema de la mejor forma de gobierno, y esta búsqueda lo había llevado a favorecer la monarquía absoluta sobre la democracia y la aristocracia:

... cuando el interés público y el privado [del gobernante] están más unidos, el interés público está más avanzado. Ahora bien, en la Monarquía el interés privado es lo mismo que el público. La riqueza, el poder y el honor de un Monarca derivan sólo de la riqueza, el vigor y la reputación de sus Súbditos. Pues ningún Rey puede ser rico, ni glorioso, ni seguro, cuando sus Súbditos están pobres, descontentos, o demasiado débiles, por la escasez o la disensión, para sostener una guerra contra sus enemigos: Mientras que en una Democracia, o Aristocracia, la prosperidad pública no confiere tanto a la fortuna privada de alguien corrupto, o ambicioso, como lo hace muchas veces un consejo pérfido, una acción traicionera, o una guerra Civil.⁴⁸

⁴⁸ *Leviatán*, Capítulo XIX.

En sus escritos políticos, los fisiócratas utilizaron la misma idea y sólo tenían sarcasmo para la defensa hecha por Montesquieu de una forma de gobierno que para ellos parecía condenada a ser débil y vacilante. Al mismo tiempo, formularon en el principio del *laissez faire* la otra doctrina, mejor conocida, de la armonía de los intereses, según la cual el bien público es el resultado de la libre búsqueda del interés propio de cada uno. Situados en la intersección de estas dos *Harmonielehren*, los fisiócratas propugnaban extrañamente a la vez la libertad de toda interferencia gubernamental en el mercado y la imposición de esta libertad por un gobernante todo poderoso cuyo interés propio está ligado al sistema económico "correcto". Llamaban "despotismo legal" a este último arreglo, que oponen al "despotismo arbitrario", culpable de las iniquidades tan bien detalladas por Quesnay.⁴⁹

Yendo más allá que Hobbes, quien confiaba en la convergencia general de intereses entre los Muchos y el Uno que gobierna, algunos de los fisiócratas inventaron arreglos institucionales destinados específicamente a volver verdaderamente "legal" al déspota. Por una parte, elaboraron un sistema de control judicial que velaría por que las leyes promulgadas por el soberano y su consejo no fuesen contrarias al "orden natural" que debe reflejarse en la constitución fundamental del Estado.⁵⁰ Pero una salvaguardia más importante aún era la idea de que debe darse al soberano un verdadero interés en la prosperidad de su mancomunidad. Tal era el propósito de la institución de la copropiedad que Le Mercier de la Rivière propuso en su *Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1767).⁵¹ De acuerdo con su plan, el soberano sería copropietario, en una proporción fija e inmutable, de todos los

⁴⁹ La terminología se debe a *Le Mercier de la Rivière*.

⁵⁰ Acerca de este aspecto del pensamiento fisiocrático véase a Mario Einaudi, *The Physiocratic Doctrine of Judicial Control* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1938).

⁵¹ Ed. E. Depitre (París, 1910), Capítulos 19 y 44; véase también a Georges Weulersse, *Le mouvement physiocratique en France, 1756-1770* (París: Alcan, 1910), Vol. II, pp. 441-61.

recursos productivos y del *produit net*: en consecuencia, todo conflicto de intereses entre él y el país en conjunto resultaría inconcebible, y la identidad hobbesiana de intereses sería evidente aun para el déspota más estúpido y malvado.

Fue Linguet, el eterno *enfant terrible* y crítico de Montesquieu y de los fisiócratas por igual, quien llevó a su última conclusión este modo de razonamiento. Con lógica indudable, pensó que un arreglo de copropiedad con el monarca no constituiría una seguridad suficiente de la identidad de intereses que debían buscarse; así que dio un paso adelante y se manifestó en favor de la propiedad *total* de toda la riqueza nacional para el gobernante. Con gran consistencia alaba el "despotismo asiático" u "oriental" y concluye que el sistema propugnado por él

no favorece en modo alguno a la tiranía, contra lo que muchos creen; impone a los reyes obligaciones mucho más estrictas que la llamada dependencia en que algunos quisieran colocarlos en relación con sus propios vasallos. [Este sistema ideal] no sólo les aconseja ser justos; los obliga a serlo.⁵²

Este pasaje nos recuerda mucho la frase de Steuart acerca de que la "estupidez del despotismo" se vuelve imposible con la "economía moderna". Por supuesto, la diferencia fundamental consiste en que los fisiócratas (al igual que Linguet) esperaban que este sistema ideal de economía política fuese promulgado por gobernantes ilustrados, como resultado de la capacidad de persuasión de sus argumentos,⁵³ mientras, Sir James Steuart pensaba que el cambio en la dirección deseada ocurriría por sí solo, a resultas del proceso de la expansión económica en marcha.

No resulta difícil concebir una posición que comparta estos dos puntos de vista: el marxismo, en efecto, nos ha fami-

⁵² *Théories des lois civiles* (Londres, 1774), Vol. I, pp. 118-119 (*Oeuvres*, III).

⁵³ Su considerable influencia sobre la política pública y el clima de la opinión se rastrea en Weulersse, *Le mouvement physiocratique*, Vol. II, Libro 4.

liarizado totalmente con la posibilidad de creer al mismo tiempo que las fuerzas históricas avanzaban inexorablemente hacia cierto resultado y que quienes desean este resultado deben dedicar todas sus energías a su realización. En realidad, todo escritor orientado hacia la política en las ciencias sociales afronta el problema de la combinación adecuada entre el pronóstico y la prescripción, y ahora es tiempo de examinar la posición muy compleja adoptada a este respecto por Adam Smith.

2. ADAM SMITH Y EL FIN DE UNA VISIÓN

EL EFECTO principal de *La riqueza de las naciones* fue el establecimiento de una poderosa justificación económica para la búsqueda irrestricta del interés individual, mientras que en la literatura anterior aquí examinada se hacía hincapié en los efectos políticos de esta búsqueda. Pero ningún lector atento de *La riqueza* se sorprenderá de que puedan encontrarse también argumentos de la segunda clase en ese volumen proteico. En realidad, Adam Smith presenta en cierto momento la idea de que el aumento de la riqueza y la disminución del poder van de la mano, y lo hace en mayor extensión y con mayor vigor que cualquier otro autor anterior. El lugar es su conocido relato de la erosión del feudalismo que aparece en el Capítulo 4 del Libro III, titulado "Cómo el Comercio de los Pueblos Contribuyó al Mejoramiento del País". Aquí Smith se pone a contar la historia de cómo

el comercio y las manufacturas concurren para introducir el orden y el buen gobierno y, con éstos, la libertad y la seguridad que antes no tenían los habitantes del campo, quienes habían vivido casi siempre en una guerra continua con sus vecinos, y en estado de dependencia servil respecto a sus superiores.⁵⁴

⁵⁴ *La riqueza de las naciones* p. 366.

La historia puede ser repetida en forma sucinta, y para transmitir el sabor correcto utilizaré, en la mayor medida posible, las palabras brillantemente cáusticas del propio Adam Smith.⁵⁵ Antes del ascenso del comercio y la industria, los grandes señores compartían el excedente obtenido en sus posesiones con gran número de servidores, quienes dependían por completo de los señores y constituían un ejército privado, así como con sus colonos, quienes pagaban rentas bajas pero no tenían seguridad en su tenencia. Este estado de cosas se tradujo en una situación en la que "el rey ... (era incapaz) para reprimir las violencias ... de los magnates ... (Éstos) continuaron haciendo la guerra de acuerdo con su voluntad, las más de las veces unos contra otros, y muchas contra su mismo soberano, de modo que los campos eran siempre escenario de violencias, rapiñas y desorden".⁵⁶

Pero luego cambiaron las cosas a resultas de "la insensible y lenta operación del comercio y de las manufacturas". Ahora los señores tenían algo en qué gastar su excedente, el que antes habían compartido con sus servidores e inquilinos: "un par de hebillas de diamantes, ... o cualquier otra bagatela", "bagatelas y adornos ... más propios de chiquillos que de hombres con ideas serias y prudentes", es la forma despreciativa en que se refiere Adam Smith a la mercancía ofrecida por los comerciantes. Esta mercancía era tan atractiva para los señores que decidieron prescindir de los servidores y entrar en relaciones más a largo plazo y generalmente más comerciales con sus inquilinos. Al final, "por el gusto de la más pueril y la más despreciable de todas las vanidades, fueron los señores enajenando gradualmente todo su poder y toda su autoridad"⁵⁷ y "llegaron a convertirse en personajes tan insignificantes como pueda serlo un comerciante o un burgués acomodado".⁵⁸ Y el gran resultado político fue que

⁵⁵ Es un misterio cómo pudo Schumpeter calificar la "sabiduría" del Libro III como "árida y carente de inspiración". Véase su *Historia del análisis económico*, I. FCE, México, 1971, p. 183.

⁵⁶ *La riqueza de las naciones*, p. 369.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 369-370.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 371.

... los grandes señores ya no se hallaron en condiciones de entorpecer la acción regular de la justicia ni de perturbar la tranquilidad pública del país.⁵⁹

Así pues, de nuevo el ascenso del comercio y la industria favorece un gobierno más ordenado, pero el *modus operandi* es muy distinto del invocado por Montesquieu y Steuart. En primer lugar, este último se interesaba por la autoridad suprema del rey, sus usos y abusos, mientras que Smith se ocupó del poder aplastante de los señores feudales. En segundo lugar, Smith contempló una declinación de este poder, no porque los señores llegaran a advertir que su interés residía en no usarlo tan malvadamente como antes, sino porque renunciaban *sin quererlo* a su poder al tratar de aprovechar las nuevas oportunidades para su propio consumo y mejoramiento material que les brindaba "el progreso de las artes". En realidad, el episodio se resume mejor como una victoria de las pasiones (la avaricia y el deseo del lujo) sobre los intereses a más largo plazo de los señores que como las pasiones domadas por los intereses.

La forma del argumento escogida por Adam Smith volvía difícil su extensión de los señores al soberano. En *History of England* de Hume, que Smith cita al principio de su propia historia, el ascenso de la "hombres de rango medio" se había presentado en términos semejantes, aunque considerablemente menos entusiastas; y Hume señalaba específicamente que la pérdida de poder de los señores beneficiaba no sólo a los comerciantes y manufactureros de reciente aparición sino también al soberano, y el propio Adam Smith había empleado un argumento similar en las *Lectures*.⁶⁰ En lo tocante a las decisiones arbitrarias y las políticas dañinas del gobierno *central*, Smith no expresa muchas esperanzas de que el desarro-

⁵⁹ *Ibid.*, p. 371.

⁶⁰ David Hume, *The History of England* (Oxford, 1826), Vol. V, p. 430 (Apéndice III, "Manners"), y Adam Smith, *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms*, ed. E. Cannan (Oxford: Clarendon Press, 1896), pp. 42-43.

llo económico produzca mejoras por sí mismo. En cierto momento, cuando habla de "la ambición caprichosa de reyes y ministros", afirma específicamente:

La violencia y la injusticia de los gobernantes de la humanidad es un mal muy antiguo, y tememos que, dada la naturaleza de los negocios humanos, no se pueda encontrar remedio alguno a ese mal.⁶¹

Y en una polémica con Quesnay sostiene que puede lograrse un considerable progreso económico independientemente de los avances obtenidos en el ambiente político:

... en el cuerpo político de una sociedad, el natural esfuerzo que todo ciudadano desarrolla ininterrumpidamente para mejorar su condición, es un principio de conservación capaz de impedir y de corregir, en múltiples aspectos, los efectos dañinos de una Economía política que sea, en cierto modo, parcial y opresiva... Sin embargo, ... la sabiduría de la naturaleza ha dispuesto las cosas de la manera más conveniente para remediar la extravagancia y la injusticia de los hombres ...⁶²

Emplea términos muy similares en su "Digresión sobre el comercio de cereales y las leyes sobre la materia":

El esfuerzo natural que hace todo individuo para mejorar de condición, cuando se desarrolla por los cauces que señalan la seguridad y la libertad, es un principio tan poderoso, que él solo, sin otra asistencia, suele ser bastante para conducir la sociedad a la prosperidad y a la riqueza, y aun para vencer los obstáculos opuestos por algunas leyes humanas poco meditadas ...⁶³

Smith afirma aquí que la economía puede hacerlo sola: dentro de amplios límites de tolerancia, el progreso político no se requiere como una condición previa del adelanto eco-

⁶¹ *La riqueza de las naciones*, p. 437.

⁶² *Ibid.*, p. 601.

⁶³ *Ibid.*, p. 481.

nómico, ni es probable que sea una de sus consecuencias, por lo menos al nivel de los más altos consejos de gobierno.⁶⁴ En esta concepción, muy diferente de la doctrina del *laissez faire* o del Estado mínimo, y todavía popular entre los economistas de hoy, la política es el campo de la "estupidez de los hombres", mientras que el progreso económico, como el jardín de Cándido, puede ser cultivado con éxito a condición de que tal estupidez no trasponga ciertos límites bastante amplios y flexibles. Al parecer, Smith propugnaba menos un Estado con funciones mínimas que uno cuya capacidad para la estupidez tuviese algún límite.

Adam Smith no compartía la perspectiva de Montesquieu y Steuart por otras razones, todavía más importantes. Por una parte, en la medida en que le molestaban intensamente algunos aspectos específicos de la "estupidez" gubernamental, que en su opinión obstruían el progreso económico (como ocurría con ciertas políticas mercantilistas), le interesaba, como a los fisiócratas, describir estas políticas como frías realidades que debían ser cambiadas, antes que descubrir argumentos para albergar la esperanza de que se eliminarían por sí mismas.

En segundo lugar, Smith distaba mucho de convenir con Montesquieu y Steuart en alabar la nueva época de comercio e industria como una que liberaría a la humanidad de males antiguos, tales como los abusos de poder, las guerras, etc. En efecto, su conocida ambivalencia hacia el progreso material se ilustra muy bien en la forma del relato histórico que aca-

⁶⁴ Sobre este punto, y otros de las páginas siguientes, mi interpretación difiere grandemente de la presentada por Joseph Cropsey en su estimulante ensayo *Polity and Economy: An Interpretation of the Principles of Adam Smith* (La Haya: Nijhoff, 1957). Sólo enunciaré y documentaré mi punto de vista, en lugar de compararlo en todo momento con el de Cropsey, que "en sus términos más generales" sostiene que "La posición de Smith puede interpretarse en el sentido de que el comercio genera la libertad y la civilización, y al mismo tiempo las instituciones libres son indispensables para la preservación del comercio" (p. 95). Se encuentra una evaluación crítica reciente de la interpretación de Cropsey en Duncan Forbes, "Sceptical Whiggism, Commerce and Liberty", en A. S. Skinner y T. Wilson, comps., *Essays on Adam Smith* (Nueva York: Oxford University Press, 1976), pp. 194-201.

bamos de citar. Obviamente gustaba del resultado del proceso que describía —después de todo, era "orden y buen gobierno, y con ellos la libertad y la seguridad de los individuos"—, pero al mismo tiempo le repugnaban extraordinariamente la cadena de acontecimientos y las motivaciones generadoras de ese resultado feliz. La explicación de esta posición ambivalente puede encontrarse, por lo menos en parte, en el deleite que encontraba, aquí como en otras partes, en revelar y subrayar los resultados no buscados de la acción humana. No podemos dejar de sentir que en este caso particular exageró Smith su "mano invisible": porque la forma despreciativa y aun salvaje del relato que hace de la "estupidez" de los señores plantea en la mente del lector la duda de que los señores pudieran ser tan ciegos a sus intereses de clase.⁶⁵

La ambivalencia de Smith hacia el capitalismo naciente no se limitó a este caso. Su manifestación más famosa se encuentra quizá en su tratamiento de la división del trabajo, que celebra el Libro I, sólo para denigrarla en el Libro V. Se ha escrito mucho acerca de este contraste.⁶⁶ Aquí resulta particularmente interesante el hecho de que Smith vea la pérdida del espíritu y las virtudes marciales como una de las consecuencias *desafortunadas* de la división del trabajo y del comercio en general. En relación con aquélla habla en *La riqueza de las naciones* acerca del "hombre que gasta la mayor parte de su vida en la ejecución de unas pocas operaciones muy sencillas":

⁶⁵ Tanto Hume, en la *History of England* (1762), como John Millar en *The Origins of the Distinction of Ranks* (1771), imputaron también la pérdida del poder de los señores a causas económicas, pero asignaron mayor importancia que Adam Smith a la nueva posición de los "hombres de rango intermedio" que tratan con gran número de clientes en lugar de depender de los favores de una sola persona. Véase el ensayo de John Millar en William C. Lehmann, *John Millar of Glasgow* (Cambridge: University Press, 1960), pp. 290-291.

⁶⁶ Se encuentran algunos comentarios recientes en Nathan Rosenberg, "Adam Smith on the Division of Labor: Two Views or One?", en *Economica* 32 (mayo de 1965), pp. 127-139, y Robert L. Heilbroner, "The Paradox of Progress: Decline and Decay in *The Wealth of Nations*", en *Journal of the History of Ideas* 34 (abril-junio de 1973), pp. 242-262.

Es incapaz de juzgar acerca de los grandes y vastos intereses de su país, y al no tomarse mucho trabajo en instruirse, será también inepto para defenderlo en caso de guerra. La monotonía de su vida sedentaria corroe naturalmente el coraje de su espíritu, y le hace mirar con horror la vida incierta y aventurada del soldado.⁶⁷

En sus *Lectures* había hecho la misma observación en relación con el comercio, aceptando por completo la concepción "republicana" clásica de que el comercio conduce al lujo y a la corrupción debilitantes.

Otro efecto malo del comercio consiste en que hunde el valor de los hombres, y tiende a extinguir el espíritu marcial... Un hombre tiene... tiempo sólo para estudiar una rama de actividad, y sería una gran desventaja el hecho de obligar a todos a aprender el arte militar y a mantenerlo en la práctica de tal arte. En consecuencia, la defensa del país se encarga a cierto grupo de hombres que no tienen otra cosa que hacer, y entre la masa de la población disminuye el valor militar. Por tener sus mentes ocupadas de continuo en las artes del lujo, se vuelven afeminados y cobardes.⁶⁸

En el resumen de esta sección repite:

Éstas son las desventajas de un espíritu comercial. Las mentes de los hombres se contraen y se vuelven incapaces de una elevación. La educación se desprecia, o por lo menos se desatiende, y el espíritu heroico se extingue casi por completo. La corrección de estos defectos sería algo digno de seria atención.⁶⁹

Estos pasajes contienen una explicación clara de la incapacidad de Smith para dar mucha importancia a los efectos humanos y políticos del ascenso del comercio y la industria: veía algunas ventajas en este ascenso, como su efecto positivo sobre la probidad y la puntualidad,⁷⁰ pero percibía como dañinas

⁶⁷ *La riqueza de las naciones*, pp. 687-688.

⁶⁸ *Lectures*, p. 257.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 259.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 253-255.

algunas de las mismas consecuencias del comercio que habían sido alabadas por autores tales como Montesquieu, quienes se habían impresionado más con los desastres que el "espíritu marcial" lleva consigo en la época moderna. La *douceur* festejada por Montesquieu y otros significaba corrupción y decadencia, no sólo para Rousseau sino también para Smith hasta cierto punto. Una expresión plena de este punto de vista puede encontrarse en la obra de su compatriota, Adam Ferguson, quien conservó sus lazos con la "ruda" sociedad de Escocia y cuyo *Essay on the History of Civil Society* (1767) abunda en reserva acerca de la sociedad "pulida" del comercio en expansión exhibida por Inglaterra.⁷¹

Pero el efecto principal de Adam Smith sobre las ideas que discutimos se encuentra en otra parte. No sólo no compartía, en los diversos sentidos antes mencionados, la perspectiva de Montesquieu y Steuart sobre la capacidad del capitalismo emergente para mejorar el orden político mediante el control de las pasiones más desbocadas, sino que la minó decisivamente y, en cierto sentido, le dio el *coup de grâce*. En su obra más importante e influyente, Smith ve a los hombres movidos enteramente por "el deseo de mejorar [su] condición", y además especifica que un "... aumento de fortuna es el medio por el cual la mayor parte de los seres humanos aspiran a mejorar de condición."⁷² No parece haber lugar aquí para el concepto más rico de la naturaleza humana donde los hombres se ven impulsados por pasiones diversas de las que la "avaricia" es sólo una, y a menudo estrujados por ellas. Por supuesto, Smith estaba bien consciente de estas otras pasiones y aun había dedicado un tratado importante a su estudio. Pero es precisamente en *Teoría de los sentimientos morales* donde allana el camino para la rendición de estas otras pasiones ante el

⁷¹ Véase en Pocock, *Machiavellian Moment*, una historia y un análisis más completos de esta corriente republicana de pensamiento político, desde Maquiavelo hasta el siglo XVIII.

⁷² *La riqueza de las naciones*, p. 309.

impulso por el "aumento de fortuna". Resulta interesante que lo haga como si buscara lo contrario, pues hace una digresión para subrayar las motivaciones no económicas y no consumistas que se encuentran detrás de la lucha por el progreso económico. Ya que, como afirma repetidamente, las necesidades corporales del hombre están estrictamente limitadas,

...sobre todo por consideración a los sentimientos de los hombres perseguimos la riqueza y evitamos la pobreza. ¿Pues para qué sirve todo el esfuerzo y la agitación de este mundo? ¿Cuál es el fin de la avaricia y la ambición, de la búsqueda de riqueza, de poder y preeminencia?... ¿De dónde... surge la imitación observada entre todos los diversos grupos de hombres, y cuáles son las ventajas que buscamos con ese gran propósito de la vida humana que llamamos *mejoramiento de nuestra condición*? Ser observados, ser escuchados, ser advertidos con simpatía, complacencia y aprecio, son todas las ventajas que queremos obtener de ello. Es la vanidad, no la comodidad o el placer, lo que nos interesa.⁷³

Aparece aquí como una preocupación básica del hombre la búsqueda de honor, dignidad, respeto y reconocimiento, en forma muy similar a la presentada por Hobbes y otros autores del siglo XVII. Sin embargo, como veremos en seguida, Hobbes había mantenido esa búsqueda separada de la "preocupación por las cosas necesarias". En forma más explícita, Rousseau⁷⁴ había hecho una distinción fundamental y famosa entre el *amour de soi*, que busca la satisfacción de nuestras "necesidades reales" por medio de la adquisición de una cantidad finita de bienes, y el *amour propre*, ligado a la aprobación y la ad-

⁷³ *The Theory of Moral Sentiments*, 9a., ed. (Londres, 1801), Vol. I, pp. 98-99 (sin subrayado en el original). Este y varios pasajes similares y complementarios aparecen citados en un artículo interesante de Nathan Rosenberg, "Adam Smith, Consumer Tastes, and Economic Growth", en *Journal of Political Economy* 7 (mayo-junio de 1968), pp. 361-374. Como ha señalado Lovejoy, esta corriente de pensamiento es una anticipación de la idea del "consumo conspicuo", uno de los pilares de la *Teoría de la clase ociosa*, FCB, México, 1974. de Veblen. Véase a Lovejoy, *Reflections*, pp. 208-215.

⁷⁴ Véase *Emilio*, Parte IV, y *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, nota o.

miración de nuestros semejantes, que por definición no tiene límite. Así afirma que "podemos advertir sin dificultad que todos nuestros esfuerzos se dirigen sólo hacia dos objetos, a saber, los bienes de la vida para uno mismo, y la consideración por parte de los demás".⁷⁵

Este arreglo de todos los "esfuerzos" humanos, es decir, de los impulsos y las pasiones, en sólo dos categorías, representa ya una simplificación en gran escala. En el pasaje de la *Teoría de los sentimientos morales* antes citado, Adam Smith da luego el último paso de reducción para convertir dos en uno: el impulso de la ventaja económica ya no es autónomo sino que se convierte en un mero vehículo del deseo de consideración. Pero por la misma razón, los impulsos no económicos, poderosos como son, se reducen a alimentar los impulsos económicos y no hacen más que reforzarlos, quedando privados así de su anterior existencia independiente.

Se siguen de aquí dos consecuencias. Primero, la solución al famoso *Problema de Adam Smith* —es decir, al enigma sobre la compatibilidad de la *Teoría de los sentimientos morales* con *La riqueza de las naciones*— puede encontrarse aquí. Al parecer, en la primera de estas obras se ocupa Smith de un conjunto amplio de sentimientos y pasiones humanos, pero también se convence de que, en lo referente a "la gran masa de la humanidad", los principales impulsos humanos terminan por motivar al hombre para mejorar su bienestar material. Y, con buena lógica, procede luego a investigar en detalle, en *La riqueza de las naciones*, las condiciones bajo las cuales puede alcanzarse este objetivo al que tiende a convergir tan notablemente la acción humana. Como resultado de destacar los resortes no económicos de la acción humana, Smith puede concentrarse en el comportamiento económico en una forma perfectamente consistente con su anterior interés por otras dimensiones importantes de la personalidad humana.

⁷⁵ Citado en Lovejoy, *Reflections*, p. 146.

La segunda conclusión es más importante desde el punto de vista de la historia que venimos narrando aquí. Al sostener que la ambición, el deseo de poder y el deseo de respeto pueden satisfacerse con el mejoramiento económico, Smith mina la idea de que la pasión puede enfrentarse a la pasión, o los intereses a las pasiones. Toda esta corriente de pensamiento se vuelve de pronto incomprensible, si no es que carente de sentido, y hay un retorno al escenario anterior a Bacon, cuando se consideraba que las pasiones principales forman un bloque sólido y se alimentan recíprocamente.⁷⁶ Por eso no resulta sorprendente que el propio Smith equipare virtualmente las pasiones con los intereses en un pasaje fundamental de *La riqueza de las naciones* donde se describe el *modus operandi* de la sociedad de mercado:

Es así como el *interés* particular y las *pasiones* predisponen a los ciudadanos de una nación a emplear su capital en aquellos ramos que generalmente son más ventajosos a la sociedad. Pero si, llevados por esta preferencia espontánea, invirtieran en estos empleos más capital del conviene, la baja del beneficio en dicho ramo, y su alza en otras inversiones, reajustaría muy pronto esa distribución defectuosa. Sin necesidad de ley ni de estatuto, el interés mismo de los particulares y sus pasiones les lleva a distribuir el capital de la sociedad entre los diferentes empleos, de la manera más conforme a los intereses colectivos.⁷⁷

Los dos términos, "intereses" y "pasiones", que con tanta frecuencia habían sido antónimos en el siglo y medio transcurrido desde que el duque de Rohan escribiera *Sobre el interés de príncipes y estados de la cristiandad*, aparecen aquí como sinónimos, dos veces en sucesión. Sería una exageración advertir aquí algo consciente o intencional, pero esta elección de lenguaje tuvo sin embargo el efecto de borrar la lógica de la dependencia del interés propio, basada en la oposición de in-

⁷⁶ Vid. *supra*, p. 28.

⁷⁷ *La riqueza de las naciones*, p. 560. (Sin subrayado en el original).

tereses y pasiones y en la capacidad de aquéllos para domar a éstas. El párrafo citado encumbraba la propia lógica de Smith, a saber: la idea de que el bienestar material de "los intereses colectivos" aumenta cuando se permite que cada quien persiga su propio interés privado; al mismo tiempo, el lenguaje que usa destruye de paso la lógica rival.

Una razón de que las pasiones lleguen a usarse aquí como un sinónimo redundante de los intereses es que Adam Smith estaba interesado, mucho más que autores anteriores, en "la gran masa de la humanidad", es decir, en la persona común y su comportamiento. De acuerdo con una larga tradición, era sobre todo la aristocracia la que estaba animada por numerosas pasiones nobles o innobles que chocan con los dictados del deber y la razón o entre sí. Maquiavelo, al hablar del príncipe, había considerado como algo axiomático que "sus propias pasiones . . . son mucho más intensas que las del pueblo".⁷⁸ O como dice Hobbes: "Todos los hombres buscan naturalmente el honor y la preferencia, pero sobre todo quienes están menos preocupados por la obtención de las cosas necesarias" y "quienes de otro modo viven tranquilos, sin temor de la escasez".⁷⁹ Precisamente por esta razón, sólo los miembros de aristocracias actuales o pasadas se consideraban aptos para aparecer como figuras principales en las tragedias y otras formas de "elevados" estudios que se ocupaban típicamente de las pasiones y los conflictos derivados de ellas.⁸⁰ No se pensaba que el mortal ordinario fuese tan complicado. Su preocupación principal eran la subsistencia y el mejoramiento material, generalmente como fines en sí mismos, y a lo sumo como sustitutos de la obtención de respeto y admiración. Por lo tanto, el hombre común no tenía pasiones, o sus pasiones podrían satisfacerse mediante la búsqueda de sus intereses.

⁷⁸ *Discourses*, Libro I, Capítulo LXVIII.

⁷⁹ *English Works*, Vol. II, p. 160, citado en Keith Thomas, "The Social Origins of Hobbes's Political Thought", en Brown, ed., *Hobbes Studies*, p. 191.

⁸⁰ Véase a Erich Auerbach, *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature* (Princeton, N. J.: Princeton University Press) pp. 139-141 y pássim.

Así pues, por estas razones diversas, *La riqueza de las naciones* marca el fin de las especulaciones acerca de los efectos del comportamiento motivado por el interés o la pasión que habían ocupado las mentes de algunos de los más ilustres antecesores de Smith. Después de Smith, la atención del debate académico y político se centró en su proposición de que el bienestar general (material) se sirve mejor dejando que cada miembro de la sociedad persiga su propio interés (material). El éxito de esta proposición en el eclipse del problema anterior puede explicarse, ante todo, en términos de la historia intelectual. Smith se había cuidado de evitar y desaprobado la forma paradójica en que Mandeville había presentado pensamientos semejantes, pero su proposición resultaba todavía tan cargada de enigmas intelectuales que su esclarecimiento y solución ocupó a generaciones de economistas. Además, la proposición y la doctrina consiguiente satisfacían otro requerimiento del paradigma muy afortunado: siendo una generalización espléndida, representaba sin embargo un *estrechamiento* considerable del campo de investigación donde el pensamiento social se había desenvuelto libremente hasta entonces, lo que permitía la especialización y la profesionalización intelectual. Pero la desaparición de las especulaciones de Montesquieu y Steuart debe imputarse también a factores históricos más generales: no es sorprendente que sus ideas optimistas sobre los efectos políticos de la expansión del comercio y la industria no hayan sobrevivido a la época de la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas.

TERCERA PARTE

REFLEXIONES SOBRE UN EPISODIO DE LA HISTORIA INTELECTUAL

DÓNDE ERRÓ LA VISIÓN DE MONTESQUIEU Y STEUART

EN UNA vieja y conocida historia judía, el rabí de Cracovia interrumpió sus plegarias un día con un lamento para anunciar que había visto la muerte del rabí de Varsovia, a trescientos kilómetros de distancia. La congregación de Cracovia, aunque entristecida, estaba desde luego muy impresionada con los poderes visionarios de su rabí. Pocos días más tarde, algunos judíos de Cracovia viajaron a Varsovia y, para su sorpresa, vieron allí al viejo rabí oficiando en buen estado de salud. A su regreso confiaron la noticia a los fieles y hubo un incipiente risoteo. Entonces algunos discípulos osados salieron en defensa de su rabí; admitiendo que éste pudo haberse equivocado sobre los detalles específicos, exclamaron: "A pesar de todo, ¡qué visión!"

Esta historia ridiculiza ostensiblemente la capacidad humana para racionalizar una creencia frente a la evidencia contraria. Pero a un nivel más profundo defiende y celebra el pensamiento visionario y especulativo, aunque tal pensamiento esté errado. Es esta interpretación lo que vuelve la historia tan pertinente para el episodio de la historia intelectual que hemos relatado aquí. Las especulaciones de Montesquieu y Steuart acerca de las saludables consecuencias políticas de la expansión económica constituyeron una hazaña de la imaginación en el campo de la economía política, una hazaña que sigue siendo magnífica aunque la sustancia de tales especulaciones haya resultado errada.

¿Fue así en efecto? El veredicto sobre esta cuestión no resulta tan fácil como el de la historia del rabí de Varsovia. Después de todo, el siglo siguiente al interludio napoleónico fue relativamente pacífico y presenció también una declinación del "despotismo". Sin embargo, como todos sabemos, algo

marchó muy mal después, y ningún observador del siglo XX podrá afirmar que la visión esperanzadora de Montesquieu y Steuart ha sido apoyada triunfalmente por el curso de los acontecimientos. Pero debemos señalar que el fracaso de la visión pudo haber sido incompleto. Las fuerzas observadas por Montesquieu y Sir James Steuart pudieron haber actuado, sólo para ser superadas, quizá por escaso margen, por otras fuerzas que actuaron en dirección contraria. ¿Cuáles fueron entonces las fuerzas contrarias?

Es probable que una investigación de esta cuestión revele la existencia de conexiones entre las estructuras económicas y los hechos políticos que escaparon al escrutinio de nuestros visionarios y precursores de la economía política en el siglo XVIII. Varias de tales conexiones fueron en efecto advertidas pronto por unos cuantos autores de los siglos XVIII y XIX, quienes continuaron la tradición del pensamiento de los precursores pero añadieron reservas y condiciones que, en realidad, condujeron a conclusiones muy diferentes.

Una breve reseña de estos autores puede iniciarse con Joseph Barnave, el gran orador de la Asamblea Constituyente de 1789-1791 y autor, justo antes de su muerte bajo la guillotina, de un importante ensayo interpretativo de la historia contemporánea, la *Introducción a la Revolución Francesa*. El hincapié hecho por esta obra en la clase social ha dado a Barnave cierta fama como predecesor del pensamiento marxista, pero él se consideraba a sí mismo admirador y seguidor de Montesquieu. En un breve ensayo sobre el "Efecto del Comercio sobre el Gobierno", principia en efecto en forma muy similar a la del maestro:

El comercio origina una clase numerosa, inclinada hacia la paz externa, la tranquilidad interna, y apegada al gobierno establecido.

Pero luego sigue un pensamiento totalmente diferente:

La moral de una nación comercial no es por completo la de los comerciantes. El comerciante es frugal; la moral general es pródiga. El comerciante mantiene su moral; la moral pública es disoluta.¹

Así como Mandeville y Adam Smith habían mostrado la forma como los individuos comunes, al perseguir sus vicios o simplemente su propio interés, podían contribuir al bienestar general, Barnave sostiene aquí que lo aplicable a la parte no es necesariamente cierto para el todo. Pero esta "falacia de la composición"² se invoca ahora con el fin de invertir las proposiciones anteriores: Barnave proclama que una agregación de *virtudes* privadas puede traducirse en un estado que no tenga nada de virtuoso. No explica en realidad cómo pueda ocurrir tal cosa, y enuncia su paradoja sólo para la situación particular que está examinando. Sin embargo, revela con persuasión que, debido a la falacia de la composición, los procesos sociales son menos transparentes y susceptibles de predicción que lo supuesto confiadamente por Montesquieu.

El procedimiento de Barnave, de rendir tributo a la creencia convencional acerca del efecto benigno del comercio sobre la sociedad y la política y formular luego algunas reservas sobre el argumento, fue utilizado en forma más devastadora por Adam Ferguson y más tarde por Tocqueville.

Como miembro de un clan escocés y del grupo de pensadores que formaron la Ilustración escocesa, Ferguson se mostró especialmente ambivalente acerca de los progresos que las naciones "pulidas" habían logrado sobre las "rudas y bárbaras". Como Adam Smith, hizo notar los efectos negativos de la división del trabajo y el comercio sobre la personalidad y los lazos sociales del ciudadano individual; pero los subraya

¹ Citado en Emmanuel Chill, ed., *Power Property and History: Joseph Barnave's Introduction to the French Revolution and Other Writings* (Nueva York: Harper, 1971), p. 142.

² Según Paul Samuelson, la falacia de composición es uno de los principios más básicos y claros que debemos tomar en cuenta en el estudio de la ciencia económica. Véase *Economics*, 3ª ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1955), p. 9.

desde el inicio mismo del *Essay on the History of Civil Society* (1767) y formula sus críticas a un nivel más general. En el proceso, se anticipa no sólo al joven Marx sino también a Durkheim y Tönnies, cuando contrasta la solidaridad característica de las tribus muy unidas con el "espíritu reinante en un Estado comercial, donde . . . el hombre aparece a veces como un ser aislado y solitario", donde "trata con sus semejantes como lo hace con su ganado y su suelo, en aras de los beneficios que le producen", y donde "se rompen los lazos del afecto".³

Al mismo tiempo —y esto es particularmente interesante para el desarrollo de nuestro argumento—, Ferguson se inclinaba más que Adam Smith a especular sobre las consecuencias políticas más amplias de la expansión económica. Lo hace así hacia el final del *Essay*, donde empieza en una forma engañosamente ortodoxa:

Se ha observado que, excepto en pocos casos aislados, las artes comerciales y políticas han avanzado juntas.

Luego continúa, todavía muy de acuerdo con los lineamientos de Montesquieu y Sir James Steuart:

En algunas naciones, el espíritu del comercio, concentrado en la obtención de sus beneficios, ha conducido a la sabiduría política.⁴

Menciona también un argumento que en debates posteriores habría de ser destacado de manera considerable, a saber: que los ciudadanos ricos podrían resultar "formidables para quienes pretendan el dominio".

Pero inmediatamente después se ocupa, en extensión mucho mayor, de las razones por las cuales la preocupación por la riqueza individual puede conducir en la dirección contraria,

³ *Essay on the History of Civil Society*, editado, con una introducción, por Duncan Forbes (Edimburgo: University Press, 1966), p. 19.

⁴ *Ibid.*, p. 261.

hacia el "gobierno despótico". Entre esas razones se encuentran las que ya habían sido usuales en la "tradición republicana": la corrupción de las repúblicas a través del lujo y la prodigalidad. Pero Ferguson incluye algunas ideas notablemente nuevas. Por ejemplo, entre las razones por las cuales "el cimiento sobre el que se construyó la libertad puede servir para soportar una tiranía", enumera *el temor de perder la riqueza* y situaciones en las que "los herederos de una familia se encuentran desposeídos y pobres en medio de la abundancia". La privación relativa y el *resentimiento* resultantes de la movilidad descendente efectiva o temida se consideran aquí ligados íntimamente con la sociedad adquisitiva y sus procedimientos tumultuosos, y estos sentimientos alimentan la aceptación fácil de cualesquiera promesas de un gobierno "fuerte" en el sentido de evitar tales peligros reales o imaginarios.⁶ Además, el comercio genera un deseo de tranquilidad y eficiencia, y esto puede ser otra fuente del despotismo:

Quando suponemos que el gobierno ha establecido cierta tranquilidad, de la que a veces esperamos beneficiarnos como el mejor de sus frutos, y que los asuntos públicos procedan, en los diversos departamentos de la legislación y la ejecución, *con la menor interrupción posible para el comercio y las artes lucrativas*, tal Estado . . . tiende más al despotismo de lo que podemos imaginarnos. . .

La libertad nunca corre mayor peligro que cuando medimos la felicidad nacional . . . por la mera tranquilidad que puede derivar de una administración eficiente.⁷

Aquí está la otra cara de la metáfora de Sir James Steuart que equipara la economía a un reloj delicado. La necesidad de mantenerlo trabajando —para asegurar la tranquilidad, la regularidad y la eficiencia— no es sólo un obstáculo para el capricho del príncipe. Ferguson percibe correctamente que tal

⁵ Véase a Pocock, *Machiavellian Moment*, que contiene un tratamiento exhaustivo, desde Maquiavelo hasta Hamilton.

⁶ *Essay*, p. 262.

⁷ *Essay*, pp. 268-269 (sin subrayado en el original).

necesidad puede invocarse como un argumento fundamental en favor del gobierno autoritario, como en efecto lo habían hecho ya los fisiócratas y habría de ocurrir una y otra vez durante los dos siglos siguientes.

Escribiendo bajo la monarquía de Julio, casi setenta años después de Ferguson, Tocqueville habría de expresar sentimientos ambivalentes muy semejantes acerca del significado del progreso económico para la libertad. En un capítulo de *La democracia en América* (1835), Tocqueville repite también, al principio, la idea convencional:

No creo que se pueda citar un solo pueblo manufacturero y comerciante, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido libre; luego, hay un lazo estrecho y existe una relación necesaria entre la libertad y la industria.⁸

Pero aunque este pronunciamiento ha sido citado a menudo,⁹ Tocqueville, dedica un espacio mucho mayor, en el resto del capítulo, a situaciones donde prevalece la relación contraria. Su preocupación deriva del estado de Francia bajo Luis Felipe, donde Guizot ha proclamado "*¡Enrichissez-vous!*" como un modelo de conducta para el ciudadano, y donde Balzac había escrito:

Es un error ... creer que es el rey Luis Felipe quien gobierna, y él no se engaña sobre este punto. Él sabe, tan bien como nosotros, que por encima de la Constitución se encuentra la sagrada, venerable, sólida, amable, graciosa, hermosa, noble, joven, todopoderosa pieza de cinco francos!¹⁰

⁸ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México, 1973, p. 498.

⁹ John U. Nef lo utilizó como epígrafe de su conocido ensayo en dos partes, "Industrial Europe at the time of the Reformation", en *Journal of Political Economy* 49 (febrero-abril de 1941), p. 1.

¹⁰ Citado (en inglés) en Harry Levin, *The Gates of Horn* (Nueva York: Oxford University Press, 1963), pp. 152-153, de *La Cousine Bette* (París: Conard, 1914), p. 342.

Esta explosión es en efecto una paráfrasis de aquellas restricciones impuestas al príncipe que Montesquieu y Sir James Steuart discernieron y encontraron tan esperanzadoras; el pasaje nos hace recordar aun el dicho de Rohan, *l'intérêt commande au prince*, una vez modificado convenientemente el significado que Rohan dio al *intérêt*, de acuerdo con su posterior evolución semántica. Pero ni Balzac ni Tocqueville estaban dispuestos a festejar tal estado de cosas.

Al concentrarse en los peligros que el progreso material puede crear para la libertad, Tocqueville toma como punto de partida una situación en la que "el gusto de los goces materiales se desenvuelve... con más rapidez que las luces y los hábitos de la libertad". En tales condiciones, cuando los hombres descuidan los asuntos públicos en aras de sus fortunas privadas, Tocqueville cuestiona la doctrina, a la sazón establecida firmemente, de la armonía de los intereses privados y públicos:

Tales personas creen seguir la doctrina del interés; pero no se forman de ella sino una falsa idea, y para atender mejor a lo que llaman "sus negocios" descuidan el principal, que es el de ser siempre dueños de sí mismos.

Aquí los intereses distan mucho de domar o encadenar las pasiones de los gobernantes; por el contrario, si los ciudadanos se absorbieran en la persecución de sus intereses privados, sería posible que "un hábil ambicioso viniese a apoderarse del mando". Y Tocqueville dirige algunas palabras soberbiamente cáusticas y proféticas (escritas años antes del ascenso de Napoleón III) a quienes, en aras de un clima favorable para los negocios, sólo piden "ley y orden":

Una nación que sólo pide a su gobierno la conservación del orden es esclava de su bienestar y es fácil que aparezca el hombre que ha de encadenarla.¹¹

¹¹ Tocqueville, *op. cit.*, *ibid.*

Así pues, de acuerdo con Ferguson y Tocqueville, la expansión económica y la preocupación por el mejoramiento económico individual que la acompaña causan el adelanto de las artes políticas y pueden ser a la vez responsables de su deterioro. Este pensamiento fue adoptado más tarde por Marx en su análisis clasista de las revoluciones de 1848: el papel político de la burguesía pasó de progresista a reaccionario a medida que se desenvolvían estos acontecimientos. Pero las formulaciones anteriores son más ricas en cierto sentido, pues demuestran que la expansión económica es *básica y simultáneamente* ambivalente en sus efectos políticos, mientras que el pensamiento marxista impone una secuencia temporal donde los efectos positivos anteceden necesariamente a los negativos.

La insatisfacción de Ferguson y Tocqueville con la doctrina de Montesquieu y Steuart puede resumirse en dos puntos. En primer lugar, afirmaban, hay otra cara de la idea de que la economía moderna, su interdependencia compleja y su crecimiento, constituyen un mecanismo tan delicado que los *grands coups d'autorité* de un gobierno despótico se vuelven imposibles. Si es cierto *que debe tomarse en cuenta la economía*, habrá razón no sólo para constreñir las acciones imprudentes del príncipe sino también para reprimir las acciones de los individuos, para limitar la participación; en suma, para aplastar cualquier cosa que pueda interpretar algún rey-economista como una amenaza para el correcto funcionamiento del "delicado reloj".

En segundo lugar, Ferguson y Tocqueville criticaron en forma implícita la antigua tradición del pensamiento que había visto en la persecución del interés material una alternativa conveniente a la lucha apasionada por la gloria y el poder. Sin invocar la falacia de la composición, hacían una observación muy semejante: mientras *no todos* estén jugando el juego "inocente" de hacer dinero, la absorción total en ese juego de *la mayoría* de los ciudadanos deja a los pocos que juegan por

las apuestas más cuantiosas del poder más libres que antes para perseguir su ambición. En esta forma, los arreglos sociales que sustituyen las pasiones por los intereses como el principio orientador de la acción humana de la mayoría pueden tener el efecto colateral de matar el espíritu cívico y abrir así la puerta a la tiranía.

Al señalar que la pérdida de riqueza y el temor de tal pérdida puede predisponer a los hombres en favor de la tiranía, Ferguson estuvo cerca de formular una crítica final y particularmente devastadora a la premisa psicológica general que había servido de base a la visión optimista de Montesquieu y otros, es decir, al pensamiento de que al perseguir sus intereses materiales se inmunizará el hombre contra las pasiones. Esta idea, que parecía tan obvia a quienes observaban las actividades lucrativas a distancia y con cierto desdén, iba unida, como hemos visto, al pensamiento igualmente confortante de que los "órdenes menores" o "la gran masa de la humanidad" sólo persiguen sus intereses y tienen escaso tiempo o inclinación para las pasiones.

Como había dicho Hobbes: "Todos los hombres buscan naturalmente el honor y la predilección; pero sobre todo quienes están menos preocupados por la obtención de las cosas necesarias."¹² Y sin embargo, este mismo pensamiento podría habernos llevado a esperar que las cosas cambiaran marcadamente en cuanto el crecimiento económico se afirmara. Para Hobbes, la búsqueda de las pasiones era muy elástica al ingreso, como dirían los economistas, y por lo tanto podría esperarse que los hombres ordinarios siguiesen más extensamente un comportamiento apasionado a medida que ascendieran por la escala de los ingresos. En esta forma la expansión económica, alabada originalmente porque impediría que el hombre "buscara el honor y la predilección", terminaría generando un comportamiento más apasionado, no menos, de acuerdo con

¹² *English Works*, Vol. II, p. 160, citado en Keith Thomas, "The Social Origins of Hobbes's Political Thought", en Brown, ed., *Hobbes Studies*, p. 191.

la misma lógica de la proposición de Hobbes. Rousseau entendió bien esta dinámica cuando escribió:

... Con el hombre en la sociedad, las cosas son muy diferentes: primero debe atenderse a lo necesario, luego a lo superfluo; luego vienen los deleites, luego la acumulación de riquezas inmensas, luego la adquisición de súbditos, luego la de esclavos; nunca hay un momento de respiro. Lo más notable es que entre menos naturales y apremiantes sean las necesidades, más aumentan las pasiones y, lo que es peor, el poder para satisfacerlas.¹³

Pero la idea de que los hombres en persecución de sus intereses serían eternamente inofensivos sólo fue abandonada por completo cuando la realidad del desarrollo capitalista se hizo evidente. A medida que el crecimiento de los siglos XIX y XX desarraigaba a millones de hombres, empobrecía a grupos numerosos y enriquecía a algunos, causaba desempleo en gran escala durante las depresiones cíclicas, y producía la moderna sociedad de masas, varios observadores vieron con claridad que quienes estaban aprisionados en estas transformaciones violentas se volverían apasionados a veces: apasionadamente iracundos, temerosos, resentidos. No hay necesidad de listar aquí los nombres de los científicos sociales que registraron estos sucesos y los analizaron bajo los términos de alienación, *anomia*, *resentimiento*, *Vermassung*, lucha de clases y muchos otros. Es precisamente porque nos encontramos bajo la influencia de estos análisis, y más aún bajo el efecto de eventos cataclísmicos que tratamos de entender con su ayuda, que la doctrina aquí reseñada tiene un aire de irrealidad y, en una observación superficial, no parece que deba ser tomada en serio.

En las secciones finales de este ensayo mostraré por qué valió la pena la reconstrucción de la doctrina, después de todo. Como una breve digresión, conviene advertir aquí que los

¹³ *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, nota 1.

argumentos políticos en favor del capitalismo cuya carrera hemos descrito no son los únicos que se han empleado. Un argumento mucho más familiar ahora afirma que la existencia de la propiedad privada, y en particular la de la propiedad privada de los medios de producción, es esencial para que los hombres puedan contar con una base material para disentir de las autoridades existentes y para oponerse a ellas. Por ejemplo, se dice, el derecho a la libre expresión puede resultar nulo si quien desea ejercitarlo debe depender para su misma subsistencia de las autoridades a quien le gustaría criticar. No es éste el lugar propicio para evaluar ese argumento o rastrearlo con algún detalle; pero no hay duda de que suena más verosímil a nuestros oídos que el argumento examinado en este ensayo.

El principal apoyo del argumento "moderno" proviene de la comparación entre países capitalistas y socialistas en lo tocante a las oportunidades para el disenso.¹⁴ Por lo tanto, no debe sorprendernos que el argumento no haya sido articulado en la época de Montesquieu. Pero su aparición no esperó a los regímenes comunistas del siglo XX. Se formuló en cuanto la institución de la propiedad privada sufrió un ataque sostenido y a medida que se exploraban con algún detalle otros arreglos sociales concebibles. Así pues, el argumento político moderno en favor del capitalismo, asociado ahora con autores tales como Mises, Hayek y Milton Friedman, fue formulado originalmente nada menos que por Proudhon. Aunque fue un crítico elocuente de la institución de la propiedad privada —después de todo, es mejor conocido por su aseveración de que "La propiedad es un robo"—, Proudhon temía también el poder enorme del Estado. Y en sus escritos posteriores concibió la idea de oponer a este poder otro similarmente "absolutista", el de

¹⁴ Otra razón de la mayor plausibilidad del argumento consiste en que éste es ligeramente más modesto: considera el capitalismo como una condición necesaria de la libertad política, pero no como una condición suficiente. Véase a Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (Chicago: University of Chicago Press, 1962), p. 10.

la propiedad privada.¹⁵ Para mediados del siglo XIX, la experiencia con el capitalismo había sido tal que el argumento acerca de los efectos benignos de *le doux commerce* sobre la naturaleza humana había cambiado por completo: era precisamente debido a que ahora se contemplaba la propiedad como una fuerza salvaje, ilimitada y revolucionaria, que Proudhon le asignaba el papel de contrarrestar el poder igualmente terrorífico del Estado. En realidad utiliza el término "contrapeso", y así conecta su tesis con la tradición intelectual que hemos rastreado aquí, de la misma manera como Galbraith habría de hacerlo para otro propósito distinto más de un siglo después.¹⁶ Pero la sustancia del pensamiento de Proudhon acerca del carácter de la propiedad y la ganancia de dinero guardaba una distancia enorme con quienes habían escrito acerca de estas cuestiones en el siglo precedente.

LA PROMESA DE UN MUNDO GOBERNADO POR EL INTERÉS FRENTE A LA ÉTICA PROTESTANTE

EN COMPARACIÓN con lo que debiera llamarse el argumento de Proudhon sobre los méritos políticos del capitalismo, la doctrina de Montesquieu y Steuart parece extraña, si no es que extravagante. Pero allí se encuentra mucho de interés y valor. Es precisamente porque a la mente contemporánea le parece extraña, que la doctrina en cuestión puede arrojar alguna luz sobre las circunstancias ideológicas, todavía intrigantes del ascenso del capitalismo.

Un procedimiento obvio para introducirnos en el tema consiste en comparar la explicación del surgimiento de la ganancia

¹⁵ Esta idea aparece desarrollada in extenso en la obra póstuma de Proudhon, *Théorie de la propriété*, en *Oeuvres complètes* (París, 1866), Vol. 27, pp. 37, 134-138, 189-212.

¹⁶ John Kenneth Galbraith, *American Capitalism: The Concept of Countervailing Power* (Boston: Houghton Mifflin, 1952).

cia de dinero como una ocupación honorable que ha sido presentada en este ensayo con la tesis de Weber sobre la ética protestante y con el debate que la ha rodeado. Como señalamos reiteradamente en las páginas anteriores, la expansión del comercio y la industria en los siglos XVII y XVIII ha sido presentada aquí como algo bien recibido y promovido, no por algunos grupos sociales marginales, no por una ideología insurgente, sino por una corriente de opinión surgida justo en el centro de la "estructura de poder" y el "establecimiento" de la época, surgida de los problemas que estaban afrontando el príncipe y particularmente sus consejeros y otros notables involucrados. Desde fines de la Edad Media, y sobre todo a resultas de la frecuencia creciente de la guerra y las guerras civiles, se buscaba un equivalente conductista del precepto religioso, reglas de conducta e instrumentos nuevos que impusieran la disciplina y las restricciones tan necesarias a gobernantes y gobernados por igual, y se pensaba que la expansión del comercio y la industria era muy prometedora en este sentido.

Weber y sus seguidores, al igual que la mayoría de sus críticos, se interesaban sobre todo en los procesos psicológicos a través de los cuales algunos grupos de hombres se volvían unilaterales en la búsqueda racional de la acumulación capitalista. En mi estudio doy por sentado que algunos hombres experimentaron tal impulso y me centro por el contrario en la reacción ante el nuevo fenómeno de lo que ahora se llama la élite intelectual, gerencial y administrativa. Tal reacción fue favorable, no porque se aprobaran en sí mismas las actividades lucrativas, sino porque se creía que tenían un efecto colateral sumamente benéfico: mantenían "fuera de la maldad" a los hombres que en ellas se ocupaban, como si dijéramos, y más específicamente tenían la virtud de imponer restricciones al capricho del príncipe, al gobierno arbitrario, y a las políticas exteriores aventureras. Weber sostiene que el comportamiento y las actividades de los capitalistas fueron el resultado indirecto (y originalmente no buscado) de una desesperada búsqueda

queda de la salvación individual. Yo sostengo que la difusión de las formas capitalistas debió mucho a una búsqueda igualmente desesperada de algún procedimiento para *evitar la ruína de la sociedad*, permanentemente amenazante en su época a causa de los arreglos precarios del orden interno y externo. Es claro que ambas posturas podrían ser válidas al mismo tiempo: una se refiere a las motivaciones de las nuevas élites en ascenso, la otra a la de diversos grupos dominantes. Pero la tesis de Weber ha atraído tanta atención que la segunda ha sido totalmente pasada por alto.

Existe otra diferencia importante entre la tesis de Weber y la corriente de ideas que aquí hemos examinado. Weber sugirió que la doctrina de la predestinación de Calvino se tradujo, entre sus seguidores, no en fatalismo ni en una búsqueda frenética de los placeres terrenales, sino —curiosamente y en contra de la intuición— en una actividad metódica impulsada por el propósito y la negación de sí mismo. Esta tesis era algo más que una paradoja magnífica; expresaba uno de esos efectos notablemente no buscados de las acciones humanas (o de los pensamientos humanos, en este caso), cuyo descubrimiento se ha convertido en el campo particular y la ambición más alta del científico social desde Vico, Mandeville y Adam Smith. Ahora bien, yo sugiero —basado en la historia que he narrado aquí— que los descubrimientos de la clase simétrica-opuesta son posibles y valiosos. Por una parte, no hay duda de que las acciones humanas y las decisiones sociales tienden a tener consecuencias enteramente olvidadas al principio. Pero, por otra parte, estas acciones y decisiones se toman a menudo *porque se espera, con impaciencia y gran confianza, que tengan ciertos efectos que posteriormente no se materializan en absoluto.* Este último fenómeno, que es el contrario estructural del primero, tiende también a ser una de sus causas; las expectativas ilusorias asociadas con ciertas decisiones sociales en el momento de su adopción ayudan a mantener ocultos sus efectos futuros *reales.*

Aquí se encuentra una de las razones principales del interés del fenómeno: la expectativa de grandes beneficios, aunque sea poco realista, sirve obviamente para facilitar ciertas decisiones sociales. Por lo tanto, la exploración y el descubrimiento de tales expectativas ayuda a volver más inteligible el cambio social.

Resulta curioso que los efectos buscados pero no encontrados de las decisiones sociales deban ser descubiertos en mayor medida aún que los efectos no buscados que en realidad se produjeron: estos últimos están por lo menos *allí*, mientras que los efectos buscados pero no encontrados sólo podrán hallarse en las expectativas expresadas por los actores sociales en cierto momento, a menudo fugaz. Además, una vez que estos efectos deseados no se producen y se rehúsan a aparecer en el mundo, el hecho de que originalmente se haya pensado en ellos tenderá no sólo a ser olvidado sino aun activamente reprimido. Esto no es sólo una cuestión de que los actores originales conserven el respeto de sí mismos, sino que resulta esencial para que los poderosos subsecuentes aseguren la legitimidad del nuevo orden: ¿cuál orden social podría sobrevivir con la conciencia doble de que se adoptó con la expectativa firme de que resolvería ciertos problemas y de que fracasó en tal propósito de modo claro y abismal?

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

LA MEDIDA en la que las ideas examinadas en este ensayo han sido borradas de la conciencia colectiva puede estimarse recordando algunas críticas contemporáneas del capitalismo. En una de las más atractivas e influyentes de tales críticas se hace hincapié en el aspecto represivo y alienante del capitalismo, en la forma en que inhibe el desarrollo de "la personalidad humana plena". Desde la perspectiva de este ensayo, tal acu-

sación parece un poco injusta, porque precisamente se esperaba y se suponía que el capitalismo reprimiera ciertos impulsos e inclinaciones del hombre y forjara una personalidad humana menos polifacética, menos imprevisible, y más "unidimensional". Esta posición, que parece tan extraña ahora, surgió de una angustia extrema por los peligros claros y presentes de cierto periodo histórico, de una preocupación por las fuerzas destructivas desatadas por las pasiones humanas, con la única excepción, según parecía en ese tiempo, de la "inocua" avaricia. *En suma, se suponía que el capitalismo lograría exactamente lo que pronto se denunciaría como su peor característica.*

En efecto, en cuanto el capitalismo triunfó y la "pasión" parecía en verdad restringida y quizá aun extinguida en la Europa tranquila, pacífica y comercial del periodo siguiente al Congreso de Viena, el mundo pareció de pronto vacío, chato y aburrido, y quedaba listo el escenario para la crítica Romántica del orden burgués como algo increíblemente empobrecido en relación con épocas anteriores: el mundo nuevo parecía carecer de nobleza, grandeza, misterio y, sobre todo, pasión. Pueden encontrarse huellas considerables de esta crítica nostálgica en el pensamiento social subsecuente, desde la defensa hecha por Fourier de la atracción apasionada hasta la teoría de la enajenación de Marx, y desde la tesis freudiana de la represión de la libido como precio del progreso hasta el concepto weberiano de la *Entzauberung* (la desintegración progresiva de la visión mágica del mundo). En todas estas críticas explícitas o implícitas del capitalismo había escaso reconocimiento de que, para una época anterior, el mundo de la "personalidad humana plena", lleno de pasiones diversas, aparecía como una amenaza que debía ser exorcizada en la mayor medida posible.

El olvido contrario es también evidente: consiste en el manejo de ideas idénticas a las que habían sido utilizadas en un periodo anterior, sin referencia alguna a los encuentros que ya habían tenido tales ideas con la realidad, un encuentro que raras veces es totalmente satisfactorio. Abramos un breve pa-

réntesis para observar que la máxima de Santayana: "quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo" tiende más a aplicarse rigurosamente a la historia de las *ideas* que a la historia de los acontecimientos. Estos últimos, como sabemos todos, nunca se repiten por entero; en cambio, circunstancias *vagamente similares*, en dos momentos diferentes y quizá distantes entre sí, pueden originar *respuestas mentales idénticas e idénticamente erradas* si se ha olvidado el anterior episodio intelectual. Por supuesto, la razón de este fenómeno reside en el hecho de que el pensamiento se abstrae de varias circunstancias, consideradas por él no esenciales, pero constitutivas de la singularidad de cada situación histórica particular.

Esta corrección literal y lamentable de la máxima de Santayana, aplicada a la historia de las ideas, puede ilustrarse aquí al nivel más alto del pensamiento social contemporáneo. Tras la historia que hemos narrado, resulta casi doloroso ver a un Keynes recurrir, en su característicamente tenue defensa del capitalismo, al mismo argumento empleado por el Dr. Johnson y otras figuras del siglo XVIII:

... ciertas inclinaciones humanas peligrosas pueden orientarse por cauces comparativamente inofensivos con la existencia de oportunidades para hacer dinero y tener riqueza privada, que, de no ser posible satisfacerse de este modo, pueden encontrar un desahogo en la crueldad, en temeraria ambición de poder y autoridad y otras formas de engrandecimiento personal. Es preferible que un hombre tire su saldo en el banco que a sus conciudadanos; y aunque se dice algunas veces que lo primero conduce a lo segundo, en ocasiones, por lo menos, es una alternativa.¹⁷

¹⁷ *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, FCE, 1976, p. 329. En lo que equivale a una caricatura de esta concepción, Hayek ha sostenido, en defensa de la institución de la herencia, que esta forma de transmisión de la riqueza es una forma socialmente menos perniciosa de entregar beneficios no ganados a nuestros hijos que la asignación activa de posiciones privilegiadas a tales hijos durante nuestra vida. En este caso es particularmente obvio que lo uno no excluye en modo alguno a lo otro. Véase F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago: University of Chicago Press, 1960), p. 91.

He aquí la antigua idea de la ganancia de dinero como un pasatiempo y una salida "inocente" para las energías de los hombres, como una institución que aleja a los hombres de la competencia antagónica por el poder, hacia la acumulación de riqueza algo ridícula y de mal gusto, pero esencialmente inocua.

Schumpeter fue otra figura importante que hizo una defensa fuerte, aunque indirecta, del capitalismo, basada en sus consecuencias políticas benéficas. En su teoría del imperialismo,¹⁸ Schumpeter sostuvo que la ambición territorial, el deseo de una expansión colonial, y el espíritu belicoso en general, no eran la consecuencia inevitable del sistema capitalista, como dirían los marxistas. Tales inclinaciones derivaban más bien de mentalidades residuales, precapitalistas, que desafortunadamente estaban muy arraigadas entre los grupos gobernantes de las principales potencias europeas. Según Schumpeter, el capitalismo mismo no podía favorecer la conquista ni la guerra: su espíritu es racional, calculador, y por lo tanto reacio a la asunción de riesgos a la escala implícita en la guerra y otras reliquias heroicas. Las opiniones de Schumpeter eran interesantes como impugnaciones a las diversas teorías marxistas sobre el imperialismo, pero revelaban menos perspicacia acerca de la complejidad del problema investigado que las de Adam Ferguson y Tocqueville antes citadas. Yendo más atrás aún: el Cardenal de Retz, con su insistencia en que no deben pasarse por alto situaciones en las que se considera como regla general el comportamiento motivado por el interés, parece ser un argumento más sólido que los de Keynes o Schumpeter.

Concluyo que tanto los críticos como los defensores del capitalismo podrían mejorar sus argumentos mediante el conocimiento del episodio de la historia intelectual que hemos recordado aquí. Esto es quizás todo cuanto podemos pedir de la historia, y de la historia de las ideas en particular: no la solución de las cuestiones, sino la elevación del nivel de debate.

¹⁸ "The Sociology of Imperialisms" (1917), en *Imperialism and Social Classes* (Nueva York: Kelley, 1951).

ÍNDICE ANALÍTICO

- Ackerman, Frank, 98n
 Agustín, San, 18-20, 23-24, 51
 alabanza, deseo de, 18
 alienación, 130, 136
anomia, 130
 Aquino, Sto. Tomás de, 19
 arbitraje, de divisas, 84, 85, 89
 armonía de los intereses, doctrina de la, 104, 127
 Auerbach, Erich, 117n
 autoridad: abusos de la, 102; *grands coups d'autorité*, 80, 81, 83, 85, 88, 93, 95, 102, 128; rebeliones contra la, 96-99; restricciones a la, véase poder, restricciones al
 avaria: como pasión compensadora, 61-62, 113-114; como pecado, 18, 28-29, 47

 Bacon, Francis, 29-31, 35
 Balzac, Honoré de, 126-127
 Barnave, Joseph, 122, 123n
 Bénichou, Paul, 19n, 20n
 Bien, David, 10
 Bloomfield, Morton, 48n
 Boccacini, Trajano, 41
 Bolingbroke, Henry St. John, 63-64, 64n, 84, 85n
 Bonaventura, Federico, 41
 Bossuet, Jacques Bénigne, 51
 Boswell, James, 64n
 Bourdieu, Pierre, 10
 Brown, K. C., 20n, 117n, 129n
 Butler, Joseph, 42, 53
 Butler, Samuel, 57

 Calvino, Juan, 23-24, 134
 capitalismo, 17; argumentos en pro del, 131-132; y la actitud frente al comercio, 65-66; concepciones contemporáneas sobre el, 135-138; actitud de Adam Smith ante el, 110n, 111, 112-113; y la ética protestante de Max Weber, 133-134
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 20
 clase media, 90; ascenso de la, 107-108
 clase mercantil, 98; surgimiento de la, 107-108
 Colbert, Jean Baptiste, 86
 comercio: actitudes hacia el, 58; la concepción de J. Barnave, 122-123; *doux* e inofensivo, 63-69, 112-113, 132; internacional, 86; la concepción de Montesquieu, 67, 78-88; significado no comercial de la palabra, 68; la concepción de A. Smith, 106-108, 110-113; la concepción de J. Steuart, 88-91
 comunismo, 131
 Congreso de Viena, el, 136
 Constitución de los Estados Unidos, y la pasión compensadora, 36-37
 Corneille, Pierre, 19 y n
 corrupción, significado cambiante de la palabra, 47n
 Coyer, Gabriel Francois, 88n
Craftsman, The, 63, 84
 Cropsey, Joseph, 110n

 Chamley, Paul, 90n
 Child, Josiah, 86
 Chill, Emmanuel, 123n
 Chinard, Gilbert, 25n

 Daire, E., 87n
 Dante Alighieri, 19, 28
 Deane, Herbert, A., 18n, 23n
 Deleyre, Alexandre, 34n
 de Roover, Raymond, 17n
 deseo sexual, 18
 despotismo: la concepción de los fisiócratas sobre el, 104, 105; la concepción de J. Steuart sobre el, 92, 105
 deuda pública, 83
 Diamond, Martin, 36n
 dinero: amor al, como interés, 61-64; deseo de, como pecado, 18, 20, 28-29, 48; véase también riqueza
 dinero, ganancia de: como una pasión tranquila, 70-73; como inocente y *doux*, 63-69, 137-138; ideas del siglo XIX sobre la, 128-129; y la ética protestante, 132-134
 Dios, como relojero, 94
 Domat, Jean, 24n
 Doubrovsky, Serge, 19n
 Durkheim, Emile, 124

 Edad Media, búsqueda del honor, la gloria y la riqueza en la, 17-18

- Einaudi, Mario, 104n
 élite y capitalismo, 133
Enciclopedia, 34
 Engels, 69n
 Escocia, la filosofía moral en, 70, 78
 España, el ideal aristocrático en, 65
 Estado de naturaleza, 59-60
 ética protestante, la, 133-134
 expansión económica: la visión de A. Ferguson, 124, 128; la visión de J. Millar, 95-99; las doctrinas de Montesquieu y J. Steuart, 121-122, 124, 127, 128, 132; la visión de Montesquieu, 85-87, 94; el problema de la, en los siglos XIX y XX, 130; y las pasiones, según T. Hobbes y J. J. Rousseau, 129-130; la visión de los fisiócratas, 100-103; la visión de A. Smith, 100-101, 102, 106-118; la visión de J. Steuart, 89-93; y la ética protestante de M. Weber, 133-134
- falacia de la composición, 123, 128
Federalist, The, 36-37
 Ferguson, Adam, 64, 88, 95, 113, 123-126, 128-129, 138
 feudalismo, A. Smith en torno al, 106-107
 fisiócratas, los 78, 110, 126; y la expansión económica, 100-102; su visión de la organización política, 103-106
 Forbes, Duncan, 110n, 124n
 Forbonnais, François de, 66n
 fortuna, significado cambiante de la palabra, 47n
 Fourier, François Marie Charles, 136
 Francia: actitud hacia el comercio, 66-69; ideal heroico, demolición en, 19; concepción del interés en, 43, 44-46
 Freud, Sigmund, 25, 136
 Friedman, Milton, 131
- Galbraith, John Kenneth, 132
 Galileo Galilei, 21
 Giarrizzo, Giuseppe, 54n, 99n
 Gilbert, Felix, 55n
 gloria, búsqueda de, 18-20
 gobierno: concepción de los fisiócratas sobre el, 103-106, la doctrina de A. Smith en torno al, 106-110; tranquilidad y orden en el, 124-127; véase también poder, restricciones al
- Goethe, Johann Wolfgang von, 27
grands coups d'autorité, 80, 81, 85, 88, 93, 95, 102, 128
 guerra: y capitalismo, 138; y el comercio, 86, 87
 Guerras Napoleónicas, 118
 Guizot, François, 126
 Gunn, J. A. W., 43n, 44n
- Halifax, George Savile, 51, 52
 Hamilton Alexander, 36, 37, 52n, 125n
 Hartz, Louis, 50n
 Hayek, F. A., 131, 137n
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 90; concepto de, de la Razón observante, 25, 27
 Heilbroner, Robert, 111n
 Helvecio, Claude Adrien, 35, 49-50
 Herder, Johann Gottfried von, 27
 Herle, Charles, 57n
 Hobbes, Thomas, 20-22, 49, 59, 60, 84, 104, 114, 117; su concepto del Pacto, 24, 38-39; su concepción de la monarquía, 103
 Hoerder, Dirk, 99n
 Holbach, Paul Henri Dietrich, 34
 hombre "tal como realmente es", el, 21-22, 35; véase también naturaleza humana
 honor, búsqueda de, 19, 114
 Huizinga, Johan, 19n
 Hume, David, 32-33, 44, 54, 62-63, 70, 90, 95, 98, 108, 111n; "amor por la ganancia", 61, 72-73; sobre la deuda pública, 83
 Hutchenson, Francis, 70-71, 72
- ideal aristocrático; honor y gloria en el, 19; y la ganancia de dinero, 65; y las pasiones, 117-118
 ideal caballeresco, 19
 ideal heroico, 19-20, 65
 Ilustración, la, 54
 Ilustración escocesa, la, 78, 88, 95, 123
 industria, ideas de A. Smith sobre la, 106-108
 Inglaterra: equilibrio de intereses en, 58; interés, concepto de, 43-44; la filosofía moral en, 70-71; especulación y corrupción política en, 63-64
 interés: definición, 39-40; económico, 57-58; como nuevo paradigma, 49-55; dicotomía del, y las pasiones,

- 49-55, 64-65, 70-71, 77-78, 80-81, 108, 128-129; y las pasiones, actitud de A. Smith ante el, 115-117; las pasiones domadas por el, 38-49; en la política, 56-58; del príncipe o el Estado, 40-43; la doctrina de A. Smith sobre el interés propio, 106-118
- intereses: equilibrio de, 58; definición, 39-40; individuales y de grupo, 43-49; doctrina de la armonía de los, 104, 127; y la doctrina de Hobbes, 103-104; las pasiones domadas por los, 38-39
- interés gobierna al mundo", "el, 49, 53, 54; constancia y posibilidad de previsión de un mundo gobernado por el interés, 55-63; ética protestante y el mundo gobernado por el interés, 132-135
- interés no mentira", "el, 47, 49, 56, 57
- Johnson, Samuel, 62, 137; sobre la avaricia, 61-62; sobre la ganancia de dinero, 64, 66
- Kant, Immanuel, 28
 Katzenellenbogen, Adolf, 29n
 Keohane, Nannerl O., 25n
 Keynes, John Maynard, 92, 137-138
 Kirshner, Julius, 17n
 Koebner, R., 53n
 Krailsheimer, A. J., 51n
 Kramnick, Isaac, 64n
 Krieger, Leonard, 60n
 Kristol, Irving, 36n
- La Bruyère, Jean de, 52-53, 81n
laissez faire, 104, 110
 La Rochefoucauld, François de, 20, 23, 45, 49
 Laslet, Peter, 60n
 Lehmann, William C., 96n
 Leibniz, Gottfried Wilhelm von, 94n
 Le Mercier de la Rivière, Paul Pierre, 104
 letra de cambio, 82n, 89; Montesquieu sobre la, 80-82, 83-85
 Levin, Harry, 126n
 Lévy-Bruhl, Henri, 82n
 libertad: las ideas de Ferguson sobre la, 125; Millar sobre el espíritu de, 95-98; A. Tocqueville sobre la, 126
- Linguet, Simon Nicolas Henri, 105
 Locke, John, 60, 96; su concepto del Estado de naturaleza, 60
 lucha de clases, la, 130
 Luis XIV, 45
 Luis Felipe, 126
 lujo: y comercio, la visión de A. Smith, 107-108, 112; la visión de B. Mandeville, 25-26; pasión por el, 26
 Lovejoy, Arthur O., 36n, 114n
- Mably, Gabriel Bonnet de, 64
 Macpherson, C. B., 20n
 Madariaga, Salvador de, 65n
 Madison, James, 37
 Maier, Pauline, 99n
 Malkiel, María Rosa Lida de, 19n
 Malthus, Thomas R., 92
 Mandeville, Bernard, 25-26, 33, 118, 123, 134
Manifiesto Comunista, 63
 mano invisible, la, 111: anticipación del concepto de A. Smith, 18, 24, 25
 Maquiavelo, Nicolás, 21, 22, 47n, 55, 59, 117; su concepto del interés, 41, 47-48
- máquina, metáfora de la, 97, 100
 Mares del Sur, escándalo de los, 63
 Marx, Karl, 69, 124, 128, 136
 marxismo, 105, 138
 Matheron, Alexandre, 83n
 Meek, Ronald L., 88n, 100n
 Meinecke, Friedrich, 40, 41, 42
 Melon, Jean-François, 87-88
 mercantilismo, 59, 86, 89-90
 Millar, John, 78, 88, 98n, 111n; su doctrina, 94-99
 Mirabeau, Victor Riqueti, 101-102
 Mises, Ludwig von, 131
 Molière, Jean Baptiste Poquelin, 20
 Montesquieu, Charles Louis de Secondat, 18, 62, 78, 79, 99, 100, 105, 123, 129, 131; sobre la letra de cambio, 79-80, 81-82, 83-86; sobre el comercio, 78-88; sobre el *doux commerce*, 67; y los fisiócratas, 102-104; sobre el poder, 85; sobre la propiedad, 82, 100-101; comparado con A. Smith, 108, 110, 112-113; su influencia sobre J. Steuart, 89, 92-95
 Montesquieu-Steuart, doctrinas, 118, 121-122, 124, 127, 128

- Morrelly, 64
naciones "pulidas" y "rudas o bárbaras", 68, 123
naturaleza, Estado de, 60
naturaleza humana, la, 21, 23, 32, 35, 37, 51n, 55, 73; y el capitalismo, 135-136; Hobbes y Rousseau sobre, 114, 129-130; A. Smith sobre, 114-116
Nedham, Marchamont, 43n
Nef, John U., 126n
Nicole, Pierre, 24n
Oresmus, Nicolás, 94n
Pacto, la concepción de Hobbes, 24
Pascal, Blaise, 20, 24
pasión compensadora, 28-38, 47, 85; en la Constitución de los Estados Unidos, 36-37; principio de la, 28-38
pasiones, las: y la aristocracia, 117; compensadoras, 28-38, 47, 85; y la expansión económica, 129; inconstancia de, 59-60; y los intereses, 49-55, 65, 70-72, 77-78, 81, 108, 129; el interés y los intereses como domadores de, 38-49; y los intereses como sinónimos, 116; y la razón, 50; la actitud de A. Smith frente a las, 113, 116; básicas, 18, 20, 28; transformadas en virtudes, 24-26; y la guerra, 86
pecado: la idea de Sn. Agustín, 18; la avaricia como, 20, 28, 47
personalidad, efectos del capitalismo sobre la, 136
Peters, Richard S., 21n
Platón, 50
Pocock, J. G. A., 9, 47n, 64n, 113n, 125n
poder: frenado, 85; deseo de, como pecado, 18, 20
poder, restricciones al: las ideas de Millar sobre las, 96-99; las ideas de Montesquieu sobre las, 85, 94-95; las ideas de Proudhon sobre las, 131-132; las ideas de J. Steuart sobre las, 84-95
poderes, principio de separación de, 85
Polanyi, Michael, 77
propiedad, la: la visión de Montesquieu, 82, 100-101; mueble e inmueble, 81-83, 100; privada, argumentos en favor de, 131-132; la visión de B. Spinoza, 82
Proudhon, Pierre Joseph, 131, 132n
Prudencio, 29n
Pufendorf, Samuel von, 60
Quesnay, François, 101-102, 104, 109
Raab, Felix, 43n, 44n
Racine, Jean Baptiste, 20
razón, interés y pasiones, 50, 52
Razón observante, la, 25, 27
relaciones internacionales: el comercio, 86-87, 88-89; la guerra, 86, 87
reloj, metáfora del, 92, 93-94, 99, 100, 125
Renacimiento, búsqueda del honor y la gloria en el, 19
Retz, Jean François de Gondí, 52
revolución de 1848, la, 128
Revolución Francesa, la, 118
revueltas y rebeliones, la visión de Millar, 96-99
riqueza: temor a perderla, 125, 129; las ideas de Ferguson sobre la, 124-125, 129; y el poder, según A. Smith, 106-107; como propiedad, 100-102; la búsqueda de, en la doctrina de A. Smith, 114; véase también dinero
Robertson, William, 67, 90
Rohan, Henri, 41, 43-44, 49, 58, 116
Romanticismo, 136
Rosenberg, Nathan, 26n, 111n, 114n
Rousseau, Jean Jacques, 22, 35, 113; sobre el *amour de soi* y el *amour propre*, 114; sobre los intereses y las pasiones, 130
Rudé, George, 98
Sacy, Louis de, 88n
Samuelson, Paul A., 123n
Santayana, George, 137
Savary, Jacques, 66
Schiller, Johann Christoph Friedrich von, 55
Schumpeter, Joseph A., 17n, 107n, 138
Sen, S. R., 92n
separación de poderes, 85
Shackleton, Robert, 85n
Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, 44, 53, 54; sobre la ganancia de dinero, 71
Shklar, Judith, 10
Silhon, Jean de, 45, 46n

- Simmel, Georg, 62
Skinner, A. S., 100n
Skinner, Quentin, 10, 64n
Smith, Adam, 26, 46, 70n, 72-73, 77, 78, 83, 88, 95, 123, 124, 134; doctrina 106-118; su visión de la expansión económica 100, 102, 106-118; comparación entre *La riqueza de las naciones* y *Teoría de los sentimientos morales*, 114-116
Smith D. W., 25n, 35n
socialismo, 131
Sombart, Werner, 17n
Spinoza, Baruch de, 22, 29, 51, 52, 59; sobre la propiedad, 82-83
Steuart James, 56, 78, 83, 99, 105; sobre el comercio, 88-90; doctrina, 88-94; la influencia de Montesquieu sobre 89, 92-95; y los fisiócratas, 100; comparado con A. Smith, 108, 110, 113; véase también Montesquieu-Steuart, doctrinas
Stourzh, Gerald, 52n
Strauss, Leo, 22n, 30n
sublimación, 25
Sutcliffe, F. E., 48n
Tandler, Judith, 10
Thatcher, Sanford, 10
Thomas, Keith, 20n, 117n
Thompson, E. P., 98n
Tocqueville, Alexis de, 123, 126-128, 138
Tönnies, Ferdinand, 124
Ure, Andrew, 98
Vauvenargues, Luc de Clapiers, 34, 65
Veblen, Thorstein, 114n
Venturi, Franco, 34n
Vermassung, 130
Vico, Giambattista, 22, 25, 27, 134
Viner, Jacob, 44n, 67
virtudes: contra los vicios, 29; pasiones transformadas en, 24-26
Voltaire, François Marie Arouet, 94n
Walpole, Robert, 63
Walzer, Michael, 10, 23n
Weaver, Paul, 36n
Weber, Max, 17, 133-134
Wenlensse, Georges, 104n
White, Lynn, 94n
Wilkes, disturbios de, 98

ÍNDICE GENERAL

<i>Agradecimientos</i>	9
Introducción	11

Primera Parte

CÓMO SE RECURRIÓ A LOS INTERESES PARA CONTRARRESTAR LAS PASIONES

La idea de la gloria y su declinación	17
El hombre "tal como realmente es"	21
Represión y freno de las pasiones	23
El principio de la pasión compensadora	28
"El interés" y los "intereses" como domadores de las pasiones	38
Los intereses como nuevo paradigma	49
Ventajas de un mundo gobernado por el interés: constancia y posibilidad de previsión	55
La ganancia de dinero y el comercio como inocentes y <i>doux</i>	63
La ganancia de dinero como una pasión tranquila	70

Segunda Parte

CÓMO SE ESPERABA QUE LA EXPANSIÓN ECONÓMICA MEJORARA EL ORDEN POLÍTICO

Elementos de una doctrina	78
1. Montesquieu	78
2. Sir James Steuart	88
3. John Millar	94
Concepciones relacionadas pero discordantes	100
1. Los fisiócratas	103
2. Adam Smith y el fin de una visión	106

*Tercera Parte*REFLEXIONES SOBRE UN EPISODIO DE LA
HISTORIA INTELECTUAL

Dónde erró la visión de Montesquieu y Steuart	121
La promesa de un mundo gobernado por el interés frente a la ética protestante	132
Notas contemporáneas	135
ÍNDICE ANALÍTICO	139

Este libro se acabó de imprimir el día
31 de julio de 1978 en los talleres de
Editorial Galache, S. A., Privada del Dr.
Márquez núm. 81, México 7, D. F. Se
imprimieron 5 000 ejemplares y en su com-
posición se emplearon tipos Garamond de
14, 12:13, 10:11 y 7:8 puntos.

Nº 0241

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ECONOMÍA

- Adler, S.: *La economía china.*
Aldrighetti, A.: *Técnica bancaria.*
Baran, P. A.: *La economía política del crecimiento.*
Bargalló, M.: *La minería y la metalurgia en la América Española durante la época colonial.*
Benham, F.: *Curso superior de economía.*
Ciriacy-Wantrup, S. V.: *Conservación de los recursos. Economía y política.*
Croxton, F. E. y Cowden, D. J.: *Estadística general aplicada.*
Chandler, L. V.: *Introducción a la teoría monetaria.*
Dobb, M.: *Salarios.*
Estey, J. A.: *Tratado sobre los ciclos económicos.*
Ferguson, J. M.: *Historia de la economía.*
Hansen, A. H.: *Guía de Keynes.*
Harrod, R. F.: *Vida de John Maynard Keynes.*
Jones, C. F. y Darkenwald, G. G.: *Geografía económica.*
Keynes, J. M.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero.*
Kock, M. H. de: *Banca central.*
Lewis, W. A.: *Teoría del desarrollo económico.*
Myrdal, G.: *Solidaridad o desintegración.*
Myrdal, G.: *Teoría económica y regiones subdesarrolladas.*
Pirenne, H.: *Historia económica y social de la Edad Media.*
Powelson, J. P.: *Contabilidad económica.*
Prebisch, R.: *Introducción a Keynes.*
Roll, E.: *Historia de las doctrinas económicas.*
Sayers, R. S.: *La banca moderna.*
Scott, H. M.: *Curso elemental de economía.*
Schultz, T. W.: *La organización económica de la agricultura.*
Schumpeter, J. A.: *Teoría del desenvolvimiento económico.*
Sukhatme, P. V.: *Teoría de encuestas por muestreo con aplicaciones.*
Prebisch, R.: *Hacia una dinámica del desarrollo.*
Max, H.: *Investigación económica. Su metodología y su técnica.*
Nevin, E.: *Fondos de capital en los países subdesarrollados.*
Powelson, J. P.: *Ingreso nacional y corriente de fondos.*
Adelman, I.: *Teorías del desarrollo económico.*
Bennett, H. H.: *Elementos de conservación del suelo.*
Dore, R. P.: *La reforma agraria en el Japón.*

Swaroop, S.: *Estadística sanitaria*.
 Heilbroner, R. L.: *La formación de la sociedad económica*.
 Kolko, G.: *Riqueza y poder en los Estados Unidos*.
 Leontief, W., Kaldor, N., Tinbergen, J., Bernard, L. L. y Kalecki, M.: *Programación del desarrollo económico*.
 Lange, O.: *Introducción a la econometría*.
 Newlyn, W. T.: *Teoría monetaria*.
 Wionczek, M.: y otros: *Integración de América Latina. Experiencias y perspectivas*.
 Voigt, F.: *Economía de los sistemas de transporte*.
 Prebisch, R.: *Nueva política comercial para el desarrollo*.
 Uri, P.: *Diálogo de los continentes. Un programa económico*.
 Toranzos, F. I.: *Formación matemática del economista*.
 Heilbroner, R. L.: *El gran ascenso. La lucha por el desarrollo económico de nuestro tiempo*.
 Robinson, J.: *Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico*.
 Mayobre, J. A. y otros: *Hacia la integración acelerada de América Latina*.
 Furtado, C.: *Dialéctica del desarrollo*.
 Dell, S.: *Bloques de comercio y mercados comunes*.
 Bettelheim, Ch.: *Planeación y crecimiento acelerado*.

OBRAS CLÁSICAS

Cantillon, R.: *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*.
 Marx, C.: *El capital. Crítica de la economía política*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. I. *Principios de economía política y tributación*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. II. *Notas a los Principios de economía política de Malthus*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. III. *Folleto y artículos 1809--1811*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. IV. *Folleto y artículos 1815-1823*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. V. *Discursos y testimonios 1819-1823*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. VI. *Cartas 1810-1815*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. VII. *Cartas 1816-1818*.

Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. VIII. *Cartas 1819-1821*.
 Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. por Piero Sraffa. IX y último. *Cartas 1821-1823*.
 Bentham, J.: *Escritos económicos*.

ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, ORGANIZACIÓN Y DIRECCIÓN INDUSTRIAL

Muñoz Amato, P.: *Introducción a la administración pública*. I. *Teoría general, planificación, presupuestos*.
 Alcaraz, L.: *Cálculos financieros*. Con un volumen de *Tablas financieras*.
 Bethel, L. L., Atwater, F. S., Smith, G. H. E. y Stackman Jr., H. A.: *Organización y dirección industrial*.
 Rautenstrauch, W. y Villers, R.: *Economía de las empresas industriales*.
 Rautenstrauch, W. y Villers, R.: *El presupuesto en el control de las empresas industriales*.
 Schell, E. H.: *Técnica del control ejecutivo*.